

A portrait of a man in a military uniform, likely a general, with a high collar and epaulettes. He is holding a sword in his right hand. The background is dark and textured.

HISTORIA UNIVERSAL

VIII

Emancipación Americana.
Revolución Industrial

Equipo Redacción PAL

**EMANCIPACION AMERICANA.
LA REVOLUCION INDUSTRIAL**

Sección: Historia

Equipo Redacción PAL

HISTORIA UNIVERSAL

Tomo VIII

**EMANCIPACION AMERICANA.
LA REVOLUCION INDUSTRIAL**



BOLSILLO MENSAJERO

Mapas: ALVARO SANCHEZ

© Edic. Mensajero - Sancho de Azpeitia, 2 - 48014 BILBAO

Apartado 73 - 48080 BILBAO

ISBN: 84-271-1438-9 Obra completa

ISBN: 84-271-1446-X Tomo VIII

Dep. Legal: BI-41-1986

Printend in Spain

Imprime. GRAFMAN, S.A. - Andrés Isasi, 8 - 48012 BILBAO

INTRODUCCION

El primer fenómeno histórico que cronológicamente corresponde a este tomo 8 de la Historia Universal PAL, es la Restauración. El intento de restaurar el antiguo régimen era una empresa imposible. Las ideas de la Revolución habían calado muy hondo y se habían extendido mucho; y era por tanto totalmente imposible una vuelta al pasado. La Restauración hubo de quedar en un equilibrio político entre los estados de Europa. Cada estado tenía que enfrentarse con los problemas peculiares que en él se planteaban.

Uno de esos grandes problemas fue la Revolución Industrial producida al comenzar a hacer efecto en grandes proporciones en el conjunto de la sociedad el avance tecnológico iniciado en la segunda mitad del siglo XVIII. Máquina de vapor, minería, telares mecánicos, nuevas técnicas en la función, etc. llevan al debilitamiento de la artesanía, al ingente aumento de la producción, a la formación de un proletariado obrero terriblemente explotado, al desarrollo de los transportes, etc. Todo ello hace cambiar a la sociedad: se forman grandes capitales, aumentan los bienes de consumo, circula la riqueza, se polariza la sociedad. Toda esa dinámica económico-social hace saltar definitivamente el sistema de producción artesanal del antiguo régimen.

En lo político el siglo XIX es la época áurea del liberalismo que recoge los principios ideológicos de la revolución burguesa: libertad, igualdad, fraternidad. Esos principios se han extendido de tal manera que el antiguo régimen resulta imposible; en todas partes se van eliminando el absolutismo monárquico, los privile-

gios de sangre o de estamento y las peculiaridades regionales y locales que chocan con la igualdad y dificultan una administración nacional. En todos esos aspectos el liberalismo fue un avance decisivo hacia una mejor estructuración del mundo. Por otra parte el liberalismo entendió de forma peculiar los principios de libertad y de igualdad. En su intento de racionalizar la administración eliminando los privilegios regionales y locales intentó suprimir las peculiaridades locales, regionales y aun nacionales en muchos países. No reconoció dentro de cada estado estructuras intermedias y centralizó el poder.

Consecuencia fueron los nacionalismos inspirados a su vez por los principios de igualdad y libertad y contrarios al centralismo impuesto en nombre de esos dos principios.

En el campo económico-social el liberalismo mantuvo el principio de no intervención o de mínima intervención del poder estatal en la vida económica, dejando actuar libremente a las fuerzas de producción. Las consecuencias fueron varias: un espectacular progreso del empresariado con la formación de grandes capitales, crecimiento progresivo de la masas de trabajadores que viven y han de trabajar en condiciones infrahumanas. La tensión creciente da lugar a la formación del movimiento obrerista en el campo teórico y práctico. En el teórico surgen el socialismo y el anarquismo; y en el práctico los movimientos obreros que van dando a los trabajadores conciencia de clase, van introduciéndose en la vida política y van logrando mejoras en la situación laboral de los trabajadores.

En el campo político internacional el antagonismo capital-trabajo tiene en el siglo XIX una repercusión curiosa. El capitalismo es marcadamente nacionalista dentro de cada estado y contribuye a la tensión entre estados; los movimientos obreros son en cambio marcadamente internacionalistas.

En el campo cultural los grandes movimientos impulsores del siglo XIX son el idealismo y el positivismo en el campo del pensamiento y el romanticismo en el de la literatura y las artes. Dentro del mapa político del mundo se producen en el siglo XIX importantes cambios. Surgen dos grandes estados europeos (Italia y Alemania) antes fraccionados en una multitud de minúsculos estados. Se

acrecientan las tensiones mutuas en el gran imperio supranacional de Austria que pasa a ser Austria-Hungría, pero que no sabe hacer frente a las aspiraciones de autonomía de las otras muchas minorías nacionales que integran el imperio.

El Imperio Otomano se sigue desmembrando. Rusia continúa su expansión hacia el Este iniciada ya en el siglo anterior. En América, Estados Unidos se extiende hacia el Oeste y se consolida, pero no sin sufrir una gravísima convulsión interna en su Guerra de Secesión (1861-1865). España y Portugal por su parte pierden en América todas sus colonias.

El aumento de la riqueza y la facilidad de transporte llevan a la expansión territorial de los grandes estados. Es la época de la consolidación de los grandes imperios coloniales. En los territorios inmensos de Asia, Africa, América y Oceanía hay productos y riquezas que interesan a la sociedad occidental. Y esos territorios están generalmente poco poblados y controlados por pueblos primitivos o por viejos pueblos herederos de antiquísimas culturas, pero políticamente debilitados e incapaces de oponerse a las grandes potencias.

A lo largo del siglo XIX se produce un reparto progresivo del mundo entre las potencias europeas generalmente en proporción al poder militar y económico de cada una. El reparto es con frecuencia fuente de tensiones entre las grandes potencias, que han de armarse cada vez más para poder mantener y extender su imperio colonial. Al mismo tiempo países como España, donde no se ha producido la revolución burguesa ni la industrial y que no han sabido o no han podido incorporarse al progreso general de Occidente, ven cómo se desmembra su antiguo imperio colonial; unas veces por las tendencias independentistas de las antiguas colonias, otras por la avidez de otros países más fuertes que expanden a costa del más débil su imperio colonial.

La situación casi permanente de guerra entre estados que había caracterizado la historia de Europa en épocas anteriores disminuye. Sin embargo las tensiones políticas intraestatales llevan a conflictos armados particularmente graves por el mayor poder destructivo de las nuevas armas. El máximo conflicto de la época fue la Guerra Franco-Prusiana que preconizaba la «Gran Guerra» (1914-1918) con la que se cerró la época.

I. LA REVOLUCION INDUSTRIAL

En el período en que comenzaron las distintas revoluciones nacionales y en que resultan más evidentes las grietas que dividen a la Santa Alianza triunfa definitivamente, aunque de distinto modo y siguiendo etapas diferentes de país a país, la llamada *revolución industrial*. El término *revolución* no debe llamar a engaño pues aquí no se usa para indicar una violenta e imprevista agitación social, sino un cambio de las relaciones sociales, sólo aparentemente lento, entre los hombres, como consecuencia de los nuevos medios y sistemas de producción: a esto, y al hecho de que este movimiento se hizo evidente en el breve paso de veinte o treinta años, se debe el nombre de revolución. El adjetivo industrial que la califica indica en qué campo de la actividad social tuvo lugar la «revolución». *Por revolución industrial entendemos, pues, aquel fenómeno histórico por el que se pasa radical y definitivamente de una sociedad basada en la agricultura y en el artesanado, a una sociedad que, por el contrario, se funda en la industria.* Base de la industria son, como todos saben, las máquinas: es decir, aquellos organismos que son capaces de producir, con la ayuda del hombre, en vez del hombre. La sociedad anterior conocía, más que una industria propiamente dicha, la artesanía que podía limitarse al trabajo de un solo artesano, con algún aprendiz, organizado en talleres o tiendas con numerosos empleados. Ahora la máquina viene a sustituir, al menos en parte, el trabajo del hombre y donde antes la habilidad de un

solo hombre o de un grupo de personas determinaba el valor de una manufactura, ahora es la máquina la que produce tendiendo a nivelar los varios productos en esquemas fijos en los que cada vez va teniendo menos importancia la habilidad del individuo. Los primeros problemas que crea este cambio de situación tecnológica son de carácter moral y social: de la revolución industrial nacerá el proletariado industrial y el problema de la alienación del hombre, en cuanto que éste se convierte en servidor de la máquina y de los planes generales de la empresa, planes que desconoce.

Los progresos de la Ciencia y de la Técnica

Es importante examinar las principales innovaciones técnicas que son las que hicieron posible esa revolución. La primera tuvo lugar en el campo textil, ya desde 1733, cuando John Kay inventó la lanzadera volante; pero en 1767 se inventó la llamada «juanita hilandera» que tomó su nombre de la hija de su inventor. Estas innovaciones aceleraron los procesos de hilatura. El sistema se perfeccionó en años sucesivos hasta llegar a obtenerse en 1771 una verdadera máquina textil con la aplicación de la fuerza hidráulica.

Importancia decisiva tuvo a finales de siglo (1769) la invención de la máquina de vapor por *James Watt* que sustituyó la fuerza hidráulica en las industrias textiles y dio origen a los primeros telares mecánicos. La máquina de vapor se aplicó también a otras industrias como a la extracción de carbón de las minas, pero su triunfo más definitivo lo tuvo con la aplicación a las vías de comunicación. Sus etapas fundamentales están marcadas por la invención del barco de vapor (1807) por *Robert Fulton* y la de la locomotora en 1825 por obra de *Jorge Stephenson*. Pronto adquirieron enorme importancia los nuevos medios de comunicación, sobre todo por el incremento del comercio; y los ferrocarriles se desarrollaron sobre todo allí donde más elevado era el nivel industrial y comercial,

como en Inglaterra. Muchos otros inventos se realizaron en este período: bastará recordar algunos como el de los hipocloritos que servían para el blanqueado de los tejidos y el de los diversos colores que dieron nuevo impulso a la tintorería; la del sello de correos, por obra del inglés *Rowland Hill*, en 1840 y, cuatro años más tarde, la del telégrafo, debida al americano *Samuel Morse*. También fue de gran importancia la invención de la cal hidráulica que más tarde se llamó cemento Portland, así como la del gas del alumbrado, utilizado también para calefacción. No es la última en importancia, por el desarrollo que adquirió en nuestros días, la de la fotografía que se llamó daguerro-tipo por el nombre de su inventor *Daguerre*.

El empleo de estos nuevos inventos al servicio de la industria hizo que se trastocara la jerarquía dentro de la industria: las industrias siderúrgica y mecánica tendieron desde entonces a ocupar el primer puesto.

Entre las consecuencias de la industrialización, se encuentran la división y la despersonalización del trabajo. Porque, si en tiempos, el artesano era capaz de todas las operaciones hasta entregar su obra bien acabada, ahora en cambio el obrero, esclavo de su máquina, sólo ejecuta una operación sencilla y, por tanto, el trabajo queda dividido entre varios trabajadores con gran provecho para la rapidez de la producción, pero con disminución del valor del trabajo individual. En efecto, en cualquier momento el trabajador puede ser sustituido por otro ya que, fuera de ciertos casos especiales, su trabajo no requiere especialización alguna. Otra consecuencia de la nueva carrera industrial es la necesidad de utilizar capital móvil del que los bancos se convierten en institutos de crédito. Efectivamente, anteriormente la tendencia de quien poseía dinero era la de adquirir terrenos, mientras que ahora los capitales se invierten en la industria: nace así la figura del capitalista-empresario es decir ese personaje que posee mucho dinero o tiene crédito para que los bancos le presten dinero con que comprar maquinaria; nacen también las sociedades de accionistas en que el capitalista

empresario vende una pequeña parte de su patrimonio en forma de acciones para obtener dinero con que financiar la propia empresa.

El liberalismo

A partir de la Revolución Francesa se generalizó por todas partes un movimiento ideológico que tendía a la superación del Antiguo Régimen y a la implantación del nuevo régimen democrático-liberal. Los promotores y adeptos de la nueva ideología procedían de la nueva floreciente burguesía enriquecida con el auge de la industria y el comercio. Querían los miembros de esta clase social acabar con los privilegios sociales y con el monopolio político de la nobleza y para ello querían reformar radicalmente la monarquía haciéndola pasar de absolutista a constitucional. La constitución como ley fundamental y estructural del estado debía garantizar una serie de principios: la libertad del individuo en el campo económico y social, la igualdad de derechos para todos, la participación de todos los ciudadanos en la vida política, la renovación de las leyes anticuadas, la reducción a un mínimo de la actividad del estado en la vida económica y social.

El liberalismo fue el movimiento dominante durante todo el siglo XIX. Los grandes avances técnicos logrados durante ese tiempo precisamente por empresas en las que intervenía activamente la burguesía liberal, llevaron a una identificación de los conceptos liberalismo y progreso. Para la lucha de los liberales contra la resistencia reaccionaria de la aristocracia y de gran parte de los sectores dominantes de las iglesias, esa identificación fue muy importante al poderse presentar ante la opinión pública a los reaccionarios enemigos del liberalismo como enemigos del progreso.

El liberalismo es un complejo fenómeno cultural que configuró la vida política, económica, social y cultural del siglo XIX y parte del XX, y en gran parte sirvió de base a

ulteriores fenómenos que se desarrollan en el mundo actual. Fue producto de una serie de factores heterogéneos, entre los que cabe destacar el *racionalismo* del siglo XVIII, que creía con ilusión en la razón natural y trataba de romper las trabas que impiden su desarrollo; el *positivismo* de fines del siglo XVIII que aceptaba solamente lo mensurable y daba un impulso grande a la experimentación y a la técnica; el *pragmatismo* que abogaba por la superación de la pura teoría y por la búsqueda de soluciones prácticas a los problemas; el desarrollo cultural y económico de la *burguesía* consciente de su poder de hecho y descontenta con la posición secundaria que se le obligaba a ocupar en la estructura político-social; la *secularización* de las ciencias que se emanciparon de la tutela de la escolástica; el *nacionalismo* que se manifestó cada vez más fuerte en todas partes; el *desprestigio del absolutismo* (antiguo régimen) empeñado en mantener estructuras y privilegios anticuados: la *técnica* que avanzaba rápidamente y permitía una profunda transformación de la vida y dio lugar a un hondo cambio de la estructura social. Desde el punto de vista *político* fueron de gran importancia para el liberalismo las doctrinas de Montesquieu, que en 1748 formuló el principio de la división de poderes (legislativo, ejecutivo y judicial) en el estado, y las de Rousseau que en 1762 puso de relieve la idea del contrato social, de la igualdad de los hombres y de la voluntad general como base del estado. Desde el punto de vista *económico* tuvieron un influjo decisivo sobre el liberalismo las ideas de Adam Smith que en 1776 expuso un sistema completo de teoría económica, basado en el principio de que las fuerzas económicas han de desarrollarse por sí mismas sin intervención ninguna del estado. Como *movimiento* político el liberalismo se perfiló en la Revolución americana, con su declaración de derechos de 1776 y en la Revolución Francesa (1789), y se plasmó plenamente en las luchas contra el absolutismo que trató de imponerse tras la época napoleónica. En muchos países el movimiento liberal tuvo al mismo tiempo el matiz de lucha por la independencia. Características fun-

damentales del liberalismo son el *individualismo*, por el que se da preeminencia a la persona humana individual sobre todo aspecto social o colectivo; la *libertad* en los más diversos aspectos (pensamiento, expresión, asociación, prensa, etc.) garantizados frente a intromisiones del estado en la constitución; el principio de *igualdad* entre los hombres, que queda restringida a los campos jurídico y político, y fundamenta el sistema político parlamentario apoyado en el sufragio universal; el respeto a la *propiedad privada* casi sin limitaciones. La aportación histórica del liberalismo ha sido muy grande: a él se debe la eliminación del absolutismo en todos sus aspectos (jurídico, económico, político), el reconocimiento de los derechos y libertades políticas del ciudadano, la teoría del estado de derecho, el régimen parlamentario, etc. Lo que el liberalismo aportó de positivo, ha quedado incorporado a la cultura occidental. Sin embargo el principio individualista hizo que el liberalismo no tuviese en cuenta importantes factores de carácter colectivista esenciales en la vida de la sociedad fomentando así de hecho la desigualdad social, aunque en teoría esté en abierta contradicción con el principio teórico de igualdad. De esta forma el liberalismo dio lugar al desarrollo del *capitalismo*, que si bien en su aspecto positivo contribuye al desarrollo económico, en el negativo ha conducido a la explotación de grandes sectores de la humanidad por una minoría. En el aspecto político consecuencia del liberalismo fue una *exaltación del estado nacional* como instancia suprema, con las consiguientes dificultades para la convivencia internacional, y la eliminación de instancias intermedias dentro del estado, sacrificadas al *unitarismo*. En el campo internacional producto de hecho del liberalismo fue el imperialismo en su forma concreta de *colonialismo*.

El liberalismo comenzó pronto a ser hostigado también por el flanco popular. Al principio se trató de ataques minoritarios a nivel científico sin repercusión ninguna en la vida política: el naciente socialismo echaba en cara al liberalismo que se preocupaba únicamente de los intereses de la burguesía acomodada y descuidaba completa-

mente los del proletariado. Inicialmente a principios del siglo XIX los socialistas eran muy pocos, se movían a nivel académico y sus ideas todavía no tenían eco en el naciente proletariado no organizado. Sin embargo con el tiempo la doctrina socialista se fue sistematizando (Manifiesto de Marx 1848), el proletariado aumentaba en número, cobraba conciencia de su poder y se iba organizando en sindicatos con fuerte influjo en la vida social, económica y política. Con ello a finales de siglo pasó ya a ser un importante factor político.

El liberalismo encontró un peligroso opositor mucho menos fuerte pero más encarnizado en el anarquismo. Con una base ideológica utópica que rechazaba el poder estatal y la participación en la vida política.

La cuestión social

Este proceso de industrialización comporta dos consecuencias fundamentales para la historia: la primera de ellas consiste en el beneficio que saca de él la burguesía empresarial que encuentra una notable fuente de riqueza en la industria y en el consiguiente intercambio comercial; la segunda es el nacimiento de un proletariado propiamente dicho. Proletario es el término con que se designa a los obreros, es decir a los que trabajan en las fábricas y que con frecuencia abandonan ahora la relativa seguridad del campo de su propiedad que cultivaban, para venir a la ciudad en que las condiciones de vida son aparentemente más fáciles y placenteras, aunque la realidad sea luego muy distinta.

En efecto, en esta primera fase de industrialización, la libre competencia, entendida en el significado más brutal del término y equiparada a la evolución natural, impulsa a los empresarios a producir lo más posible y a precios cada vez más bajos; y, puesto que ninguna legislación reglamenta los salarios de los obreros, estos son mal pagados y obligados a condiciones inhumanas de trabajo (la jorna-

da alcanza hasta 14-15 horas). Cuando se ve que ciertos trabajos pueden ser igualmente desempeñados por mujeres y niños, éstos, peor pagados, son contratados sin escrúpulo con lo que el paro forzoso de muchos llega a cotas muy altas y crea situaciones trágicas en ciertos períodos de crisis económica o de superproducción.

A la miseria física se añade la moral en virtud de ese proceso de alienación a que hemos aludido. Efectivamente, anteriormente el artesano era propietario de sus herramientas de trabajo por pobres que fueran; ahora en cambio, el obrero no posee otras herramientas que sus propios brazos, y las vende como fuerza de trabajo a su empresario, enajenando así su persona y su trabajo. Este concepto de alienación, pues, va estrechamente vinculado al de la división del trabajo antes mencionado.

La alienación y las gravosas condiciones de trabajo del proletariado dieron origen a la llamada *cuestión social* y que en los años 1810-1815 provoca la primera revolución proletaria, el llamado *luddismo* (no se sabe si ese término se deriva del nombre de un obrero llamado precisamente Ludd), que no fue sino el desfogue de un odio irracional contra las máquinas consideradas como origen y causa del malestar social y de la miseria.

Pero el tal luddismo no es sino una fase inicial y transitoria de la lucha de los obreros por la conquista de mejores condiciones de trabajo. Cuando los obreros se unen para formar sindicatos (los primeros son las famosas *trade-unions* inglesas) y organizan nuevos procedimientos de lucha, se llega en Inglaterra, en 1824, al reconocimiento legal de las organizaciones sindicales. En el decenio anterior, la burguesía empresarial había tratado de truncar con la violencia cualquier forma de reivindicación proletaria.

Las primeras tentativas de solución. Nacen así toda una serie de teorías, con sus consiguientes actuaciones prácticas, tendentes a la solución de la cuestión social. Examinaremos primero las que se refieren al llamado

socialismo «utopista» que se calificará así en contraposición al socialismo «científico» de Marx y Engels.

El primero en utilizar el término socialista es el industrial *Robert Owen* (1771-1858) el cual intenta crear, en una empresa propia de New Lanark, una institución modelo y luego, en los Estados Unidos, da vida a una nueva colonia, la de New Harmony, en 1825, en donde debió de ponerse en práctica la comunidad de bienes. Pero las disensiones internas destruyeron la obra de Owen que a partir de entonces se dedicó exclusivamente a vigorizar la acción de las *Trade-Unions*. En Inglaterra, igualmente, tuvo gran importancia el *Cartismo* que conoció su máxima expansión en 1838, en que sus jefes intentaron que el Parlamento aceptara y aprobara la *Carta del Pueblo* de la que tomó su nombre ese movimiento. En esta carta se exigían algunos derechos fundamentales del hombre y del ciudadano tales como el sufragio universal, el voto secreto y la posibilidad de que los diputados pudieran ser elegidos de cualquier clase social. Pero el año siguiente los *cartistas* quedaron derrotados por la reacción burguesa y eso provocó también una característica especial del proletariado inglés que, a partir de entonces, a través de los sindicatos, se preocupó más de problemas concretos referentes a las distintas categorías que de los problemas generales que afectan a la clase obrera.

La tradición comunista tenía hasta ahora a Babeuf y Buonarroti como puntos de referencia, pero ahora surgen nuevos teóricos que propugnan diversas formas de socialismo. Uno de estos, el antiguo noble *Saint-Simon* (1760-1825), que propugna un cristianismo inspirado en la solidaridad de los hombres y en el principio de asociación. *Charles Fourier* (1772-1837) analiza a fondo las crisis de superproducción y las consiguientes inflaciones del sistema capitalista y propugna una solución a través de los falansterios, es decir, organizaciones de trabajadores en que el trabajo resulte, como él decía, «atractivo» de tal manera que en el seno de las diversas *falanges*, los ciudadanos puedan escoger el trabajo que más les atraiga

con mejora en calidad y cantidad de la producción. *Louis Blanc* (1811-1882) piensa que el problema puede resolverse mediante fábricas creadas y dirigidas por el Estado con finalidades sociales. Discípulo de Buonarroti, *Auguste Blanqui* (1805-1881) dedica su vida de agitador a la tentativa de instaurar una forma de dictadura que, aunque no es la del proletariado (este será un punto fundamental del pensamiento de Marx) promueva los intereses del proletariado.

Con Marx y Engels el socialismo revestirá nuevos aspectos que examinaremos en los momentos en que su doctrina adquiera dinamismo en el seno de la cuestión social y llegue a ser inspiradora de ciertas agrupaciones políticas.

El idealismo

En todo el desarrollo cultural, e indirectamente en el político y social del siglo XIX tuvo un extraordinario influjo el idealismo, que por su carácter filosófico poco asequible a las masas parecía estar llamado a ser una pura teoría de especialistas, pero que al ser aplicado a la política, y a la sociología, influyó decisivamente en la formación de algunos de los más importantes movimientos del mundo moderno. El idealismo era una derivación del racionalismo del siglo anterior. En líneas generales puede definirse como la actitud filosófica que atribuye a la idea la primacía sobre la realidad, de modo que lo real sería ante todo la idea y no las cosas. La actitud idealista surge de una postura crítica ante el mundo y, por tanto, de una reflexión ulterior sobre la actitud primaria del hombre. El idealismo se convirtió persistente en la época moderna, por haberse encerrado el filósofo en su propia subjetividad. Negada la actitud primaria del hombre frente a las cosas, se alza el arduo problema de llegar de nuevo a ellas. Lo único que el filósofo moderno, a partir de Descartes, ha tenido como seguro han sido sus ideas. Por eso, mientras éstas eran algo firme e indubitable, el mundo exterior, quedaba

cubierto poco a poco de niebla, bajo la cual acababa por desaparecer. Aunque Descartes no fue propiamente idealista, ha preparado con su solipsismo el camino hacia él. Las dos formas más importantes del idealismo moderno son la kantiana y la hegeliana. Kant se planteó el problema del conocimiento. En realidad, pretendió aclarar si era posible la metafísica como ciencia, de modo análogo como lo son la metafísica y la física. Tuvo que esclarecer entonces la posibilidad del conocimiento científico. Distinguió para ello dos fuentes de nuestro conocimiento: la sensibilidad, que nos da sólo las apariencias, la multiplicidad y variedad de las cosas, y el entendimiento, que produce representaciones. La ciencia requiere un objeto universal y necesario. Esto es posible porque las impresiones de la sensibilidad son informadas y unificadas por las formas a priori del sujeto. Pero la cosa en sí no puede ser conocida. Por tanto, aunque Kant admitió la existencia del mundo exterior, en el conocimiento sostuvo que el sujeto aporta las formas a priori de la sensibilidad y las categorías del entendimiento, sin las cuales no puede conocerse nada. Es el idealismo transcendental.

El idealismo hegeliano es la forma suprema del idealismo alemán. Aquí el yo, el sujeto, es absoluto y toda la realidad queda reducida a él, como manifestación suya. Este yo absoluto o Espíritu tiene que evolucionar para llegar a la plena autoconciencia. El motivo de esta evolución varía en cada uno de los tres representantes del idealismo alemán: en Fichte se trata de las necesidades de la acción moral que necesita obstáculos a vencer; en Schelling, del impulso creador artístico; en Hegel, de las exigencias lógicas del proceso dialéctico.

De estas tres orientaciones del idealismo alemán fue la hegeliana la que ejerció un mayor influjo en la posteridad. Hegel (1770-1831) fue profesor de filosofía en Jena, Heidelberg y finalmente en Berlín en 1818, año que comenzó su influencia filosófica, siendo uno de los más grandes exponentes de la cultura del estado prusiano, a pesar de cierta condescendencia para con la Revolución francesa.

Hegel es el máximo portavoz filosófico del Idealismo dialéctico, tanto por su filosofía en sentido estricto como por la influencia ejercida posteriormente tanto en sus seguidores como en sus opositores (la denominada *Izquierda Hegeliana*), entre los cuales son dignos de mención Feuerbach y Marx. En otro orden, su idealismo generó diferentes y posteriores movimientos de pensamiento en Italia, Inglaterra y Estados Unidos.

En sucesivas fases de pensamiento, Hegel que en un principio siguió una orientación de tipo religioso y político se orientó luego hacia la especulación lógica y filosófica en sentido estricto, aunque siempre permaneció anclado en el problema de fondo de su pensamiento: la relación *entre lo finito y lo infinito*. Para Hegel los dos términos no son enteramente irreducibles entre sí, sino tan sólo diversas concepciones de una única realidad y origen de todas las demás: la Idea como Espíritu universal que se realiza históricamente tanto en la política como en el pensamiento a través de diversas fases y etapas sucesivas. De forma que lo real y lo racional no constituyen una antítesis sino una mediación y conciliación de opuestos y en último término coincidencia. En la historia debe buscarse la sucesiva *determinación de la idea* donde coinciden la filosofía y la historia de la filosofía. La idea se desarrolla esencialmente como historia del espíritu, en sentido fenomenológico (manifestación de la vida consciente), es decir, conforme a las tres posibles realizaciones de la Idea misma: lógica, naturaleza y espíritu. Emerge así la teoría de la dialéctica de Hegel que trata de explicitar por tríadas sucesivas (tesis-antítesis-síntesis) todo lo real en la Idea y por la Idea.

La parte más válida e interesante de la poderosa obra hegeliana la constituye su *filosofía del espíritu*, subjetivo, objetivo, absoluto. Este último se distingue en filosofía del arte, de la religión y de la filosofía del espíritu objetivo, en la cual encontramos la teoría del derecho y del estado de Hegel. En él, según la identificación inicial de todo el sistema entre lo real y lo racional se afirma la absoluta

necesidad para el individuo de aceptar las leyes del propio estado, expresión de la voluntad del espíritu infinitamente superior a la del individuo. Con ello, Hegel acabó favoreciendo el sistema político absolutista como era el estado prusiano de su tiempo al que el hegelianismo se adhiere pronunciándose en su defensa como representativo de Alemania, convirtiéndose así en el primer teórico de la superioridad del espíritu alemán. Esta es la última y más madura expresión del espíritu universal que anima al mundo.

El *neohegelianismo* es la corriente filosófica que intenta volver a la tesis del idealismo romántico, sobre todo a la de la identidad entre finito e infinito; surgida en América, Inglaterra e Italia, entre finales del siglo XIX y el alborar del siglo XX. El idealismo angloamericano e italiano, se diferencian, sin embargo, entre sí, porque el primero anula el valor de lo finito respecto a lo infinito, mientras que el italiano tiene en cuenta, de modo positivo, lo finito en cuanto racional, adhiriéndose así más a Hegel. Principales representantes del primero fueron: Green, Mc. Targget y Bradley; del segundo, Gentile y Croce.

II. LOS MOVIMIENTOS LIBERALES DE 1830-1831

El impulso liberal que se extendió por toda Europa hacia 1830, conoció sus primeras manifestaciones en Inglaterra donde, a partir de 1822 con el ministerio de Robert Peel, fueron progresivamente abolidas las leyes restrictivas y lesivas de la libertad, p. ej., las que desconocían el derecho de asociación y las que imponían la obligación de pertenecer a la iglesia nacional anglicana. Algunos derechos fundamentales, ignorados durante siglos, fueron conquistados, dando un respiro y dignidad a las masas obreras. En la Europa de la Restauración, cuyas naciones descollantes Austria, Prusia y Rusia, se aferraban tenazmente a una política reaccionaria, Inglaterra representó el primer modelo de sociedad civil hacia la que volvieron sus miradas los millones de oprimidos del continente.

Conquistas político-sociales en Francia e Inglaterra

Sin embargo, la chispa que determinó una auténtica mutación social y política o, en casos menos afortunados, una tentativa en esa dirección, vino de Francia. Aquí el gobierno despótico de Carlos X había exasperado no sólo a las masas de los desposeídos ya habituados a una miseria sin esperanza, sino incluso a la burguesía, espina dorsal de la economía francesa, que se veía perjudicada y humillada por los privilegios otorgados a una nobleza ociosa e incapaz.

Efectivamente, Carlos X, a través de un ministro reaccionario, Polignac, había adoptado una política autoritaria para combatir el auge liberal y progresista bastante difundido en el país gracias a la acción de hombres como Guizot, Adolphe Thiers y los banqueros Lafitte y Perier que propugnaban las exigencias burguesas. La disolución de las cámaras, impuesta por Polignac en su tentativa de reducir la fuerza de la oposición, no tuvo éxito para el gobierno, que hubo de recurrir a nuevas medidas represivas. Se promulgaron, pues, cuatro ordenanzas en que se reinstauraba la pena de muerte, se limitaba la libertad de prensa y se establecía un nuevo sistema electoral que trataba de obstaculizar el avance de la burguesía y favorecía la antigua clase nobiliaria. Todo ello provocó en París una resuelta revolución armada que duró tres días (27, 28 y 29 de julio de 1830) que acabó con la monarquía reaccionaria. En este momento aparece un personaje *Luis Felipe*, duque de Orleans, que con bastante habilidad acertó a aprovechar el momento de tensión política y social presentándose, gracias a su parentesco con aquel Felipe Igualdad que había apoyado la revolución de 1789, como el único capaz de resolver la desastrosa situación en que se encontraba Francia, reuniendo en su persona tanto las aspiraciones progresistas de las masas, como la exigencia de grupos más acomodados, de constituir un gobierno moderado que representara el justo medio entre las instancias jacobinas y las aristocráticas. De ese modo, Luis Felipe, tras la fuga de Carlos X, se convirtió en «Rey de los franceses» y Francia apareció a los ojos de Europa como el símbolo de una nueva era.

En efecto, Luis Felipe, en cuanto abierto a las aspiraciones de la burguesía, ciertamente no podía definirse como un revolucionario; sin embargo, su ascensión al trono, como ya veremos, significó para muchos países una incitación a la rebelión. El aspecto sustancialmente conservador de Luis Felipe fue apareciendo lentamente al pasar las riendas del gobierno de las manos de Laffitte, ministro orientado hacia una visión más progresista de las exigencias sociales, a Perier (1831), vinculado a una co-

rriente más moderada que miraba sobre todo al afianzamiento de la monarquía en política interior y exterior. Pero esto representó poco para los pueblos europeos, entusiasmados más bien por el éxito de la revolución francesa de julio. La *no intervención* proclamada por el soberano francés durante el ministerio Laffitte, por la que Francia se oponía a la Santa Alianza y a toda ingerencia de esta en los asuntos de otros Países, sonó como la victoria de la libertad.

En la adopción de esta actitud francesa, sin embargo, no pesaban tanto ideales de justicia cuanto intereses políticos muy concretos. Efectivamente, Francia prefería estar rodeada por una serie de estados independientes y por lo mismo militarmente débiles a tener que hacer frente a una Europa dominada más o menos directamente por las potencias que capitaneaban la Santa Alianza.

Entre tanto, Inglaterra había acelerado las reformas y, en 1830, bajo el reinado de *Guillermo IV* (1830-1837) y el ministerio de *Lord Grey*, se adoptó un cambio fundamental en el sistema electoral. Efectivamente, hasta entonces estaba vigente la paradójica fórmula por la que pequeños centros rurales, caídos ya en decadencia y dominados por latifundistas, podían enviar uno o más representantes a la cámara de diputados, mientras que las ciudades que se habían desarrollado extraordinariamente, convirtiéndose en la palanca de la vida económica inglesa se veían frecuentemente en la imposibilidad de enviar al Parlamento representantes políticos. Esa estructura anacrónica, que se fundaba en un sistema social totalmente superado, quedó automáticamente anulada, permitiendo así la participación en el gobierno de la fuerza más activa del país: la burguesía precisamente.

Destaquemos, además, en estos años, la formación de dos partidos que vinieron a sustituir a la antigua oposición de *whigs-tories*: los conservadores, expresión de las exigencias de los latifundistas, y los liberales, representantes de la burguesía. Además, las tomas de posición contrarias a la explotación del trabajo de los menores de edad se

tradujeron en ley en 1833, por las que se fijó la edad mínima (9 años) a partir de la cual podían contratarse muchachos en los complejos industriales. A ésta se añadieron, hasta 1838, otras providencias como (en 1833) la ley en favor de los pobres que habrían de disfrutar de un salario fijo aunque bajo, con derecho a la asistencia garantizada por los fondos de una entidad estatal y, en 1834, la abolición de la esclavitud en las colonias. Significativo, aunque quizá prematuro en orden a la consecución de los objetivos prefijados, fue el movimiento que se desarrolló el año 1838 en favor de una carta del pueblo en que se proponían reformas de orientación democrática, como el sufragio universal, de lo que ya hemos hablado. Estas innovaciones tropezaron con la oposición de corrientes más moderadas que actuaban a nivel de gobierno y no fueron aceptadas. A la luz de estos hechos, aparece clara la convergencia de intereses que se iban configurando entre Francia e Inglaterra y que se manifestará especialmente en la política exterior.

Consecuencias europeas de la Revolución francesa

Los acontecimientos de julio de Francia tuvieron influencia en varios países europeos incitándoles a intentar el derrocamiento de situaciones anquilosadas y opresivas. Siguiendo el ejemplo de Francia, Bélgica se rebeló frente a Holanda con la que formaba un único reino bajo Guillermo de Orange-Nassau. Los belgas cansados de los privilegios otorgados a la población holandesa y deseosos de alcanzar la plena autonomía, se levantaron el 25 de agosto de 1830 declarando nula la autoridad del soberano. Al resultar vanos los esfuerzos de éste por reprimir la sublevación, se reconoció la independencia de Bélgica en la conferencia de Londres de 1831 en que participaron Inglaterra, Francia, Austria, Rusia y Prusia. El nuevo rey fue Leopoldo I de Sajonia-Coburgo. Las tres potencias reaccionarias de la Santa Alianza se encontraron frente a una situación irreversible y, aun siendo contrarias a esta solución, hu-

bieron de aceptar la nueva situación política belga. También en Suiza se produjeron progresos en sentido democrático en lo que se refiere a la constitución de los diversos cantones.

Pero donde Inglaterra y Francia ejercieron mayor influencia en las tumultuosas vicisitudes de otros países fue en Portugal, donde hacía estragos la guerra civil. En efecto, muerto Juan IV, heredero al trono portugués, en 1826, *María Gloria*, hija de Pedro I Emperador del Brasil, se vio amenazada por las fuerzas reaccionarias de su tío Don Miguel; pero las fuerzas fieles a la reina lograron imponerse a los absolutistas y, gracias a la ayuda de Francia e Inglaterra, obligaron a Don Miguel al exilio en 1834.

No fueron tan afortunadas las tentativas de las fuerzas liberales polacas que trataron en vano de sustraerse al opresor dominio ruso. Varsovia se sublevó en 1830 proclamando la independencia del país. La reacción del zar Nicolás I fue despiadada: el ejército ruso asedió la capital polaca y la rebelión quedó ahogada en sangre. Se adoptaron medidas rígidas capaces de eliminar toda nueva veleidad revolucionaria y Polonia, como entidad nacional, quedó prácticamente eliminada.

Finalmente en Alemania tuvieron lugar algunos movimientos que sin embargo no llegaron a lograr resultados de importancia. Pero también aquí ocurrió algo nuevo que cedió en provecho de la burguesía. En efecto, a partir de 1830 se registró un notable desarrollo industrial. Las fábricas de tejidos, seda y lana se multiplicaron, progresando al mismo tiempo la industria química. Sobresalía, dentro del conglomerado de estados germánicos Prusia, destinada a ejercer una influencia decisiva en el futuro de Alemania. Este renacimiento económico alemán llevó en 1834 a la formación de una unión aduanera, el *Zollverein*, entre todos los estados alemanes, que facilitó la circulación de mercancías mediante la supresión de aduanas que habían dificultado hasta entonces un comercio floreciente. Pero esto coincidió con la instauración del proteccionismo, propugnado entre otros por el economista List. El

objetivo era el de garantizar el desarrollo económico de Alemania mediante la anulación de la concurrencia extranjera. El imperio de los Habsburgo fue el más perjudicado por esta política nacionalista alemana y comenzó a alimentar una oposición, latente frente a Prusia que hacía ahora sentir todo su peso en la política germánica.

En una visión de conjunto, aparece evidente la victoria, en casi toda Europa, de las fuerzas liberales frente al absolutismo. Las potencias de la Santa Alianza habían reafirmado en dos convenios (en *Münchengrätz* en 1833 y en *Töplitz* en 1835) sus vinculaciones comunes y la decisión de oponerse a toda exigencia democrática, pero eso no logró frenar el avance de las ideas progresistas, síntoma del comienzo de una nueva era.

La revolución en Italia

Como en otros estados europeos, también en Italia se contempló con ilusión la mutación de sentido liberal que se había realizado en Francia e Inglaterra. Sobre todo la política de no intervención suscitó peligrosas ilusiones en el ánimo de los patriotas de los pequeños estados italianos que ya no soportaban el yugo de soberanos absolutos y reaccionarios. Ya veremos cómo esta confianza en el apoyo francés se derrumbó miserablemente.

En Módena surgió el primer foco de la rebelión que se propagó por toda la zona central de la península; aquí, el duque Francisco IV, que en tiempos no había ocultado sus tendencias conservadoras, pactó ambiguos acuerdos con los carbonarios que venían agitándose hacía tiempo. Entre ellos, destacan dos personajes de relieve: *Ciro Menotti*, comerciante, y *Enrique Misley*, abogado. La maniobra de Francisco IV se vio favorecida por la ingenuidad de los conspiradores que nada sospecharon de la deslealtad del duque. En efecto, Francisco IV no había cambiado su ideología reaccionaria; más aún, esperaba poder extender las fronteras del propio estado, sirviéndose eventualmen-

te de los carbonarios y acariciando el sueño de dominar sobre el norte de Italia.

Este juego político, se les escapó a Menotti y Misley quienes, incitados por las noticias que llegaban de Francia, decidieron poner en marcha el plan de revolución. En este momento, Francisco IV, quizá por haberse dado cuenta de las proporciones que en toda Europa iba tomando el eco de las tres jornadas francesas, y atemorizado por una posible intervención austríaca, suspendió toda ayuda a los carbonarios quienes, sin embargo, no desistieron de su intento.

Así las cosas, la tarde del 3 de febrero de 1830, mientras en casa de Menotti se estaban concretando los detalles del plan, los conjurados se vieron sorprendidos por las tropas del duque que había hecho cercar la casa, pensando truncar de raíz, con esta acción sorpresiva, toda veleidad revolucionaria. Las órdenes relativas al estallido simultáneo de la revuelta en varias ciudades ya habían sido cursadas, por lo que pese a la detención de los principales jefes carbonarios, al día siguiente Bolonia y Parma se vieron sacudidas por la revolución y la duquesa María Luisa de Austria se vio obligada a huir refugiándose en el cuadrilátero firmemente defendido aún por los austríacos. También huyó Francisco IV llevando prisionero consigo a Menotti. El movimiento se extendió a algunas ciudades del Estado Pontificio como Forlì, Ravena, Ferrara. En Bolonia, el 26 de febrero, se formó un «gobierno provisional de las provincias unidas», con la participación de todas las ciudades que se habían liberado de la soberanía pontificia.

Vanas fueron las esperanzas puestas en Francia que en efecto, según sus explícitas declaraciones, no se proponía intervenir en una guerra civil que ideológicamente le era indiferente. En realidad Luis Felipe y su ministro Perier no tenían intención de chocar violentamente con Austria incluso porque en ello se encerraba la remota posibilidad de que Metternich apoyara las reivindicaciones al trono francés del duque de Reichstadt, hijo de Napoleón. Por

eso Luis Felipe, totalmente entregado a consolidar su trono en su país, no quiso correr el riesgo de ver amenazada su propia soberanía. La victoria de Metternich fue seguida de una violenta represión.

La organización carbonaria se había mostrado dividida e incapaz de una acción política eficaz. Esta indiscutible realidad fue pronto captada por una de las figuras más importantes del *Risorgimento* italiano: *Giuseppe Mazzini*. Nacido en Génova en 1805, el joven Mazzini había recibido una profunda educación religiosa de su madre y asimilado las ideas republicanas de su padre. Esos elementos fueron determinantes en la elaboración de su programa político. En 1827 había ingresado en la organización carbonaria, lo que le acarreó disgustos porque tres años después fue encarcelado por sus actividades. Pero, afortunadamente, el proceso que se le inició no le causó grandes perjuicios porque se le dio opción entre la «residencia forzosa» con la constante vigilancia de la policía saboyana, y el exilio. Mazzini escogió este último y se estableció en Marsella, donde emprendió la elaboración de la teoría que había de llevarle a fundar la *Joven Italia*.

Inicialmente trató de apoyarse en la clase dominante, dirigiendo en 1831 una carta a Carlos Alberto, que había sido entronizado aquel año rey de Cerdeña, invitándole a participar en el renacimiento del pueblo italiano; pero la actitud negativa del rey le movió a desistir de la búsqueda de apoyo por parte de los soberanos. Ello contribuyó a afirmar en él la convicción de que lo que más urgía era la difusión de las ideas de libertad y progreso entre el pueblo, el cual debía tomar conciencia, con toda su complejidad, de la exigencia de un nuevo orden político.

La primera tentativa de actuación práctica del programa de lucha se sometió a experiencia en 1833 en el Piamonte, donde se trató de desencadenar una rebelión en las filas del ejército saboyano. El plan no tuvo éxito. Esta primera derrota no desanimó a Mazzini que proyectó la invasión de Saboya a través de Suiza que también fracasó. Simultáneamente Génova, que debiera haberse

rebelado, no se movió y *Giuseppe Garibaldi* que había acudido a la ciudad para participar en la insurrección, consiguió escapar a la represión a duras penas, embarcándose en una nave que zarpaba para América.

Aunque los acontecimientos significaron un duro golpe para los conjurados, en 1834 se fundó en Suiza la *Joven Europa* para realizar a escala internacional las ideas de Mazzini.

España entre el liberalismo y el absolutismo

Fue el interés por preservar la corona para su descendencia lo que motivó un cambio en Fernando VII. Los liberales se convertirán en aliados decisivos para salvar el trono de Isabel, hija de su cuarta esposa, María Cristina. Al quedar ésta embarazada, el rey confirma (marzo 1830) la *Pragmática sanción*, que en 1789 había sido aprobada en las Cortes y mantenida en secreto a petición de Carlos IV. Esa pragmática deroga el *Auto Acordado* (1713), por el que Felipe V introducía en España la Ley Sálica francesa, según la cual los hermanos varones del rey tenían preferencia sucesoria frente a las hijas. También las Cortes de Cádiz habían anulado esta ley dinástica para volver a la tradicional costumbre española. Los liberales eran, pues, defensores natos de la herencia de Isabel, frente al partido absolutista, que centraba sus esperanzas en Carlos Isidro, hermano del monarca.

El robustecimiento de este partido absolutista extremo, llamado *de los apostólicos*, se inicia a partir del cuarto matrimonio de Fernando VII. Sin descendencia de sus tres primeras mujeres, veían este cuarto enlace como un peligro de pérdida de las oportunidades sucesorias de don Carlos. Peligro que se agravaba al conocer el talante liberal y benévolo de la nueva reina, quien, en su viaje hacia España, se había entrevistado en París con los líderes liberales, prometiéndoles incluso medidas de clemencia.

En este contexto de tirantez de intereses en el seno de la Corte tiene lugar una grave enfermedad del rey (setiembre 1832), quien deja a su esposa las funciones de gobierno. Temiéndose un fatal desenlace, la reina consulta a los ministros, de tendencia absolutista, y se deja imponer la opinión de éstos: conseguir del rey la firma del codicilo por el que se deroga la Pragmática Sanción. Pero, recuperado el rey de su extrema gravedad, reacciona contra la maniobra de los apostólicos. Desautoriza el codicilo y cambia el ministerio (1-X-1832). María Cristina asume las funciones de Regente. Como tal, se apresura a desmantelar las instituciones que en los últimos años habían sido creadas para la defensa del absolutismo. Cambia los mandos del Ejército y licencia a los *voluntarios realistas*, que sumaban unos 120.000 hombres.

Para captarse a los liberales, pone en libertad a los presos políticos y promulga una amnistía (15-X-1832), completada al año siguiente por otra que se extendía sobre los exceptuados en la primera. El moderado Cea Bermúdez sustituye a Calomarde en el ministerio. La recuperación del rey y su vuelta a las tareas del gobierno significan un apoyo a la política de su esposa. Hace jurar a las Cortes el reconocimiento de su hija Isabel como heredera, acto al que no quiere asistir don Carlos, que ha pasado a Portugal.

El partido apostólico, que era ya activo desde 1827, con la revuelta de los *agraviados* en Cataluña, quiere pasar ahora a la acción, antes de perder el control sobre la fuerza armada. En este momento muere el rey (28-IX-1833) y María Cristina, nombrada Regente y gobernadora, hereda una cruel guerra civil que va a durar siete años.

El levantamiento apostólico, que se denominará *carlista*, es muy disperso, a base generalmente de partidas, que se forman con *voluntarios realistas* en licencia forzosa. Son varios los comandantes y tenientes coroneles de esta antigua fuerza que ahora acaudillan a los sublevados. De superior graduación sólo podemos citar a dos generales: Santos Ladrón y Merino, el cura guerrillero.

El ejército oficial, con todo el aparato del Gobierno, acepta el testamento de Fernando VII de manera que, aunque sólo Francia e Inglaterra reconocen a Isabel, el bando carlista está falto de representatividad en el Estado como para conseguir apoyo internacional.

Tanto más cuanto que pronto queda localizado a las regiones Vascongadas, norte de Cataluña y el Maestrazgo. Dentro de estas mismas regiones, se nota la división entre la ciudad y el campo, pues, ni siquiera en el País Vasco, donde dominó amplios territorios, consigue tener una sola capital de provincia. En las otras zonas, las partidas son pronto dispersadas o apresadas por el Ejército regular. Merino, que ha conseguido reunir 14 batallones de voluntarios realistas en Castilla, deberá replegarse hacia el País Vasco, no pudiendo establecer una posición autónoma. Tropas isabelinas traspasan la frontera de Portugal y obligan a Carlos, por el tratado de Evora-Monte, a residir en Inglaterra.

El mismo pretendiente tarda casi un año en poder llegar hasta el territorio carlista. Consigue fugarse de Inglaterra, atraviesa Francia de incógnito y penetra en Navarra en julio de 1835, cuando ya las victorias de Zumalacárregui han conseguido el dominio efectivo de un territorio. Don Carlos se rodea de un grupo de consejeros, a modo de ministerio. De la pugna entra esta Junta consultiva y los generales saldrá perjudicada la causa carlista.

En la primera guerra carlista pueden distinguirse tres fases: demarcación de campos; tanteos estratégicos de gran envergadura; disolución.

La primera etapa coincide con la acción de Zumalacárregui, general carlista que de unas acciones guerrilleras muy limitadas consigue pasar a victorias en campo abierto frente a todos sus rivales, Quesada, Rodil, Osma, Espartero. Forma un ejército disciplinado y eficaz, pero no se libra de caer en la crueldad represiva que va a caracterizar a esta guerra, hasta el punto de que tienen que

intervenir Francia e Inglaterra para imponer el respeto a normas elementales sobre prisioneros y represalias en civiles.

Zumalacárregui domina las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa pero no consigue que se acepte su plan de tomar Vitoria y consolidar la línea del Ebro. Por imposición del Pretendiente acude a sitiar Bilbao, falto totalmente de artillería. Durante la primera semana del asedio recibe una herida que, mal curada, le ocasiona la muerte (23-VII-1835). Con su desaparición se suceden las derrotas carlistas. En busca de una salida es cuando, en esta segunda fase de las operaciones, tienen lugar maniobras de gran envergadura, como la expedición de Gómez Moreno, que recorre todo el norte (Santander, Asturias, Galicia) para descender por León y Castilla la Nueva hasta las proximidades de Madrid. Atraviesa Guadalajara, Cuenca, Albacete y Córdoba, desde donde se adentra en Extremadura para regresar a Andalucía y, por La Mancha y Castilla la Nueva, vuelve a sus bases en Vizcaya. La expedición dura desde el 26 de junio al 20 de diciembre de 1836 y aunque consigue numerosas victorias, entre ellas la toma de Córdoba, falla en su propósito inicial: despertar un movimiento popular generalizado. Más éxito alcanza Cabrera en el Maestrazgo, que domina tras la toma de Cantavieja y Morella. Como último intento de generalizar la guerra, en la primavera del 37 se prepara la *expedición real* carlista. El contingente armado, en el que va don Carlos y Cabrera, consigue acercarse a la capital, pero no se le suman ninguna de las adhesiones esperadas. La causa, como tal, estaba ya perdida, al repasar el Ebro el Pretendiente en retirada el 15 de octubre de ese mismo año.

La constatación de este hecho por la parte más responsable del mando carlista da paso a una tercera fase de enfrentamientos internos. Maroto, jefe supremo de las fuerzas carlistas, se apresura a pactar con Espartero a fin de evitar su deposición, reclamada por algunos consejeros de don Carlos. En Vergara tiene lugar (31-VIII-1839) el abrazo de los dos jefes. Cabrera no acepta ese pacto y

continúa unos meses la lucha, cada vez más desesperada, hasta verse obligado Espartero a atravesar la frontera pirenaica.

El largo curso de esta guerra produjo una mutación en lo que habían constituido sus razones iniciales. De un enfrentamiento entre liberales y absolutistas, va derivando hacia ideales como el «legitimismo» dinástico y la defensa de la fe poco claros en su origen: la Iglesia se puso de parte de Isabel. Menos claro aún está la introducción del tema de los fueros como bandera principal en la lucha que identificará el carlismo posterior con una reivindicación foral del País Vasco.

Cea Bermúdez, mantenido por la Regente en el ministerio a la muerte de Fernando VII, intenta una política de mediación. Su *Manifiesto* (4-X-1833), sin conseguir apaciguar a los carlistas, tampoco satisface a los liberales, que ahora pueden reclamar algo más que la tolerancia. Es sustituido por Martínez de la Rosa, ministro en la época moderada del trienio liberal.

A él se debe el *Estatuto Real* (10-IV-1834), especie de Constitución otorgada, donde se convocan las Cortes de acuerdo con la manera tradicional, es decir, distinguiendo las dos Cámaras de próceres y de representantes. Supone, por esto, una reencarnación del ideario de Jovellanos en una fórmula que muchos de estos liberales han podido ver funcionar en Inglaterra, durante sus años de destierro.

El Estatuto otorga una gran importancia a la Corona incluso en el momento de cumplirse la tarea legislativa como árbitro entre el Gabinete ministerial y las Cortes. El control de la edición de diarios y el mantenimiento de la censura de Prensa hicieron del Estatuto Real un logro excesivamente mediocre. Daba clara ventaja a las clases instaladas y restringía el derecho de sufragio a sólo 16.000 personas.

No obstante, supuso una victoria liberal. Establecía una cabeza de puente: la tribuna del Congreso, desde la que continuará la batalla. Martínez de la Rosa, ante las

dificultades que le crean las Cortes, dimite en mayo de 1835 después de disolverlas. Su sucesor, el conde de Toreno, no consigue contentar las reclamaciones de los radicales cada vez más fuertes entre la burguesía urbana, que organizan Juntas cuyo poder provoca la sustitución de Toreno por Mendizábal (setiembre 1835). Los siete meses que se mantiene en el Gobierno este ministro van a ser decisivos para la consolidación de la victoria del liberalismo. Representa el primer Gobierno progresista, aunque este partido se dividiría pronto causando su caída. Pero los moderados de Istúriz, que le sucede, son derribados por una acción militar, la sublevación de los Sargentos de La Granja (1836), que obliga a la Regente a jurar la Constitución de 1812.

Se aplica entonces la ley electoral preparada por Mendizábal durante su mandato, que, no obstante el hecho de ocupar los progresistas el poder, da la mayoría del Parlamento a los moderados. En esas condiciones se redacta la *Constitución de 1837*, mucho más realista que la de 1812, es decir, apta para el entendimiento político de los partidos rivales. Es bicameral y concede a la Corona el derecho al veto por dos legislaturas. Defiende los derechos individuales y el de libertad de Prensa.

Mendizábal, que ha vuelto al Ministerio de Hacienda en el Gabinete de Calatrava, prosigue su obra más conocida, la desamortización de los bienes eclesiásticos, declarados «propiedad nacional». Va a comprometer a grandes sectores de la burguesía, enriquecidos con esas ventas, en la causa progresista. A la vez, la realidad de *clase social* adinerada sustituirá el antiguo concepto teórico de *estamento* nobiliario. De hecho, las nuevas fortunas no tardan en emparentar con la nobleza, que, en adelante, constituirá una parte importante de la oligarquía.

Mendizábal y Calatrava han sido también factores decisivos en la conclusión de la guerra carlista al decretar la leva de una quinta de 100.000 soldados que pronto desnivelan la relación de fuerzas. En el lado cristino la réplica del legendario Zumalacárregui será Espartero, sol-

dado valiente que suma el arrojo a un concepto práctico de la estrategia. Nombrado Conde de Luchana al conseguir levantar el segundo asedio de Bilbao, sumará a este título el de Duque de la Victoria tras el abrazo de Vergara.

Va a convertirse, en ese mismo momento, en el árbitro de una confusa situación política que hace sucederse infructuosamente a los gabinetes. Ni moderados ni progresistas consiguen estabilizar un Gobierno. La batalla principal se ciñe en torno a un proyecto de ley de ayuntamientos, acompañado de otro sobre restricción del ámbito electoral y de diversas medidas para el control de la libertad de imprenta. La Regente intentará ganarse a Espartero para este proyecto, destinado a frenar la apertura liberal de la Constitución de 1837. El general pone unas condiciones que no son aceptadas.

Una vez más, el recurso progresista será la insurrección que llena el país de Juntas enfrentadas al Gobierno. Era, como se había demostrado hasta la saciedad, el único recurso disponible al liberalismo en su marcha hacia libertades progresivas, marcha que la tendencia moderada trató siempre de frenar involucionando el proceso. La única autoridad frente a las Juntas es la de Espartero. Pero cuando María Cristina acuda de nuevo a él, será el general quien ponga unas condiciones inaceptables: quiere ser corregente. La dimisión de María Cristina (12-X-1840) convierte a Espartero en dueño del poder, las Cortes sancionarán su Regencia.

Se abre así el trienio progresista (1841-1843), que, lejos de encontrar una fórmula válida para el entendimiento político, va a estar salpicado de intentonas moderadas a las que el progresismo responde dividiéndose en tres grupos: el ministerial, el de Olózaga y el de Joaquín María López.

La misma burguesía acaudalada, que apoyó el advenimiento progresista, abandona a Espartero a raíz de los incidentes de Barcelona (1842), donde se dan la mano un movimiento republicano con los intereses comerciales

amenazados por la posible firma de un tratado de libre cambio con Inglaterra.

La Prensa está unida contra el Regente. Y toma la palabra contra él cuando, en respuesta a un voto de censura, clausura las Cortes.

Todo contribuye a facilitar los planes de conspiración que anudan los moderados. El levantamiento militar se inicia en Málaga desde donde parte Narváez hacia la Corte el 24-V-1843. Granada, Almería, Zaragoza, Valencia, Alicante... se suman a los rebeldes. Al acercarse a Madrid, las tropas progresistas, mandadas por Seoane, mantienen un simulacro de combate con Narváez en Torrejón de Ardoz. Espartero tendrá que partir hacia el exilio.

Entre generales está el juego. Si el siglo XVII será el de los validos y el XVIII el de los ministros ilustrados, el XIX se caracterizará por la presencia de jefes militares que se convierten en los protagonistas decisivos de la vida política: Espartero, Narváez, O'Donnell, Prim, Serrano, Martínez Campos...

III. EUROPA DE LA DECADA DEL 40

Crisis en Oriente

En el Medio Oriente, a partir ya de 1831, la situación era candente; el soberano de Egipto *Mehemed Ali*, que en aquella época se había enfrentado con el Sultán turco reivindicando la posesión de Siria, en 1839 pretendió que Turquía reconociera su poder así como la hereditariadad del título. Puesto que el sultán se oponía, Mehemed avanzó con su ejército en dirección de Constantinopla. Francia, gobernada por el ministro Thiers, que intentaba hacía tiempo penetrar en el Africa septentrional en perjuicio de Turquía, apoyó al soberano egipcio. Menos belicosa se mostró Inglaterra que pretendía ampliar su imperio colonial gradualmente, sin embarcarse en guerras extenuantes y sangrientas. Además, Turquía no se encontraba sola: a sus espaldas, Rusia, artífice del *tratado del Urikiar Skelessi* (1833), y aliada del sultán otomano, estaba alerta.

La explosión, pues, de una guerra en el Medio Oriente, pareció totalmente inconsiderada a *Palmerston* quien, con excepcional habilidad política, logró inducir al zar a dar por nulo el pacto de 1833 y a estipular, en la conferencia de Londres de 1841, un acuerdo con Austria, Prusia e Inglaterra por el que Mehemed fue reconocido como legítimo soberano y Siria, que había sido invadida por él, restituída al sultán. Francia, aislada en sus veleidades bélicas, se vio obligada a ceder; Thiers fue sustituido por Guizot que, para contrapesar la actitud inglesa, se acercó a

Austria. Así, vino a operarse un cambio de frentes cuyas consecuencias repercutieron en el Piamonte. Carlos Alberto comienza a acercarse a Francia y, simultáneamente, comienza a darse cuenta de las necesidades autonomistas de la península donde se esforzaba por suprimir las barreras aduaneras y facilitar un mayor desarrollo al comercio y a la actividad industrial, insuficiente y atrasado respecto de las naciones extranjeras.

Estas presiones, pues, acabaron por arrastrar al rey a posiciones menos conservadoras.

El año 1848

Muerto el reaccionario Gregorio XVI, en el Estado Pontificio fue elegido Papa el cardenal Giovanni María Mastai Ferretti que había sido obispo de Spoleto y más tarde Imola, dando algunas muestras de tolerancia y mansedumbre. La elección del nuevo Papa, que tuvo lugar en un clima de tensión por enfrentarse en el cónclave corrientes conservadoras y renovadoras, no fue del agrado de Austria, cuyo representante, cardenal Gaysruck, arzobispo de Milán, se dice que no llegó a tiempo al cónclave para impedir la elección de un colega no grato a Metternich. Al contrario, la aureola que rodeaba a *Pío IX* dio alientos a las fuerzas liberales que, creyendo haber encontrado en él un defensor tenaz y fiel, crearon en su torno una aureola de santidad y le atribuyeron ideas progresistas que realmente no tenía.

Toda Italia aclamaba al Papa, mientras que el mismo Metternich, estupefacto, juzgaba preocupado al Papa como «liberal».

Tensiones en Italia

Al final, el Estado Pontificio, tras siglos de estancamiento y atraso, conocía un poco de animación: surgieron grupos políticos y culturales de tendencia moderada que

creían realizadas las ideas utopistas del *Primado* de Gioberti. Austria, en un intento de frenar las peligrosas innovaciones, ocupó por la fuerza la ciudad de Ferrara, pero ello determinó una violenta protesta papal a la que se sumaron Carlos Alberto, que ofreció la ayuda de su ejército, Giuseppe Garibaldi que había vuelto de Montevideo y Mazzini, vuelto de Londres. Metternich se vio obligado a ceder momentáneamente y retirarse, mientras que en todos los Estados italianos, animados por los acontecimientos, surgían las revueltas. En Toscana, Leopoldo II otorgó el Consejo y la guardia cívica, al paso que se aligeraba la censura y nacían periódicos de inspiración liberal. Carlos Alberto, sorprendido también por los acontecimientos, autorizó reformas en los órganos de policía estatal, aprobó la electividad de los concejos comunales y provinciales, permitiendo además la difusión y nacimiento de periódicos como el «Risorgimento», del que sería director Cavour, la «Concordia» y otros.

Entre el rey de Saboya y el Papa se establecieron además los preliminares de una unión aduanera italiana, suscritos el 3 de noviembre de 1847. Pero no todos los soberanos italianos respondieron positivamente a las instancias populares que naturalmente eran favorables a la unión aduanera.

Para los Habsburgo, la situación se hacía delicada habida también cuenta de la situación internacional: Inglaterra, enfrentada con Francia en la cuestión egipcia y a causa de las aspiraciones de la monarquía francesa a extender su poder en España gracias al matrimonio de la reina Isabel con el Duque de Cádiz y de su hermana María Luisa con el hijo de Luis Felipe, apoyaba abiertamente a los liberales italianos. Además, Francia había irritado con su política al gobierno inglés, incluso porque, entrometiéndose en las luchas que habían estallado en Suiza entre católicos y liberales, apoyaba a los cantones católicos. Europa toda, pues, desgarrada por tantas divergencias hacía difícil el mantenimiento de la supremacía austríaca en Italia.

No faltó tampoco una derrota de la reacción en el reino de las dos Sicilias. Fernando II había decapitado la insurrección de Reggio Calabria y Mesina de setiembre de 1847, pero en enero de 1848 se vio desbordado por la rebelión siciliana. En esta isla, el movimiento capitaneado por *Rosalino Pilo* y *Giuseppe La Masa*, desbarató las tropas borbónicas obligándoles a abandonar el territorio: a la victoria siguió la proclamación de un gobierno provisional constitucional e independiente. La chispa se propagó por el continente y Fernando II solicitó la ayuda austríaca. Muy a su pesar, sin embargo, el Pontífice se vio obligado a denegar el permiso de tránsito de las tropas austríacas a través del territorio pontificio y el soberano napolitano se encontró solo y aislado para hacer frente a la explosiva situación. En este momento es cuando decide, para salir del mal paso, conceder con un acto que supera las posiciones de todos los otros soberanos italianos una constitución según el modelo francés de 1830 (11 de febrero de 1848).

Cogidos por sorpresa, Leopoldo II (11 de febrero), Carlos Alberto (4 de marzo) y Pío IX (14 de marzo), se ven obligados, bien a su pesar, a adoptar actitudes similares.

Todo ello, ciertamente, no significa el comienzo de un sistema de gobierno democrático, ya que el ejercicio del poder seguía siendo prerrogativa de los monarcas que se limitaban a algunas concesiones fundamentales: ningún sentimiento auténticamente democrático anidaba en el corazón de los gobernantes, pero el temor ante una posible y auténtica revolución que trastornara todo el orden establecido de la península con la instauración de regímenes republicanos, sirvió de acicate y les impulsó a aliviar la rigidez de los sistemas de gobierno. Esto explica los sucesivos y bruscos cambios de orientación política, dictados por el oportunismo y que decepcionarán tantas esperanzas puestas en estos síntomas, solo aparentes, de liberalismo regio.

La Revolución de París y su influencia en Europa

Hechos muy decisivos estaban aún por producirse en Francia, donde la actitud de *Guizot* había agravado la ya precaria situación. Las subidas de precios, el desempleo, las exageradas especulaciones que habían determinado el derrumbamiento en la bolsa de las acciones ferroviarias, la crisis de la agricultura que también afectaba a toda Europa, crearon tal tensión que pronto encontró ocasión para convertirse en revolución declarada. *Guizot* y *Luis Felipe* parecían ignorar deliberadamente las causas del profundo malestar del país y no se preocuparon de sanear la vida económica y social francesa.

El chispazo se produjo cuando *Guizot*, con desprecio olímpico de la opinión pública, prohibió unas elecciones que deberían haber tenido lugar el 22 de febrero de 1848. Inmediatamente el furor popular, por largo tiempo reprimido, estalló: se construyen barricadas en todos los barrios de la capital y se propagó el incendio de la lucha armada. *Luis Felipe* intenta sin éxito salvar el trono obligando en primer lugar a dimitir a *Guizot* y sustituyéndolo primeramente por *Molé* y luego por *Thiers* y abdicando finalmente en favor de su sobrino, niño aún, bajo la regencia de su madre que había mostrado tendencias liberalizantes. El gobierno formado por la regente y entre cuyos miembros se encontraba también *Odile Barrot*, enemiga declarada de la política de *Luis*, no tuvo éxito alguno. La asamblea fue asaltada y ocupada por demócratas capitaneados por el poeta republicano *Lamartine* y el socialista *Blanc*. Los insurgentes proclamaron la república formando un gobierno en que participaban hombres de diversas tendencias entre los que figuraban, además de *Lamartine* y *Blanc*, *Ledru-Rolli*, republicano demócrata y un verdadero obrero, *Albert*.

La celebración de las elecciones se retrasó para permitir la difusión de las ideas revolucionarias en el país. Porque la rebelión había aparecido como un movimiento exclusivo de París al que los pequeños centros periféricos

habían quedado perfectamente ajenos. La gran masa de la población de los campos se había mostrado casi indiferente y aislada frente a los movimientos de la capital y temía además la instauración de un régimen socialista. Se estudian algunas reformas legislativas de amplio alcance, como la regulación del horario de trabajo en las fábricas y la constitución de empresas de dirección estatal, los «ateliers nationaux», que contribuirían a subsanar la plaga del desempleo. Estas providencias no obtuvieron consenso general: la numerosa clase de los pequeños propietarios y los campesinos, aferrados aún a posiciones tradicionales, miran con recelo el peligro del advenimiento de un gobierno de extrema izquierda y, en el momento de las elecciones, determinan una mayoría moderada.

En vano el proletariado parisino, bajo la dirección de *Blanqui*, *Barbès* y *Raspail*, intenta forzar la marcha de los acontecimientos invadiendo nuevamente la asamblea para invalidar, con un acto de fuerza, los resultados electorales, ya que la guardia nacional rechaza y reprime el asalto. Blanc y Albert se ven obligados a abandonar el gobierno que presenta ahora una fisonomía decididamente moderada: en este momento puede decirse que la revolución de París ha terminado. Pero los ecos de la lucha de los franceses favoreció la insurrección de otros pueblos europeos, hartos ya de la larga opresión de sus respectivos gobiernos. Menor importancia revistieron los movimientos que se produjeron en España, Portugal y Holanda. Aquí, en particular, el rey *Guillermo II* (1840-1849), demostrando una aguda sensibilidad política, abrió las puertas a los opositores liberales dándoles participación en la tarea gubernativa.

Entre tanto, se había suscitado la cuestión de la independencia de los ducados de Schleswig y Holstein que reivindicaban su autonomía del gobierno danés y pretendían unirse a la confederación germánica. Como consecuencia, las ideas liberales marcaron un compás de espera y quedaron sofocadas por una oleada de fervor nacionalista. Incluso en uno de los países más al Norte, Suecia, se

registraron agitaciones populares que fueron inmediatamente sofocadas. En los Balcanes, la Valaquia intentó una insurrección inmediatamente reprimida por el ejército turco. En la Europa Oriental, los polacos de Cracovia y Posnania intentaron liberarse de la inveterada condición de semiesclavitud pero sus esfuerzos no obtuvieron resultado. Mayor alcance, aunque efímero, tuvieron los movimientos en Alemania y Austria. En la confederación germánica, las rebeliones obligaron a los soberanos a graduales concesiones; pero esto no era suficiente porque el problema más hondamente sentido por los liberales era el de la unidad de la nación fraccionada. Para llegar a un acuerdo sobre este punto se creó el Parlamento de Francfort; pero en él se enfrentaron dos corrientes: los fautores de la Gran Alemania que había de abarcar a todos los estados y los defensores de la pequeña Alemania que defendían la exclusión de Austria y la supremacía de Prusia. Esta última propuesta fue la que triunfó en definitiva y el Parlamento invitó a Federico Guillermo IV (1840-1861) de Prusia a aceptar el título de emperador.

El rey de Prusia que también se había visto obligado, pese a sus convicciones reaccionarias, a conceder la constitución en 19 de marzo de 1848, rechazó la oferta que le hacía el Parlamento de Francfort y exigió que esa misma propuesta se la hicieran todos los príncipes germánicos en señal de sumisión. La respuesta negativa del soberano provocó la debilitación de la Asamblea que vio progresivamente disminuir sus miembros. El 18 de junio de 1849, el Parlamento, que se había reunido en Stuttgart, quedó disuelto por orden del gobierno. En Austria, el emperador Fernando, incapaz de afrontar la violenta rebelión popular de Viena (13 de marzo de 1848) que estalló en respuesta a la limitación del derecho de voto a sólo los propietarios, prevista por la nueva constitución, despidió a Metternich y accedió a la formación de una asamblea constituyente. Por el mismo tiempo, en Hungría y Bohemia quedaron suprimidas leyes inicuas y discriminatorias y se permitió la formación de Asambleas nacionales. Pero estos éxitos fueron de poca duración: las tropas austríacas cañonea-

ron Praga ahogando el movimiento liberal: en Hungría, un ejército imperial, apoyado por las tropas croatas de *Franz Jelacic* derrotó a los rebeldes y, por último, Viena hubo de ceder y fue ocupada por las fuerzas conservadoras. El emperador Fernando hubo de abdicar y el trono pasó a manos del joven *Francisco José* (1848-1916).

La Primera Guerra de Independencia italiana

Paralelamente a estas rebeliones europeas, también los liberales italianos, decididos a liberar el país del yugo austríaco, se insurreccionaron.

El 17 de marzo, en Venecia, una enérgica protesta popular obligó al gobierno a permitir la formación de la guardia cívica y la liberación de Manin y Tommaseo. El 18 en Milán, bajo la guía de *Cattaneo*, se encendió la lucha armada contra los austríacos. Durante cinco días las famosas cinco jornadas de Milán los vecinos lucharon por destruir el ejército del mariscal *Radetzky* tratando de hacerse fuertes en cada calle y casa. Finalmente los insurrectos lograron apoderarse de una de las puertas de la ciudad y obligaron a Radetzky a retirarse, con todas sus tropas, al llamado cuadrilátero, formado por las ciudades Mantua, Peschiera, Verona y Legnano.

Milán y Venecia celebraron la victoria que les liberaba del dominio austríaco. También los soberanos de los pequeños ducados de la Italia central Módena y Parma, huyeron abandonando su estado. En Sicilia se proclamó la autonomía respecto del reino de Nápoles y se creó un Parlamento que, considerando destronado a Fernando, propuso la elección de un nuevo rey. En todos los territorios liberados surgieron gobiernos provisionales en los que, sin embargo, no desaparecieron las divergencias entre moderados y extremistas, que más tarde serán uno de los motivos de la debilidad italiana en la primera guerra de independencia.

Entre tanto, en el Piamonte, Carlos Alberto, arrastrado por el alud de los acontecimientos, declaró la guerra a

Austria, cediendo finalmente a las presiones que constantemente se ejercían de todas partes sobre él.

Pero hay que subrayar que, ni el rey ni los que solicitaban su intervención, pensaban en el nacimiento de una nación verdaderamente libre y democrática, sino que pretendían extender el dominio saboyano por toda la península y, evitar, tomando la iniciativa, que prevalecieran tendencias republicanas y socialistas.

El ejército del rey avanzó por el Lombardo-Véneto pero la acción se llevó a cabo con lentitud e indecisión, rasgos constantes del carácter de Carlos Alberto.

Las ciudades lombardas que habían conseguido la libertad por sí solas, miraron con suspicacia la intervención bélica piemontesa, mientras que hombres, como Cattaneo, le opusieron resistencia declarada. Pero, en el comienzo, prevaleció el entusiasmo por las recientes conquistas y el espíritu nacionalista no permitió considerar a fondo la situación bastante compleja por otra parte. Mazzini, desde París, fundó la Asociación Nacional Italiana con la idea de concentrar todas las fuerzas en la consecución de la independencia difiriendo para mejor momento las aspiraciones republicanas. Fuerzas armadas enviadas por el Gran Duque de Toscana, por el Papa y por el Rey de Nápoles y mandadas respectivamente por el generalísimo De Laugier, Giacomo Durando y Guglielmo Pepe, acudieron en ayuda del rey de Saboya.

Tras las primeras batallas favorables a los italianos, libradas en *Pastrengo* y *Goito*, errores tácticos y de mando de las operaciones militares forzaron a las tropas de Carlos Alberto a detenerse frente a las fortalezas austríacas del cuadrilátero. Aquí la guerra se estancó sin provecho alguno, mientras comenzaban a hacerse claros los verdaderos propósitos del rey que no estaba dispuesto a un esfuerzo militar decidido y llegó incluso a rechazar los voluntarios que afluían de otros estados italianos. Además, el soberano, haciendo traición a los pactos estipulados en 1847 para la formación de una unión aduanera,

mostró claramente que pretendía anexionar la Lombardia al Piamonte, a pesar de las garantías dadas a este propósito a los demócratas lombardos.

Los príncipes italianos, que sospechaban ya de las verdaderas intenciones del rey del Piamonte y no querían contribuir a la formación de un estado saboyano extenso y potente, estaban al acecho del momento propicio para suspender su participación en la guerra. El primero en tomar esta iniciativa fue Pío IX: éste, que hasta ese momento se había dejado arrastrar por las aspiraciones populares, temiendo una ruptura religiosa con la católica Austria y juzgando incompatible la misión de jefe de la Iglesia con la de participación en una guerra, en la alocución del 29 de abril, declaró que abandonaba, en nombre de la fraternidad universal, toda actividad bélica y que retiraba todas las tropas de voluntarios. Durando, comandante de las fuerzas pontificias, se negó a obedecer al Papa y, con sus voluntarios, se dirigió a Vicenza.

La decisión papal tuvo repercusiones inmediatas. El Gran Duque de Toscana ordenó la retirada de sus tropas auxiliares y Fernando II, después de obligar a Guglielmo Pepe a detenerse y volver a Nápoles, intentó un golpe de estado para poder disolver el parlamento, instaurando un régimen autoritario y absolutista. Guglielmo Pepe, como había hecho Durando, decidió proseguir su marcha hacia Venecia. De todos modos, la solidez del movimiento liberador se había disipado y las consecuencias fueron inevitables. Austria, que se veía inquietada por sus revueltas interiores de Viena, Hungría y Bohemia, como ya hemos visto, supo aprovechar la división entre los estados italianos, por lo que Radetzky logró cambiar en breve plazo la situación en propio provecho, pese a algunos éxitos parciales obtenidos por los piamonteses. El ejército de Carlos Alberto, en torno a Pescara, se extenuaba y desgastaba inútilmente en el asedio de la ciudad, mientras tropas de refuerzo austríacas, al mando del general *Nugent*, marchaban en dirección de Verona para unirse al grueso del ejército de Radetzky, el cual, con la intención de

coger por sorpresa y cercar al ejército piemontés, salió de Verona en dirección de Mantua. Fue la valentía de los voluntarios, tan despreciados antes por Carlos Alberto, la que impidió momentáneamente el trágico final de la guerra. En *Curtatone* y *Montanara*, grupos armados toscanos, aunque exiguos en número, lograron rechazar a los austríacos. El ejército saboyano, pues, pudo evitar un ataque por la espalda y obtener una clamorosa victoria, en *Goito* (30 mayo). Pescara cayó esa misma tarde y Carlos Alberto fue ruidosamente aclamado rey de Italia. Pero su prestigio estaba ya en decadencia; en efecto, carente de verdadero genio político, había continuado ejerciendo presiones para que las diversas provincias de Lombardía y Véneto proclamaran su adhesión al Piemonte, sin darse cuenta de que no hacía sino enconar las tensiones ya existentes y suscitar la hostilidad creciente de los demócratas. Piacenza (10 de mayo), Parma, Módena y Milán (29 de mayo) se habían decidido, aunque a regañadientes, a aceptar las imposiciones del rey y quedaron anexionadas al reino saboyano. De todos modos, Goito fue el último éxito italiano. Las operaciones volvieron a estancarse en torno al cuadrilátero, mientras que el 11 de junio Vicenza cayó en manos de los austríacos, pese a la resistencia de Durando.

Favorecido por la lentitud de los movimientos de los piemonteses, Radetzky, que entretanto había recibido más refuerzos, pudo batir a sus adversarios en *Custoza* el 23-25 de julio. El 9 de agosto, el general *Salasco* firmó un armisticio, que tomó su nombre, por el que Carlos Alberto se comprometió a retroceder más allá del Ticino. Amarga fue la desilusión de los lombardos que culparon al rey de la derrota, llegando incluso a sospechar una traición. Vanos también fueron los intentos de Giuseppe Garibaldi, que trató de oponer una última y desesperada resistencia en *Morazzone*. Derrotado, hubo de huir a Suiza. Venecia, que acababa de unirse al Piemonte el 13 de julio, quedó abandonada a sí misma.

La regresión del liberalismo europeo

En Francia, la mayoría moderada de la Asamblea constituyente era el indicio más claro de la tendencia general del país a rechazar toda orientación socialista. Los *ateliers nationaux* creados por Blanc, quedaron suprimidos el 21 de junio de 1848 y los obreros obligados a alistarse en el ejército. A partir del momento en que el descontento popular desembocó en un intento de rebelión en París, el poder ejecutivo fue encomendado al ministro de la guerra Cavaignac que ahogó la rebelión en sangre. La victoria de la clase burguesa, celosa de sus privilegios, podía ya decirse completa.

El «partido del orden» nacido para salvaguardar el país de toda aventura socialista recogió el mayor número de votos y las elecciones presidenciales convocadas en los meses siguientes pusieron a la cabeza del país al príncipe Luis Napoleón Bonaparte. La Constitución, por su parte, había sido revisada, ya antes, con criterios limitativos y la elección de Luis Napoleón Bonaparte como presidente significó el derrumbamiento de las ideas revolucionarias. El nuevo presidente, en efecto, era partidario de las ideas tradicionales de los ricos burgueses y no toleraría ciertamente ni aprobaría nivelación alguna social.

Italia, debilitada por la derrota sufrida en la primera guerra de independencia, había dejado de poner sus esperanzas en el empeño de Carlos Alberto y otros soberanos italianos por la liberación de la península. Los seguidores del partido moderado vieron fracasada su propia política, al paso que las fuerzas demócratas les sustituyeron en los centros de poder.

Únicamente en el reino de las dos Sicilias la victoria de la reacción fue neta: Fernando II volvió inmediatamente su atención a la Sicilia separatista. Aquí habían estallado divergencias en el seno del gobierno provisional entre conservadores, y demócratas en torno a la oportunidad de vender los bienes de la Iglesia para dar comienzo a la reforma agraria. Además, puesto que el duque de Génova,

Fernando, no aceptó el trono que le ofrecían los sicilianos, en el desorden e inestabilidad que se habían creado, le fue fácil al rey de Nápoles apoderarse de la isla paulatinamente, ocupando primero Mesina después de someterla a cañoneo (7 de setiembre de 1848).

Mientras que en la Italia meridional las esperanzas de libertad se derrumbaban catastróficamente, en Toscana y en el Estado Pontificio los demócratas tuvieron inicialmente mejor fortuna. En Florencia, tras la defección del Gran Duque Leopoldo II, se creó un gobierno encabezado por *Montanelli* y *Guerrazzi* que propusieron la formación de una asamblea constituyente elegida por sufragio universal que habría de decidir de la suerte del país.

Esta idea tuvo amplia resonancia, pero era quizá demasiado avanzada para ser comprendida por las masas, inmaduras aún políticamente. El gobierno florentino no duró mucho tiempo: cayó en la primavera de 1849, cuando los austríacos, mediante una intervención armada, se apoderaron de Livorno y restituyeron al Gran Duque a su trono.

Entre tanto, en Roma el Papa Pío IX trataba afanosamente de aplacar la hostilidad popular sin renunciar a su poder: se encomendó el gobierno, primeramente a *Mamiani*; luego, a *Pellegrino Rossi*, redactor de la proclama de Rímini. Pero Rossi fue asesinado y el Papa, obligado a huir, se refugió en Gaeta en noviembre de 1848. Se proclamó, pues la República Romana el 9 de febrero y, con ella, una vez más, el fin del poder temporal de los Papas. Un triunvirato formado por *Aurelio Saffi*, *Carlos Armellini* y *Giuseppe Mazzini*, llegado en ese tiempo a Roma, tomó las riendas del poder. *Mazzini* se sumó inmediatamente a la idea en Toscana de una asamblea constituyente nacional proponiendo la reunión en Roma de los personajes más significativos regionales para iniciar las discusiones sobre el futuro político de la península.

También en Piamonte aprovechan el momento los demócratas quienes apoyan la formación de un gobierno

presidido por Gioberti. Pero éste inspira su política en una Italia federal, proyectando la invasión de la Toscana y de la República Romana para reinstaurar en su puesto a los legítimos soberanos. En su opinión, esto tranquilizaría a la corriente moderada evitando la presencia de tropas austríacas en la Italia Central. Pero las protestas de los demócratas le obligaron a dimitir. Entonces se forma un ministerio favorable a una inmediata reanudación de la guerra.

Pero la severa derrota de *Novara* (23 de marzo) y las duras condiciones de paz impuestas por Radetzky forzaron a Carlos Alberto a abdicar en favor de su hijo Víctor Manuel que logró una mejora de tales condiciones.

En *Vignale* se firmó un armisticio en que se establecía la renuncia del Piamonte a algunas zonas del propio territorio y el compromiso de alejar de su territorio las tropas de voluntarios. Carlos Alberto, entre tanto, se retiraba a Oporto donde murió el 28 de julio de 1849.

La reanudación de la guerra por parte del Piamonte había reanimado las esperanzas de los italianos, provocando nuevas tentativas de rebelión. Brescia se levantó en armas y, desde el 23 de marzo al 1 de abril, combatió valerosamente contra las tropas del general austríaco Haynau. Al fin, extenuada, tras diez días de lucha, la ciudad se rindió sufriendo las iras de la venganza austríaca.

El nacimiento de la república romana suscitaba, entre tanto, inquietudes entre las potencias católicas que apoyaron a Austria, decidida a reponer a Pío IX en el trono. El reino de Nápoles, España y la misma Francia juntaron sus fuerzas, atacando desde diversas direcciones al nuevo estado republicano. Luis Napoleón envió un ejército al mando del general Oudinot que llegó a Civitavecchia el 24 de abril, mientras que Austria, en mayo y junio, conquistaba Bolonia y Ancona. El 30 de abril, el general francés, llegado a las cercanías de Roma, fue derrotado junto a la *Porta San Pancrazio* por las fuerzas de Garibaldi y sus

voluntarios. Luis Napoleón, que esperaba de las elecciones una nueva mayoría conservadora que le fuera fiel, decidió suspender momentáneamente las hostilidades y concertó, por mediación de Fernando de Leseps, una breve tregua.

De ese modo, Garibaldi pudo volverse contra los napolitanos derrotándolos en *Palestrina* y *Velletri*, mientras que los españoles se detenían en Terracina. Lograda su victoria electoral, Bonaparte, seguro ya de su propio poder, ordenó, en contradicción con lo pactado, que Oudinot reanudara las hostilidades. El primero de julio la asamblea constituyente se vio obligada a capitular.

Garibaldi había logrado escapar con un grupo de sus fieles, el 2 de junio; el 5, también Mazzini abandona la ciudad después de celebrar calurosamente, en una proclama, el valor de la población romana y exhortándola a no abandonar sus esperanzas y no renunciar a la lucha. Venecia, reducida al hambre y debilitada por las epidemias, es atacada de todos lados. Pese a una defensa desesperada, el 23 de agosto se ve obligada a capitular. Algunos de los personajes que más se habían significado en la defensa de Venecia pudieron refugiarse en el extranjero, al paso que para los demás se adoptó una actitud tolerante. Pese a que Austria había recuperado el control de gran parte de la península italiana, se veía sacudida por tumultos en el ala oriental de su imperio. Hungría, cansada ya del dominio de los Habsburgos, se rebeló bajo el mando de *Lajos Kossuth* (1802-1874). Ya desde 1848, la nación húngara luchaba por la propia independencia: tras la represión llevada a cabo por el ejército austro-croata, la actividad revolucionaria se había reanudado apoyándose en la burguesía media. Reuniendo en torno a sí las fuerzas revolucionarias, Kossuth logró reconquistar la ciudad de Budapest: Hungría, pues, se declaró independiente y la Asamblea eligió a Kossuth como presidente. Pero los austríacos disponían de un aliado seguro en la Rusia zarista que intervino en unión con los bohemios y austríacos, obligando a los rebeldes a rendirse tras la derrota de

***Vilagos* (13 de agosto de 1849): la represión fue feroz. Con la revolución de Hungría, se ponía fin a la última revolución europea de 1848.**

IV. LA UNIDAD ITALIANA

La situación en Austria

Tras las luchas de 1848-1849 Europa contempló una vigorización del absolutismo y de la reacción, pero constituidas ahora, no sólo por la antigua clase de los nobles y el clero, sino además por la rica burguesía que aspiraba a consolidar su posición de privilegio y ahogar el movimiento socialista. La importancia que había adquirido la burguesía impuso, pues, a los soberanos la adopción de sistemas menos coercitivos. En Austria el ministro de Francisco José, *Felix von Schwarzenberg*, aunque fautor del absolutismo más rígido, comprendió que una política de concesiones limitadas sería más útil que la de represión indiscriminada de toda idea liberal. El gobierno efectivamente por una parte abolió la constitución de 1848, pero en cambio no restaura en el sector agrícola las vetustas leyes de cuño medieval, vigentes antes de 1848 y se preocupa por establecer una unión aduanera entre todos los estados del imperio. Sin embargo, el régimen de Francisco José, sigue siendo absolutista y centralista sin concesión alguna de autonomía al mosaico de países sometidos a su dominación. En política exterior, el Canciller Schwarzenberg, por juzgar peligrosa la autoridad que adquiriría Federico Guillermo IV, rey de Prusia, favoreció la restauración de la Dieta de Francfort y, a las protestas de Prusia, respondió con la alianza con el zar de Rusia.

La amenaza del poder ruso obligó a Federico Guillermo a cejar en sus propósitos bélicos y, por el *tratado de*

Olmütz (noviembre de 1849), el soberano prusiano hubo de someterse a la realidad y abandonar toda veleidad de dominación sobre Alemania.

Simultáneamente Schwarzenberg se acercaba a Francia para acentuar el aislamiento político de Inglaterra. A su muerte (1852), no tuvo sucesores tan hábiles y la amistad con Rusia, poco y mal cultivada, comenzó a resquebrajarse.

Francia y el Imperio de Luis Bonaparte

Entre tanto en Francia *Luis Napoleón* aspiraba al control absoluto del país. En efecto, paulatinamente se había ido creando un creciente antagonismo entre el presidente y el Parlamento francés que, aunque se había avenido a abolir algunas reformas como p. ej., el sufragio universal y la libertad de prensa, se negó en redondo a investir a Luis Napoleón con un segundo mandato presidencial. En efecto, el parlamento se limitó a aplicar los preceptos de la constitución; en este clima, fue madurando el golpe de estado.

El 2 de diciembre la Asamblea fue ocupada por las tropas fieles a Bonaparte. Inmediatamente fueron arrestados los jefes de las corrientes de oposición y, mediante un plebiscito nacional, llevado a cabo con grandes alardes de propaganda, Luis Napoleón obtenía la investidura presidencial con poderes absolutos por diez años, mientras que los ministros sólo tendrían funciones consultivas.

La represión contra los opositores fue particularmente violenta: muchos fueron condenados y enviados a los penales de Cayenne o a Argelia. El 2 de diciembre del año siguiente, mediante un nuevo plebiscito, quedó instaurado un nuevo imperio y Luis Napoleón asumió el nombre de Napoleón III. Pero su reinado no fue fácil porque debía conciliar las dos corrientes que le habían llevado al poder y ahora, más o menos, condicionaban su acción: los clericales, apoyados por la emperatriz Eugenia, y la bur-

guesía, ávida de nuevos éxitos comerciales. Napoleón favoreció al clero y, simultáneamente, dio satisfacción a la burguesía esforzándose por el progreso económico y financiero del país. Bancos como el Crédito Lionés, el Crédito Inmobiliario y el Banco de Francia, apoyaron con su dinero las iniciativas de la burguesía industrial, haciendo de Francia un país en pleno desarrollo. Prueba de ello fue, p. ej., la apertura del Canal de Suez, obra grandiosa ideada por Lesseps (1860).

Las manifestaciones de ideas contrarias u hostiles al soberano eran reprimidas sin piedad; el derecho de reunión, con fines culturales o políticos, quedó abolido. Ambicioso hasta el punto de querer construir un estado modelo para todos los países europeos, Napoleón favoreció la autonomía de las distintas nacionalidades de Austria dando su apoyo a todos los movimientos liberalizantes, por más que oficialmente se declaraba pacifista. Esta actitud francesa fue determinante para el destino de Italia.

La política de Cavour

Perteneciente a noble familia, y nacido en Turín en 1810, Cavour, después de haber sido oficial en el ejército, presentó su dimisión en 1830 y se dedicó a modernizar sus posesiones de Leri y a interesarse por los problemas económicos internacionales. De gran intuición y sentido de la realidad, consideraba condición indispensable para el progreso social de la nación, la consecución y logro de las libertades en el campo político. La nación que mejor respondía a sus aspiraciones era Inglaterra, es decir un estado regido por una monarquía constitucional progresista. Ya en los tiempos de la asociación agraria y de la publicación de los primeros periódicos piemonteses (como «Il Risorgimento»), Cavour se había batido por un programa liberal-moderado defendiendo, ante todo, la necesidad de la total independencia de Italia. Al entrar a formar parte del gobierno de d'Azeglio el 12 de octubre de 1890 en calidad de ministro de hacienda y luego de

agricultura, Cavour se afanó por renovar las estructuras económicas del reino desarrollando las relaciones comerciales mediante la estipulación de nuevos acuerdos internacionales y la limitación de la presión aduanera.

En el campo más estrictamente político buscó un acercamiento a la corriente parlamentaria de izquierda moderada, encabezada por Rattazzi. Este acercamiento provocó la caída del gobierno de d'Azeglio y Cavour (mayo 1852) se convirtió en presidente del Consejo. De ese modo, vino a encontrarse en una situación bastante incómoda que le forzaba a excluir a los conservadores o a los elementos de izquierda. Tampoco faltaron, naturalmente, fricciones y divergencias con el rey que se veía desbordado por su ministro y disminuido en su prestigio personal. Cavour puso en marcha, inmediatamente, un intenso programa que se desarrolló sobre todo en el campo comercial.

Además de intensificar los contactos con países extranjeros, a que hemos aludido, se intensificó en este período la circulación de mercancías, se facilitó el tráfico con la construcción del ferrocarril Turín-Génova, puerto que pronto adquirió una gran importancia.

A todo esto se añadieron medidas para fomentar una explotación racional y moderna de los campos, tales como la construcción de un canal en la zona de Vercelli, el canal Cavour, y la sustitución de cultivos poco rentables por otros de mayor demanda en el mercado. El florecimiento de las industrias y bancos y la intensificación de intercambios comerciales significaron, sin embargo, una convulsión para la balanza de pagos y finanzas piemontesas, incapaces de encajar una evolución tan rápida de la economía del país. Se imponía, pues, la necesidad de reformar el sistema fiscal aumentando la incidencia de los impuestos directos. La nueva presión fiscal no fue del agrado de las clases pudientes que provocaron violentos tumultos. Los resultados sustancialmente positivos de esta política de amplias ambiciones no tardaron en hacerse sentir, contribuyendo a calmar los ánimos.

En lo que concierne a las relaciones con la Iglesia, Cavour, favorable a un estado laico y libre de presiones clericales, suprimió algunas instituciones religiosas y se incautó de sus bienes. Anteriormente, la propuesta de una legislación civil sobre el matrimonio había suscitado gran oposición y, pese a la aprobación del Parlamento, fue anulada por el Senado por expresa intervención del rey presionado por la derecha. Ahora, estas nuevas disposiciones hicieron que se desencadenaran las iras de los reaccionarios: el obispo de Casale logró, con sus presiones ante el rey, provocar la dimisión del primer ministro. Pero esta crisis de gobierno fue de poca duración. Pocos días después, el 2 de mayo de 1855, Cavour volvió a hacerse cargo del gobierno, tanto por el apoyo que le prestaban los empresarios, como por la falta de una personalidad política revestida de parecidas cualidades a las de Cavour.

En lo que se refiere a la política exterior, Cavour volcó todas sus energías en lograr la inserción del Piamonte entre las grandes naciones. Aspiraba a obtener un apoyo concreto de Inglaterra y, más aún, de Francia, porque se daba cuenta de que no podía hacer frente al poder austríaco con las débiles fuerzas saboyanas. Su actitud antiaustríaca le atrajo muchas simpatías entre los patriotas italianos, aunque aún se encontraba muy lejos de pensar en la unidad italiana y pensaba más que nada en una ampliación del reino piemontés que abarcara toda la Italia septentrional. El hecho de considerar a Francia como posible sustentadora de la causa italiana había sido ya aireado por Gioberti en su obra *Renovación civil de Italia* (1851), en que a la supremacía Papal, expresada en el «primado», sucedía ahora la del rey de Cerdeña.

La ocasión para demostrar de manera oficial su hostilidad a los Habsburgo se le ofreció a Cavour cuando Austria confiscó los bienes de los patriotas del Lombargo-Veneto. El estadista piemontés logró entonces obtener del Parlamento la aprobación del pago de un subsidio a todos los refugiados que se habían quedado sin medios de susten-

tación. Ese gesto bastó a atraerle las simpatías de amplias capas de la población italiana.

Entre tanto en Oriente se perfilaba un nuevo conflicto internacional que sería útil trampolín para el lanzamiento de la política exterior cavouriana. La Rusia de *Nicolás I*, para ampliar su influencia en los Balcanes, pidió al imperio turco la concesión del protectorado sobre los cristianos ortodoxos que habitaban en esos países. El sultán rechazó la petición y los rusos invadieron la Moldavia y la Valaquia. Estalló, pues, el conflicto entre Rusia y Turquía, al que no quedaron ajenas Francia e Inglaterra que se apresuraron a ayudar a Turquía y declararon la guerra a Rusia (1854). También el Piamonte entró en la guerra, presionado por las dos potencias occidentales. Cavour hubiera deseado que el Piamonte participara en el conflicto como un verdadero y auténtico aliado, pero Francia e Inglaterra se negaban a considerarlo como tal. A ello, se añadió el acuerdo secreto entre Austria, Francia e Inglaterra: Austria, efectivamente, había roto su acuerdo con Rusia y, por lo mismo, se presentaba un auténtico peligro de que el Piamonte tuviera que luchar contra los rusos, al lado de los austríacos. Cavour, de todos modos, no pudo evitar el envío de quince mil hombres a Crimea, al mando del general Lamarmora. Esta decisión le hizo bastante impopular, pero la suerte de la guerra le fue favorable. Austria se mantuvo neutral; Rusia, aislada, no pudo resistir al ataque conjunto de los aliados y, con la caída de *Sebastopol* (setiembre de 1855) el conflicto terminó. El contingente saboyano se portó honrosamente y obtuvo una victoria en la batalla de *Cernaia* (Crimea).

Desde el punto de vista político la participación del Piamonte acabó con éxito. En el *congreso de París* de 1856, en la conferencia de paz se discutió un reajuste para el Oriente: Turquía obtuvo la intangibilidad de sus fronteras; el Mar Negro fue declarado neutral, comprometiéndose el zar a mantener alejada su flota y renunciar a toda veleidad dominadora sobre los Balcanes; por su parte, el sultán prometió la abolición de toda discriminación reli-

giosa; Moldavia y Valaquia, que a una con la Besarabia cedida por Rusia formaron más tarde Rumania, fueron declaradas autónomas. En este momento, Cavour consiguió hábilmente atraer la atención de las naciones sobre la situación italiana, denunciando la opresión austríaca y, pese a la oposición del representante de Austria, Inglaterra llegó a condenar verbalmente al gobierno reaccionario de Nápoles. Tras esta conferencia, el prestigio de Cavour aumentó de golpe en Italia.

La independencia italiana

El desastroso final de las últimas tentativas mazzinianas contribuyó a reunir en torno al Piamonte incluso a las minorías ideológicamente menos favorables a una solución «racional» del problema italiano, decepcionadas por los continuos fracasos, y dispuestas, con tal de obtener la independencia, a sostener la política de Cavour.

Así vino a fundarse en Turín una Sociedad Nacional que acogió elementos procedentes de todas las regiones de Italia bajo la enseña «Italia y Víctor Manuel». Nombres como Garibaldi, el marqués Pallavicino, el siciliano La Farina, Daniel Manin, se adhirieron a ella a pesar de sus diversas convicciones políticas. Cavour les prometió la unificación de la península bajo la hegemonía de la Casa de Saboya. Turín vino a ser, pues, un centro cosmopolita en que se desarrolló una actividad pública y clandestina, febril.

El problema estaba ahora en convencer a Francia a que se comprometiera a apoyar de manera eficaz al Piamonte frente a Austria. Este proyecto lo había activado Cavour cuando, en enero de 1859, Felice Orsini, ex-mazziniano, atentó en París contra la vida de Napoleón III.

La indignación del emperador ante el gesto homicida pareció comprometer definitivamente la acción de Cavour. Pero, hábilmente, el ministro saboyano logró retornar la situación a su favor. Condenó abiertamente a los

demócratas mazzinianos y presentó el atentado como ejemplo del estado de profunda desesperación en que se encontraban los italianos. Así, se llegó a un acuerdo, en julio de 1858, en *Plombières* entre Napoleón y Cavour, por el que el emperador francés prometía su intervención en caso de ataque austríaco.

Para que Cavour llevara sus planes a realización no falta, pues, más que la agresión austríaca, cláusula fundamental para lograr la intervención francesa. Pese a las palabras que Napoleón dirigió al embajador de Austria, en la recepción de Capodanno, en las que se subrayaba veladamente la tensión de las relaciones franco-austríacas y al discurso pronunciado por Víctor Manuel en el Parlamento, que contenía la siguiente frase: «No somos insensibles al clamor dolorido que viene a Nos de todas las partes de Italia...», el estallido de la guerra parecía lejano. El 24 de enero los acuerdos de *Plombières* fueron formalmente ratificados y, a finales del mismo mes, se celebró el previsto matrimonio entre Clotilde y Jerónimo.

La derecha clerical francesa se mostraba decididamente contraria a todo compromiso bélico, apoyada también por otras naciones europeas, preocupadas por el desarrollo precipitado de los acontecimientos.

La guerra con Austria

El Piamonte, entre tanto, en un acto de patente desafío, había comenzado a armar las tropas de voluntarios al mando de Garibaldi. Cavour pasó por momentos de angustia cuando se propuso una conferencia internacional para impedir el estallido de la guerra y pensó que todo esfuerzo quedaría condenado al fracaso. Pero la clase dominante austríaca, aferrada aún a sus tradiciones bélicas, pretendiendo resolver por la fuerza la crisis italiana, rompió por todo y lanzó un ultimatum al Piamonte para que depusiese inmediatamente las armas.

Esta fue la ocasión tan esperada por Cavour que se negó a someterse a la imposición. El 29 de abril de 1859, el

ejército austríaco, al mando del general Giulay, atravesó la frontera e invadió el estado saboyano tomando la dirección de Piacenza. Fiel a sus compromisos, Napoleón envió sus tropas que llegaron a Italia en mayo. Los austríacos sufrieron su primera derrota en *Montebelo*.

Mientras Giulay se demoraba cerca de Piacenza con la mayoría de sus tropas a la espera del grueso del ejército franco-piamontés, los aliados atravesaban el Ticino y tras las batallas de *Vinzaglio* y *Palestro* (30 de mayo), se dirigían a Lombardía. Entre tanto Garibaldi y sus voluntarios, los Cazadores de los Alpes, se les habían adelantado y habían derrotado el 27 de mayo en *San Fermo* un contingente enemigo, adueñándose de Varese. Giulay trató en vano de hacerse con la situación replegándose hacia Milán, pero en *Magenta* (4 de junio) su ejército quedó casi aniquilado. Víctor Manuel y Napoleón pudieron entrar en Milán como triunfadores. Entonces el emperador Francisco José, para evitar el desastre total, intervino personalmente en la guerra destituyendo a Giulay quien entre tanto se había refugiado en el cuadrilátero. Pero nada podía ya detener el curso de los acontecimientos: en *Solferino* los franceses, y en *San Martino* los piamonteses, infligieron el último golpe al poder austríaco (24 de junio). Garibaldi y sus Cazadores se abrían camino hacia el Véneto.

En la Italia central simultáneamente con el comienzo de la guerra Toscana, bajo el mando de Ricasoli y Dolfi, se había rebelado contra Leopoldo II obligándole a la fuga. Pero habiendo llegado a Livorno, Jerónimo Bonaparte, Ricasoli, que había formado entre tanto un gobierno, invitó al rey de Cerdeña a asumir el cargo de dictador hasta la conclusión de la guerra para evitar una ingerencia francesa en aquella zona.

Víctor Manuel a causa de las presiones francesas se vio obligado a rechazar la invitación, pero envió un representante, el conde Boncompagni, para insinuar la influencia piamontesa en el territorio. Tras la victoria de Magenta, también Módena, Parma y Bologna se rebelaron y se

declararon dispuestas a la unión con el reino saboyano. También en este caso Víctor Manuel envió emisarios en ayuda de los gobiernos provisionales. Se daban, pues, los presupuestos para poder expulsar a Austria de Italia. Tras las clamorosas batallas de Solferino y San Martino, sin embargo, con decisión unilateral y sin consultar al Piamonte, Napoleón firmó el *armisticio de Villafranca* (11 de julio de 1859) con Francisco José. Según los acuerdos entre ambos soberanos, Lombardía quedaba cedida a Francia que, a su vez, la habría de ceder al Piamonte; Mantua, Peschiera y el Veneto seguirían en manos austríacas, mientras que, para la Italia central, se preveía el retorno de los antiguos soberanos que deberían formar una confederación con el Papa como jefe. Cavour, a quien nada se había comunicado, sorprendido, presentó su dimisión el 13 de julio. Varios fueron los motivos en que se basó la decisión de Napoleón: Inglaterra, Rusia y Prusia, hostiles a la guerra empezaban ya a dar signos de impaciencia; la misma Italia había dado muestras de que no estaba dispuesta a aceptar el yugo francés y de ello eran confirmación los gobiernos provisionales que iban surgiendo. El elemento clerical, en Francia, presionaba para que el emperador se descomprometiera, indignado ante la progresiva degradación del poder temporal del Papa. Pero el retorno de los antiguos soberanos a Italia central pronto se vio que era inviable. Los gobiernos provisionales estaban más decididos que nunca a resistir: Ricasoli en Florencia, Farini en Las Marcas y Lionetto Cipriani en Romaña, se pusieron de acuerdo para formar un ejército común a cuya cabeza se puso al general Fanti, con Garibaldi como adlátere. El mismo Mazzini colaboró activamente, prescindiendo de sus ideas republicanas y aprobando sin reservas la anexión al reino saboyano.

La paz de Zurich (10 de noviembre) aunque aprobaba los puntos de Villafranca, dejó por el momento sin resolver el problema de Italia central por juzgar imposible la restauración inmediata de los legítimos soberanos. Entre tanto, en Turín, había sucedido el gobierno Lamarmora-Rattazzi que, por mostrarse débil e incapaz, fue destituido

por Víctor Manuel. El soberano volvió a llamar a Cavour quien jugó con habilidad una carta política de indudable importancia. En Inglaterra, efectivamente, el liberal Palmerston había subido al poder y demostró inmediatamente su interés por la creación de una Italia unida e independiente, no sólo respecto de Austria, sino también de las miras expansionistas de Francia. Este cambio de orientación de la política inglesa permitió a Cavour, fortalecido por el apoyo de Palmerston, obtener de Napoleón, a cambio de Niza y Saboya, la aceptación de la anexión de las regiones centrales de Italia. Esas anexiones se hicieron oficiales mediante plebiscitos que tuvieron lugar el 11 y 12 de marzo.

Pero el gobierno saboyano impuso a los territorios anexionados, sus propias leyes e instituciones, por lo que pronto surgieron polémicas y oposiciones. Así, se formó el «partido de acción» de tendencia republicana, uno de cuyos artífices fue Garibaldi, hostil, entre otras cosas, a Cavour a causa de la cesión de Niza, su patria, a Francia.

La expedición de los MIL

En el reino de Nápoles a la muerte de Fernando II en mayo de 1859 subió al trono Francisco II. Pero ya desde abril había estallado una rebelión mazziniana en Sicilia capitaneada por Rosalino Pilo y favorecida además por la incapacidad del rey para gobernar acertadamente. La represión no consiguió acabar con el movimiento revolucionario; refugiándose en las montañas, los revoltosos continuaron su lucha.

Un partidario de Mazzini, *Francisco Crispi*, se dirigió entonces a Garibaldi rogándole que llevara a cabo una expedición armada en la isla para expulsar a los Borbones. Cavour, previendo una reacción de las potencias extranjeras, no vio con buenos ojos la proyectada expedición que, en cambio, recibió la aprobación de Víctor Manuel.

En la noche del 5 al 6 de mayo, con el simulacro de un golpe de mano, para fingir que el gobierno saboyano nada tenía que ver en la empresa, Garibaldi y sus hombres se apoderaron de dos naves, la «Piamonte» y la «Lombardo», zarpando de Quarto, junto a Génova, a su vuelta de Sicilia. Una parada en Talamone permitió a Garibaldi y los suyos proveerse de armas. Aquí quedó un pequeño contingente de revolucionarios, al mando de Zambianchi, con la intención de provocar la rebelión en el Estado Pontificio. Habiendo logrado evitar el bloqueo de la flota borbónica, los miembros de la expedición desembarcaron en Marsala el 11 de mayo. En poco tiempo, los camisas rojas del «Héroe de los dos mundos» aniquilaron al ejército borbónico. En Salemi, Garibaldi se proclamó «dictador», permaneciendo siempre fiel a la consigna «Italia y Víctor Manuel» y, subordinando, por tanto, su acción al ideal hegemónico saboyano. El pueblo acogió con entusiasmo al que le había liberado del odioso yugo de los borbones, poniendo sus esperanzas en medidas encaminadas a mejorar las condiciones miserables de vida. Una nueva victoria en *Calatafimi*, frente a un enemigo bastante más numeroso, y la ocupación de Palermo (27-30 mayo), pusieron prácticamente la isla en manos de Garibaldi. Decidido a avanzar hacia Nápoles, Garibaldi confió a Francisco Crispi la dirección del nuevo gobierno.

Pero pronto hicieron aparición las inquietudes sociales. Los campesinos, ávidos de poseer tierras, no tenían intención de apoyar a Garibaldi en sus proyectos de extender la lucha a toda la península; por otra parte, Crispi seguía siendo defensor de los derechos de las clases adineradas. El conflicto estalló en agosto como consecuencia de la ley de reclutamiento obligatorio; el gobierno de Crispi yuguló la rebelión sin contemplaciones. Garibaldi, entre tanto, perseguía a las tropas borbónicas en fuga, desbaratándolas definitivamente en *Milazzo* (20 de junio). La isla quedaba libre para siempre. La amenaza de invasión del reino de Nápoles forzó a Francisco II a conceder nuevamente la constitución y a confiar el cargo de ministro a Liborio Romano, de tendencias moderadas.

Las intenciones de Garibaldi de proseguir en su empresa habían alarmado, sin embargo, a Cavour que entabló contactos con Napoleón III presentándole estas aventuras de Garibaldi como peligrosas, para justificar una eventual intervención del ejército piemontés.

Mientras el ministro saboyano se preparaba a frenar al «dictador» con medidas decididas, en Nápoles Francisco II huyó y se refugió en la fortaleza de Gaeta encomendando el reino a Liborio que, con un rápido cambio de actitud, se dispuso a acoger al general con los brazos abiertos. En setiembre, Garibaldi llegó a Nápoles y comenzó a considerar la posibilidad de proseguir hasta Roma. En esta empresa le alentaban las presiones de los demócratas más entusiastas y del mismo Mazzini que veía ya cercana la unidad italiana. Frente a la posibilidad de una invasión del Estado Pontificio, con todas las implicaciones negativas que comportaba a nivel internacional, Cavour obtuvo del emperador francés plena libertad de acción para intervenir en Italia centro-meridional. El 11 de setiembre los piemonteses invadieron la Umbría y Las Marcas; el ejército, al mando de Cialdini, derrotó al ejército pontificio en *Castelfidardo* (18 de setiembre) y pocos días después también fue ocupada Ancona.

El ejército piemontés llegaba, así, a los umbrales mismos del estado napolitano. Los borbones, entre tanto, habían sufrido una última derrota en la durísima batalla de *Volturno*, perdiendo toda esperanza de revancha. Quedaban aún pequeños focos de resistencia, alentados por el clero y los elementos más reaccionarios, pero la llegada de Víctor Manuel con su ejército contribuyó a consolidar la victoria de Garibaldi.

El 26 de octubre se celebró, en *Teano*, una entrevista entre Garibaldi y el rey; Garibaldi cedió en favor del rey todo poder sobre la Italia meridional conquistada.

En efecto los plebiscitos realizados en el 21 de octubre habían aprobado la anexión del ex-reino borbónico al Piemonte. Más tarde, el 21 de febrero cayó Gaeta, último

bastión de Francisco II que se vio obligado a refugiarse en territorio del Papa. Garibaldi, renunciando a toda ambición, insatisfecho de los sistemas de gobierno saboyanos, dejó en libertad a sus soldados y se retiró a la isla de Caprera.

También Umbría y Las Marcas (noviembre de 1860) fueron anexionadas y el 17 de marzo de 1861 Víctor Manuel fue proclamado rey de Italia por el Parlamento piamontés. La unidad de Italia quedaba, así, configurada no sólo como lucha de liberación del pueblo oprimido, sino también como conquista por parte del Piamonte: simbólicamente este hecho quedaba reflejado en el nombre del rey que seguía siendo «Víctor Manuel II», pese a que era el primer rey de la Italia unificada, para indicar que daba más importancia al título saboyano que al italiano.

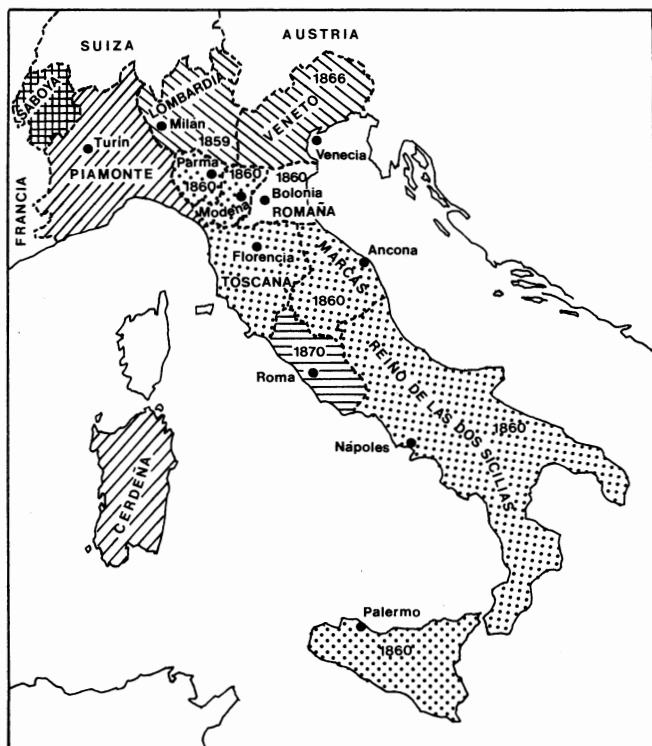
Por otra parte esto cerraba el camino a toda veleidad republicana presente en las corrientes demócratas y filomazzinianas. Pero quedaban dos problemas espinosos por resolver: Roma y el Véneto.

En Turín el 27 de marzo de 1861 el Parlamento tras un enérgico discurso de Cavour declaró a Roma capital de Italia, juzgando indispensable unirla al resto de la península. Este proyecto pronto presentó enormes dificultades: Cavour, contrario a toda unión por la fuerza, trató en vano de llegar a un acuerdo con Pío IX. El 6 de junio de 1861 Cavour murió repentinamente dejando irresuelto el problema.

La unidad en Italia

Tras la muerte de Cavour la situación romana no conoció nuevos e inmediatos cambios. Ricasoli siguió acentuando su animosidad frente a la Iglesia, cometió errores considerables, y se obstinó en querer un sistema de gobierno sin tener en cuenta las profundas discrepancias existentes entre el norte y el sur de Italia. Eso condujo a un recrudecimiento del bandidaje meridional, cuya re-

La unidad italiana



presión se convirtió frecuentemente en una auténtica guerra civil: en consecuencia, Ricasoli hubo de dimitir.

Víctor Manuel no se proponía renunciar a la realización de la total unidad de la península de la que nominalmente

era soberano. Removido Ricasoli, el cargo de primer ministro se confió a *Rattazi*.

Rattazi cogido entre tendencias opuestas, pero preocupado sobre todo por las reacciones de Napoleón III, trató de oponerse a toda tentativa armada contra Roma o el Veneto.

Al de Rattazi sucedió el ministerio de *Minghetti* que, en la convención de 15 de setiembre de 1864, llegó a un acuerdo con Napoleón III. Según ese acuerdo, Francia se comprometía a alejar sus tropas de Roma, quedando a salvo la integridad del Estado Pontificio, mientras que la capital del reino de Italia había de trasladarse a Florencia. La derecha clerical francesa quedaba así aplacada, mientras que para los italianos este acuerdo sonaba a traición.

Roma, capital

La actitud francesa había creado un profundo abismo entre Francia e Italia. Así, cuando Napoleón requirió la ayuda del ejército italiano en el momento de estallar la guerra franco-prusiana (1870), el nuevo gobierno italiano, presidido por *Giovanni Lanza*, dio su negativa más resuelta. Tras la derrota francesa por obra de Prusia y a la caída de Napoleón (4 de setiembre de 1870), el soberano italiano pudo anunciar públicamente sus intenciones de apoderarse de Roma.

Las últimas gestiones ante el Pontífice para evitar el conflicto no dieron resultado y el 20 de setiembre las tropas piemontesas, al mando del general *Cadorna* entraron en Roma a través de una brecha en la Puerta Pía. La unificación, pues, se produjo oficialmente el 2 de octubre de 1870 mediante un plebiscito. El año siguiente, el rey y el gobierno establecieron su residencia en Roma, nueva capital. Con la ley de garantías, votada en mayo de 1871, el Parlamento italiano trató de llegar a un compromiso con el Papa: se reconocía a la Iglesia el libre ejercicio de su misión religiosa; los palacios del Vaticano, de Letrán y de

Castel Gandolfo se consideraban extraterritoriales respecto del estado italiano; se preveía para el Papa una dotación anual en dinero equivalente a los ingresos que proporcionaban anteriormente al Papa los impuestos. El gobierno evitaría, en adelante, toda ingerencia en la elección de los obispos y en las decisiones papales dentro del ámbito de competencias de la jerarquía eclesiástica. Pío IX no quiso reconocer la validez de la ley, lanzó una nueva excomunión contra los miembros del gobierno y se refugió en el Vaticano, negándose a salir de él y considerándose cautivo.

Esta actitud creó un conflicto entre laicistas y católicos que no dejó de manifestarse, más tarde, con todos sus efectos negativos, y que no quedará resuelto definitivamente hasta 1929 con el Concordato entre la Iglesia y el Estado.

V. LA ALEMANIA DE BISMARCK

Mientras en Italia se desarrollaba la segunda guerra de independencia, en Alemania comenzaba a vislumbrarse el nacimiento de una nueva potencia: Prusia. Ya hemos visto los conflictos y confusión política que reinaban entre los distintos estados de la confederación, hasta el punto de que el programa de unificación territorial aparecía totalmente irrealizable. Los choques entre los fautores de la Gran Alemania y los de la Pequeña Alemania, habían provocado la disolución del Parlamento de Francfort, creando, sin embargo, los presupuestos para una futura hostilidad entre Prusia y Austria, deseosas ambas de ejercer, en el seno de la compleja nacionalidad alemana, la función de estado-guía.

Bismarck al poder

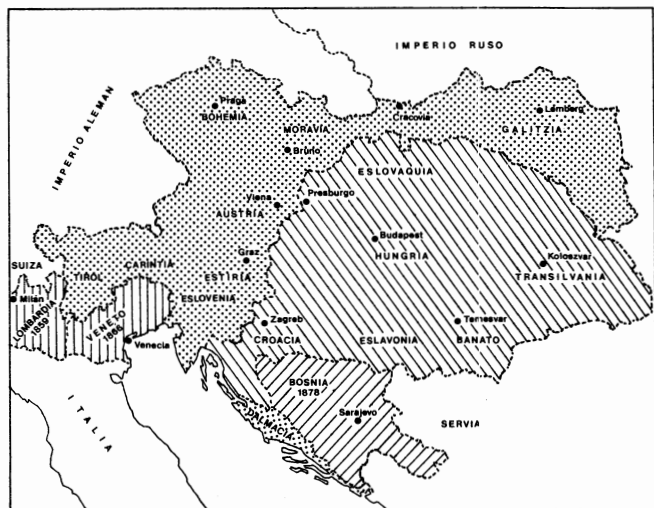
En 1861 se registra una novedad destinada a dejar una huella profunda en la historia: el acercamiento entre Prusia e Italia, en perjuicio de Austria y la elección como canciller del estado, de *Otto von Bismarck* (1815-1898) perteneciente a la corriente más conservadora y militarista. La elección de Bismarck por parte del soberano *Guillermo I* tenía sus razones en el conflicto que se había producido entre el Parlamento y el rey. La circulación de las ideas liberales y la presencia en la Cámara de una mayoría liberal, habían dificultado a Guillermo en sus intenciones de incrementar el poder bélico prusiano.





El nuevo canciller resolvió el conflicto poniendo en acción una política de fuerza. Se negó, en consecuencia, a acoger las reclamaciones de los opositores y declaró que aspiraba a la grandeza y supremacía de Alemania reprimiendo toda ideología liberalizante. Protector de la clase de los *Junkers*, aristócratas terratenientes, de tendencias tradicionalistas, arrogantes y orgullosos, el canciller no dudó en adoptar todos los medios coercitivos y de represión haciendo caso omiso de las decisiones parlamentarias e imponiéndose a veces al mismo rey. Su objetivo, inspirado en principios imperialistas, era crear una Prusia fuerte en el campo militar, disciplinada y dominadora de Europa. Por eso, se propuso la unificación de toda Alemania desbancando a Austria de su posición privilegiada y sustituyendo con la hegemonía prusiana la austríaca.

La ocasión de una guerra no tardó en presentarse. Los ducados de Holstein, Lauenburg y Schleswig, sometidos entonces a Dinamarca y poblados por alemanes, reclamaban su autonomía. Entonces Bismarck uniéndose a Austria hizo la guerra a Dinamarca, derrotándola y arrebatándole los ducados rebeldes. Pero esta alianza no debe llevar a engaño: ciertamente se trataba de una maniobra descarada, pero políticamente bastante perspicaz. Efectivamente, al término de la guerra, los ducados fueron repartidos entre Austria y Prusia y el canciller se sirvió de esta situación para suscitar desórdenes y provocaciones en perjuicio de Austria mientras se aliaba con Italia. La guerra (1866) llevada, como hemos visto, con poca fortuna por parte italiana, puso, en cambio en evidencia a los ojos de las naciones europeas, la excepcional máquina de guerra prusiana. Austria se vio desbordada por ella, y el general von Moltke en *Sadowa* infligió una irreparable derrota al ejército austríaco. La *paz de Praga* coronó la empresa prusiana. Firmada en 23 de agosto de 1866 tras el armisticio de Nikolsburg, imponía a Austria la renuncia a cualquier ambición sobre los ducados origen del conflicto y a toda ingerencia en la confederación germánica. Hannover, Hessen-Kassel, el gran ducado de Nassau y la ciudad de Francfort del Main quedaron anexionados a Prusia, mien-

tras que la confederación germánica dejó de existir como tal y quedó sustituida por una confederación de la Alemania del Norte que reagrupaba todos los estados allende el Main, bajo la hegemonía prusiana. De hecho, aunque no formalmente, los otros estados (Baviera, Württemberg, Hessen-Darmstadt y Baden) entraron en la órbita prusiana.

El imperio austro-húngaro en el siglo XIX



- | | | | |
|--|---|---|---------------------------------------|
|  | Territorios italianos perdidos en 1859 y 1866 |  | Territorios administrados por Austria |
|  | Territorios ocupados en 1878 |  | Territorios administrados por Hungría |

El duro golpe sufrido tuvo reflejos también en el interior del imperio de los Habsburgo. Francisco José, viendo por entonces destruida su hegemonía europea, trató de mejorar las relaciones con Hungría, foco perenne de agitaciones. De este modo se estipuló un compromiso austro-húngaro por el que Hungría readquiría cierta autonomía. Francisco José continuaba siendo el único sobera-

no mientras eran comunes los ministerios de la guerra, de las finanzas y del exterior, e independientes eran el Parlamento y el gobierno húngaros. Esta política más conciliadora no resolvió los problemas presentes en el imperio, como la intolerancia de algunos grupos nacionales que se sentían ahora tiranizados no sólo por los austríacos sino también por los húngaros, elevados a nueva dignidad. En esencia, sin embargo, la monarquía de los Habsburgo continuó manteniéndose absolutista y centralizadora: desde el punto de vista social nada había cambiado en el imperio. La clase dominante, la aristocracia terrateniente y militarista, continuaba detentando el poder sin ser estorbada.

La Guerra Franco-Prusiana

Napoleón III había asistido sin intervenir a la derrota austríaca, preocupado por hacer frente a las hostilidades en el interior de Francia. De hecho, los clericales todavía reprochaban al emperador el apoyo ofrecido a Italia en la segunda guerra de independencia. Las masas obreras, por otra parte, no se contentaban ciertamente con las muy cautas reformas llevadas a cabo por el emperador a su favor. Los exponentes de la izquierda liberal consideraban a Napoleón como protector de la derecha reaccionaria y le combatían abiertamente. Grupos de diferentes tendencias, que se definían como independientes, presentes en el Parlamento tras las elecciones de 1863, se oponían de distintos modos a la política imperial.

Incluso desde el punto de vista militar Francia no pudo ya ostentar el antiguo prestigio, después de la derrota sufrida en México, a donde había sido arrastrada a una guerra contra el nuevo presidente mexicano, *Benito Juárez*, por España y por Inglaterra. El intento era constituir un imperio con Maximiliano de Habsburgo, apoyado por un cuerpo de expedición francés, pero la resistencia mexicana se demostró tenaz y, cuando las tropas francesas fueron retiradas, Maximiliano, abandonado a su suerte, fue capturado y fusilado en 1867.

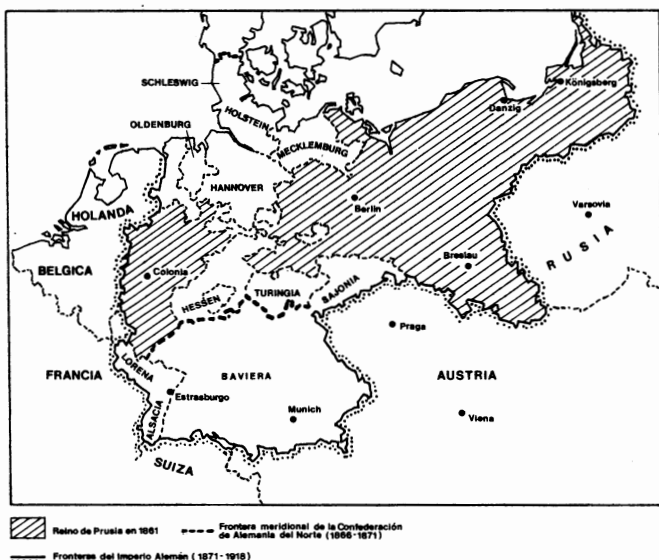
Ni siquiera la creación de un ministerio liberal bajo *Emilio Ollivier* pudo mejorar la situación interna francesa. Prusia, por su parte, supo aprovecharse hábilmente de las dificultades en que ponía a Napoleón para conducirlo ante un conflicto en el que estaba derrotado de entrada. La ocasión provino de una cuestión dinástica relacionada con el trono de España. Isabel había sido privada del poder después de un enésimo golpe de estado militar y el trono fue ofrecido, gracias también a las maquinaciones de Bismarck, a un sobrino de Guillermo, *Leopoldo de Hohenzollern*. Francia, temiendo ser atrapada en una nueva trampa, intervino invitando a Leopoldo a rehusar el ofrecimiento. El reino de España, muy inestable, no era sin embargo verdaderamente ambicionado por los Prusianos que renunciaron espontáneamente. Este pacto pareció conducir a la desaparición del plan de Bismarck que trataba de provocar a Francia para la guerra. Napoleón, sin embargo, no quedó satisfecho con haberse librado del peligro y pretendió de Guillermo ulteriores garantías para el futuro, cuando se presentasen ocasiones análogas. Envío por ello al embajador de Francia, Benedetti, a los baños de Ems, donde el rey prusiano estaba pasando una temporada, para obtener nuevas garantías. Este no recibió al embajador pero respondió a los requerimientos con un telegrama muy afable, avisando de ello al mismo tiempo a Bismarck, quien aprovechando la oportunidad de ofender a Francia y a su emperador, modificó hábilmente el contenido del mensaje que asumió una entonación arrogante e imperiosa. La publicación del documento desfigurado suscitó una oleada de furor nacional en Francia. La guerra, por tanto, estalló (19 de julio de 1870); las tropas francesas derrotadas en *Sedán* (el 1 de septiembre) capitularon y el propio emperador fue capturado por los enemigos.

En París, llegada la noticia, estalló la revuelta popular que la regente Eugenia no logró dominar. Se formó gobierno provisional y al frente de él estaban León *Gambette* y *Jules Favre*, quienes intentaron organizar la resistencia contra los prusianos. Todo esfuerzo y toda lucha se

reveló, sin embargo, vana; huyendo de la cercada París, Gambetta se trasladó a Burdeos tratando de animar a la provincia y de incitarla a resistir. El propio Garibaldi corrió en defensa de la nueva república francesa y obtuvo una victoria en *Dijon* (22 de enero de 1871).

La situación de Francia era desastrosa: París cayó el 28 de enero de 1871. El *armisticio de Versalles* y la *paz de Frankfurt* (10 de mayo de 1871) ratificaron la victoria prusiana. Francia tuvo que renunciar a Alsacia y Lorena y pagar una fuerte suma, aceptando la presencia de tropas alemanas en territorio francés. Bismarck había logrado su objetivo: el 18 de enero de 1871 el rey Guillermo I fue proclamado emperador de Alemania y así surgió el *segundo Reich alemán* (el primero había sido el Sacro Romano Imperio que acabó en la era napoleónica).

Unidad alemana



VI. ESPAÑA EN EL SIGLO XIX

La expansión económica (industrial y comercial) fomentada sobre todo en el reinado de Carlos III iba a quedar pronto estrangulada en España a causa de la guerra de la Independencia que iba a ser también el inicio de las guerras de Independencia de las colonias americanas. España entraba en un período de esfuerzos gigantescos, pero de esfuerzos que no le iban a rentar progreso y riqueza sino en todo caso, la posibilidad de sobrevivir como nación. Ni Carlos IV ni su hijo Fernando VII, enzarzados en mutuas rivalidades y sin cualidades ni dignidad para tomar con decisión las riendas de la complicada situación, eran hombres en los que España pudiera confiar.

Ante la figura de Napoleón se sentían ellos mismos como marionetas y se dejaban dirigir hasta su propio aniquilamiento en la renuncia de ambos en Bayona y el reconocimiento de José Bonaparte como rey de España. Mientras Fernando VII felicita a José I, en las diversas regiones de España despierta un pueblo que no acaba de creer que su rey haya obrado así libremente. El levantamiento español echa por tierra los planes de rápida ocupación del ejército napoleónico. Zaragoza y Gerona son un ejemplo de lo que va a costar instalarse en España. Por su parte los ingleses ven clara su oportunidad de abatir al gran monstruo de la guerra y así franceses e ingleses hallan un campo neutral de batalla. Podrían tener bajas pero tanto Inglaterra como Francia quedarán libres de la destrucción. España en cambio conseguirá una

victoria a cambio de la propia destrucción y de la propia depauperación. Además, se iba a consumir en el interior una división y enfrentamiento moral de ciudadanos honrados, amantes todos de su patria pero intolerantes para sus adversarios. Unos serían «afrancesados» porque creían de verdad que la Constitución de Bayona y el rey José constituían una solución. Otros serían fernandinos pero liberales y redactarían una Constitución que sería ejemplo de otras de diversos países. Otros, en fin, serían simples restauradores de lo anterior, los inmovilistas del pasado que verían en los otros, los herejes políticos... y religiosos porque en el apasionamiento político se mezclaba la religión siempre que favoreciera a la propia postura. Absolutismo y liberalismo serían pronto los dos extremos que polarizarían a los políticos españoles.

Absolutismo y liberalismo

Los liberales españoles intentan dirigir la vida política por los cauces de una Constitución que soslaya los peligros del «despotismo ilustrado». La soberanía nacional, los derechos del individuo, sus libertades y su propiedad deben quedar a salvo de toda agresión desde el poder. Por lo demás la Constitución de Cádiz de 1812 es cualquier cosa menos laica. Se trata de un texto que, a pesar de estar redactado en un momento en que España luchaba a muerte contra Francia, recoge lo bueno que encuentra en los textos constitucionales franceses pero al mismo tiempo tiene en cuenta la religión de la inmensa mayoría de los españoles. Esta Constitución estaría en vigor pocos años y estos espaciados entre sí pero en cambio iba a servir de bandera y «signo de contradicción» de liberales y absolutistas. En 1814 vuelve Fernando VII pero su primera acción es derogar la Constitución y restablecer el absolutismo. En 1820 juraría de nuevo la misma para librarse de ella tres años después (trienio constitucional) gracias al apoyo de los «Cien mil hijos de S. Luis». Todo esto crea una época de inseguridad política en la que excelentes políticos y

sinceros patriotas tienen que salir al destierro para salvar sus vidas y su libertad. El problema sucesorio agrava el problema y personaliza los extremismos creando un problema dinástico. Los absolutistas defienden la ley sálica no por un principio jurídico ni siquiera como un principio foralista, como luego se intentará hacer ver, sino simplemente porque Carlos es intransigente y con él está asegurado el régimen absolutista. Los liberales por su parte, defienden los derechos de Isabel porque ven en ella la oportunidad de establecer un régimen liberal. Lo cierto es que la polarización de las dos Españas sigue su camino. El liberalismo va ganando terreno en la burguesía ciudadana mientras que en los medios rurales, el absolutismo (amalgama de política, moralismo y religiosidad) va creando un fondo de doctrina «anti» que luego hará pasar a segundo término la cuestión legitimista pura en aras de la «legitimidad de ejercicio». El siglo XIX se convierte así en el siglo de las guerras carlistas y también en el siglo de las Constituciones, en un intento de encontrar para España un sistema eficaz de gobierno.

Constituciones y guerras carlistas

En España se dio una Constitución liberal en 1812, otra en 1837 (además del *Estatuto real*, una especie de Constitución otorgada), otra conservadora en 1845, la llamada «nonnata» liberal progresista en 1856, la de 1869, la federalista de 1873 que no llegó a estar vigente y la de 1876. Sólo esta relación nos da idea de las crisis profundas que padeció en este período la vida política española. Pero las crisis de la vida política no fueron más que consecuencias de las crisis sociales. Una guerra civil que duró 7 años (1833-40) y que se conoce como *Primera Guerra Carlista* enfrentó a los partidarios de Carlos, hermano de Fernando VII con los de la hija del rey, Isabel. El carlismo no logró calar en las ciudades pero sí halló eco en zonas rurales del país vasconavarro, Castilla, Valencia y Cataluña. De todas formas, si tardó siete años esta primera guerra se debió a

la gran capacidad de organización de jefes militares como Zumalacárregui y Cabrera y a la deplorable organización del ejército liberal. El hecho de que ninguna ciudad importante cayera en poder de los carlistas es claro indicio de que sus ideas no eran compartidas por la burguesía ciudadana. Así Bilbao resistió el cerco de Zumalacárregui y San Sebastián recibía también a tiempo los refuerzos de la legión inglesa de Jorge Lacy. El «abrazo de Vergara» entre los generales Maroto (carlista de tendencias más transigentes) y Espartero (liberal) fue en realidad el fin de unas hostilidades que no tenían razón de ser. Si Cabrera siguió luchando aún por su cuenta, ya no encontró el apoyo popular que hubiera necesitado para mantener unas mínimas esperanzas de éxito. Todavía hubo otros intentos que se conocen como 2.ª y 3.ª guerra carlista. La segunda (1846-49) iniciada en favor del conde de Montemolín (Carlos VI de los carlistas como su padre había sido Carlos V) no revistió importancia mayor y su fin parecía augurar el fin del carlismo. Sin embargo un nuevo acontecimiento político se encargaría de dar nueva fuerza al movimiento: la revolución de 1868. En efecto la ineptitud política y la vida privada un tanto escandalosa de la reina la hicieron altamente impopular. La represión que el gobierno ejercía continuamente sobre generales y políticos de la oposición no auguraban nada bueno.

La Revolución del 68

Un grupo de generales vueltos de su deportación (Canarias) o del exilio, como era el caso de Prim, se sublevó en Cádiz.

En Alcolea (28-IX-1868) el general Serrano, que dirige las tropas revolucionarias, ha adoptado una posición defensiva porque es la más fuerte. Contra ella se estrellan en vano las tropas realistas que manda el marqués de Novaliches.

Antes de que la confrontación llegue a un punto de

dureza máxima, Novaliches pacta con Serrano; que decida la voluntad del pueblo.

Esta búsqueda de la voluntad del pueblo iba a ser el empeño repetido de la revolución iniciada en setiembre de 1868 y que tiene por nombre *la Gloriosa*. A pesar de que el coronel Escalante, del partido demócrata, reparte cincuenta mil fusiles entre los elementos revolucionarios de Madrid, el derrocamiento del régimen anterior se hace sin violencia, causando la admiración de comentaristas extranjeros, sensibles al halo romántico que hay en las utópicas reclamaciones septembristas.

La revolución triunfa fácilmente tanto por el valor de los hombres que la han preparado y dirigido como por hallar el terreno abonado en las ruinas del reinado de Isabel II. En 1866 hay una grave crisis financiera y tienen que cerrar un tercio de los Bancos que habían proliferado en la época anterior. Ese mismo año de *la Gloriosa* hay una crisis de subsistencia, que es el mejor terreno para que el pueblo secunde las directrices de los líderes revolucionarios. La corona, en una política de desconfianza ante los progresistas, había dinamitado los fundamentos mismos que la justificaban como mediadora y árbitro del juego democrático entre las diversas tendencias. Con los tráfugas de los partidos que inicialmente la apoyaban, se había formado un equipo revolucionario que terminó con Isabel II.

Pero muchos de aquellos líderes eran monárquicos. Lo eran Serrano y Prim, que ocupan los puestos claves del Gobierno provisional creado por la Junta de Madrid. Nombrado presidente el duque de la Torre, éste encarga la jefatura del Gobierno al marqués de Castillejos.

La Gloriosa tiene en las provincias de Ultramar un eco que va a ser trágico, el de la guerra de los diez años, 1868-1878, que estalla en Cuba como movimiento independentista... Hacia allí parte el general Dulce con ofertas de libertad para los esclavos negros y de unos escaños en las Cortes Constituyentes, pero esta postura choca con los

intereses de los hacendados españoles, que prefieren el camino de una guerra inagotable y fatigosa.

Mientras tanto, se han reunido las Cortes Constituyentes (11-II-69) y en ellas poseen una amplia mayoría los monárquicos. Se alinean como tales los unionistas que ahora capitanea Serrano, los progresistas de Prim y parte de los demócratas. La Constitución del 69 define el Estado español como una monarquía hereditaria, democrática y parlamentaria. De acuerdo con esa decisión se nombra una Regencia que sigue presidiendo Serrano y de la que Prim es jefe de Gobierno.

Amadeo de Saboya y la I República

Descartada la dinastía de los Borbones, se emprenden las difíciles negociaciones para encontrar un pretendiente al trono. El duque de Montpensier, cuñado de Isabel II y candidato al que apoya Serrano, pierde sus posibilidades al matar en un duelo al duque de Sevilla. Otro candidato atractivo es el ex regente de Portugal, Fernando de Sajonia, que se había manifestado un buen gobernante constitucional. Pero don Fernando se negó rotundamente. Lo mismo hizo Espartero, candidato propuesto por diputados del partido progresista. La candidatura de Leopoldo de Hohenzollern, propugnada por Bismarck, motivó el estallido de la guerra franco-prusiana de la que Prim mantuvo alejada a España.

Se impuso finalmente el pretendiente italiano, Amadeo de Saboya, segundo hijo varón de Víctor Manuel, el unificador de Italia, monarca apreciado por el progresismo español.

Prim, que había visto con agrado el triunfo de esta candidatura, esperaba del rey la colaboración práctica que secundase la política de orden que asumía ahora el jefe del partido progresista. La falta de consenso en aquella decisión que ofrecía el trono a Amadeo, que tiene frente a sí a carlistas, católicos y un buen número de republicanos,

hubiera podido quizá desequilibrarse con la energía y los recursos de Prim. Al morir a consecuencia del atentado sufrido el 27 de diciembre de 1870, dejaba al nuevo rey, que el 2 de enero juraba la Constitución, en una difícil situación.

El partido progresista que lo defendía se había disuelto. Su ala moderada formó, junto con los unionistas, el partido Constitucional, presidido por Serrano, pero en el que se configuraba como líder un joven político, Práxedes Mateo Sagasta.

Manuel Ruiz Zorrilla, que encabeza el progresismo más auténtico, apoya también al rey, pero tiene que dejar el Gobierno, tras dos meses de presidirlo, por una votación adversa de las Cortes.

Amadeo, que no hacía progresos en el aprendizaje del castellano, mal podía entender los entresijos de esta política de perpetuos cambios de Gobierno. Dedicado a la caza y a la galantería, sin recatarse en escandalizar hasta a los más tolerantes, el rey llevó su Corte al aislamiento absoluto del pueblo, de la nobleza e incluso de los políticos. Su ponderosa fidelidad a las normas constitucionales supone una falta de imaginación que en nada le beneficia. La guerra carlista estalla en el Norte en abril de 1872 en respuesta al amaño de las elecciones que habían dado el triunfo a Sagasta. Falto del prestigio del general Cabrera, quien no quiso sumarse al alzamiento, el ejército carlista se reducía a unas partidas mal armadas a las que no tuvo dificultad en derrotar el general Moriones en Orosquieta. El 24 de mayo se firmó un convenio con la Junta de Vizcaya por el que los carlistas deponían las armas a cambio de un indulto. En las zonas montañosas de Cataluña prosigue la lucha con más fortuna, pero sin auténticos éxitos.

En el plazo de medio mes (22 de mayo a 12 de junio) dimiten Sagasta, Topete y Serrano, que se han turnado en la jefatura del Gobierno, incapaces de gobernar en medio del enfrentamiento de los partidos. Con unas nuevas

Cortes, Ruiz Zorrilla, jefe de la izquierda radical, no puede impedir el deterioro de la situación de los monarcas, cada vez más aislados y faltos de partidarios. El problema que la ascensión del general Hidalgo plantea en el Cuerpo de Artillería hace que la firma de disolución de ese arma sea estampada como último acto del reinado. Amadeo presenta su irrevocable aunque anticonstitucional abdicación el día 11 de febrero de 1873 ante el Senado y el Congreso, que, en la sesión de ese mismo día, proclaman la República.

En la nueva etapa obtiene la presidencia Figueras, pero es a Pi y Margall a quien desde el Ministerio de la Gobernación corresponde dominar la difícil situación. Las fuerzas republicanas están divididas en *unitarios* y *federalistas*, corriente esta última que propugna Pi y Margall y para la que consigue la mayoría. Sin que le sirva de mucho porque una nueva escisión divide a los federalistas en *revolucionarios*, defensores de la destrucción del régimen centralista por la fuerza, y *políticos*, que buscan la paulatina transformación constitucional. Martos, que ocupa la cartera de Gracia y Justicia, intenta junto con Pavía un golpe de Estado que no logra hacer triunfar, con lo que los radicales son desplazados del Gobierno.

Convocadas las elecciones parlamentarias, se abstienen monárquicos y radicales y resulta fácil el triunfo de los federalistas. Se hace un bosquejo de Constitución, que no llega a entrar en vigor. Pi ocupa la Presidencia de la República. Incontenibles, los federalistas intransigentes desencadenan el movimiento cantonalista que será la ruina del nuevo régimen. Había éste heredado la guerra colonial de desgaste y la guerra carlista que celebra el advenimiento de la República con el levantamiento de un fuerte ejército que en agosto conquista Estella, convertida en Corte del nuevo pretendiente, Carlos VII.

El ejecutivo, en un intento por recuperar el dominio de la situación, sustituye a Pi y Margall por Salmerón el 19 de julio y a éste por Castelar, jefe de la derecha republicana, el 7 de setiembre. En ese verano se consigue dominar el

cantonalismo en Andalucía y Levante por la eficaz intervención de los generales Pavía y Martínez Campos, a excepción de Cartagena, que llega a lanzar una expedición hacia el interior del país y resistirá hasta el 12 de enero, es decir, diez días más que la República federalista.

La disolución del Congreso (18-IX) permite a Castelar adoptar algunas medidas de orden que no gozan de la aprobación del Parlamento cuando éste vuelve a reunirse el 2 de enero de 1874. Castelar presenta su dimisión, pero el general Pavía, que ha ocupado militarmente la capital, penetra en la Asamblea y la disuelve, encargando a Serrano la composición de un Gobierno nacional con miembros de todos los partidos, excluidos los carlistas y los federalistas.

Serrano es el nuevo presidente de la República, que ha dejado de ser federalista para ser unitaria. El 10 de enero un manifiesto al país comunicaba el carácter de República unitaria y la vigencia de la Constitución de 1869. Castelar dirigía el Gobierno con poderes dictatoriales, quedando para después de restablecerse el orden la convocatoria de nuevas Cortes.

Zavala, nombrado presidente del Gobierno, sigue una abierta política monárquica con el apoyo de Sagasta, que ocupa la cartera de Gobernación. Su poco éxito en la campaña frente al carlismo motiva a Zavala a presentar su dimisión el 2 de setiembre, sustituyéndole Sagasta con el último Gobierno del sexenio revolucionario, un Gobierno que sólo era republicano de nombre por lo que el general Martínez Campos, sin dar tiempo a Cánovas para el desarrollo legal de su política pro-alfonsina, pone fin a la I República con un pronunciamiento el 29 de diciembre de 1874. No había llegado a durar dos años.

Por puro desgaste, *la Gloriosa* murió de sus mismas contradicciones. Para dar forma a su romántico espíritu de democracia absoluta y universal, la revolución de setiembre lo había aprobado todo: una monarquía de nueva implantación; una república en dos formas distintas: la

federalista y la unitaria; dos constituciones y un sinnúmero de presidencias del Gobierno.

Esta época conoce el acceso de los intelectuales al Gobierno con figuras como Pi y Margall, Salmerón y Castelar y todo el grupo llamado los «demócratas de cátedra», de mentalidad krausista. Enfrentados a una situación política muy deteriorada dejan constancia de sus grandes recursos oratorios y de sus excelentes ideas.

Los inicios del movimiento obrero

Más importante para el futuro de la historia española es otro acontecimiento que tiene lugar en el sexenio: la configuración del movimiento obrero español.

Entre las nuevas libertades que trae *la Gloriosa* figura el derecho de asociación, restringido anteriormente a las agrupaciones mutualistas y asistenciales. Por su parte, la Internacional, al reconocer el status revolucionario de setiembre del 68, invita a los obreros a participar en este movimiento único que, desligándose de la política concreta, pretende fundamentalmente remediar la depauperada situación de la clase trabajadora.

Bakunín, creador del anarquismo, envía como propagandista de esta causa a Fanelli, quien crea en Cádiz y Barcelona las primeras asociaciones obreras que ya en 1869 envían una delegación a la Internacional de Londres.

Al escindirse la Internacional en 1872, la mayoría de las federaciones españolas siguieron a Bakunín. A finales de ese mismo año se reúne en Córdoba un congreso anarquista, el primero en su género. El grupo marxista que tenía una débil implantación en Madrid, crea una *Nueva Federación Madrileña* (8-VI-1872), reconocida con el Consejo de Londres, pero que durará poco más de un año.

En Cataluña estos movimientos tropiezan con la implantación que ha logrado el cooperativismo, considerado entonces como una ruptura de la unidad de clase. No

tarda en triunfar el anarquismo en esa sociedad industrial, la única muestra de sociedad industrial española, pero también un notable éxito en Andalucía, donde conecta con la aspiración secular al dominio de la tierra que se trabaja.

Desde ese momento el anarquismo español será el más importante de Europa.

Cuando se enfrentan con él los poderes de la Restauración, será lo suficientemente fuerte como para resistir disuelto, a la vez que ataca continuamente con acciones aisladas.

Quizá por esta ascensión de los movimientos obreros, al amparo del democrático sexenio, la gran burguesía de Cataluña y Valencia, que se siente amenazada, propicia el pronunciamiento de Sagunto. Todos los revolucionarios están gastados. La fórmula carlista en la que el partido neocatólico había puesto sus ideales fracasa, pues ni siquiera cuando la República combate en el duro frente cantonalista consigue hacer efectivos sus avances más allá del Ebro, incapaz también de tomar una ciudad importante, ya que Serrano consigue levantar el asedio de Bilbao en el verano de 1874.

Cánovas del Castillo ha creado, entretanto, una buena imagen del príncipe Alfonso XII, que en la votación que decidió la vacante del trono en 1870 sólo había obtenido 2 votos. Menos que Espartero, 8; que Montpensier, 27 y que la República, 60, cuando Amadeo contó con 191. Poco tiempo —cuatro años— para cambio tan radical que haga denominar al príncipe Alfonso «El Deseado», como fin de este complejo período de la historia de España.

Esta inestabilidad política y las guerras civiles impedían un desarrollo económico agrícola e industrial precisamente en una época en que en el resto de Europa, el desarrollo industrial comenzaba a ser decisivo. Así España quedó ya definitivamente relegada en el concierto europeo a la categoría de una potencia de segunda categoría. A ello contribuyó también el movimiento de emancipación

americana y la consiguiente disminución del comercio con aquellos virreinos.

La emancipación americana

El «despertar de América hispana» coincide con la guerra de la Independencia española. Al igual que en la península contra el invasor, se van formando Juntas de Argentina, Perú, Chile, Venezuela, México y surgen caudillos (Hidalgo, Morelos en México, Bolívar en Venezuela y San Martín en Río de la Plata) que iniciarán unas gestas que nada tienen que envidiar a las de sus predecesores de la época de la conquista. Se ha dicho muchas veces que las guerras de emancipación de la América hispana comenzaron siendo guerras civiles lo que tiene su parte de verdad si tenemos en cuenta que los contingentes españoles eran mínimos. Eran tropas de América las que luchaban en ambos bandos pero también es verdad que rápidamente estas contiendas civiles van adquiriendo su conformación ideológica y se van delimitando más claramente los campos. Por una parte los americanos (dirigidos por criollos, es decir, hijos de españoles nacidos en América) y por otra los realistas. Los primeros liberales y los segundos aferrados a unas estructuras caducas.

Dentro de la «crisis bélica» generada por esta postura, unas personalidades más sensibilizadas con el espíritu independentista terminarán por llevar el agua a su molino. Su perfecta organización en sociedades secretas, el apoyo que encuentran en algunos sectores liberales de la península no les impedirá evitar una larga y cruel guerra civil. Los bandos tienen componentes diversos según los países: el indio es insurgente en México, pero españolista en Perú o cambia de partido mediada la contienda como sucede con los llaneros de Venezuela.

El independentismo arraiga fácilmente en una burguesía criolla de blancos, generalmente comerciantes o terratenientes ricos, preteridos por un escaso número de

españoles que se asientan en los virreinos y las audiencias. Los criollos controlan la administración local a través de los Cabildos, anteriores a Villalar y dotados por eso de una verdadera fuerza de moderación, al estilo de la que poseían los antiguos municipios castellanos. Habitados a ese ejercicio, y amparados en la confusión de autoridades que deriva de las renunciaciones de Bayona, los independentistas pueden formar parte en las Juntas que, a imitación de las españolas, se forman para, en nombre de Fernando VII, oponerse a los designios napoleónicos.

La poca eficacia de la resistencia popular española, incluso después de ser organizada por las Juntas, ante el empuje de la *Grande Armée* de Bonaparte favorecerá la acción de los independentistas, a quienes no faltan adhesiones psicológicas por parte de ingleses y norteamericanos. Los vecinos del norte son un atractivo ejemplo a imitar. Su misma prosperidad coincidente con la independencia —pero no reducible exclusivamente a ella— incitaba a los patriotas de Sudamérica a desear esa prosperidad para sus propios países. Cuando la Junta Central se disuelve y Andalucía es invadida por el ejército de Napoleón, ha llegado el momento para el estallido.

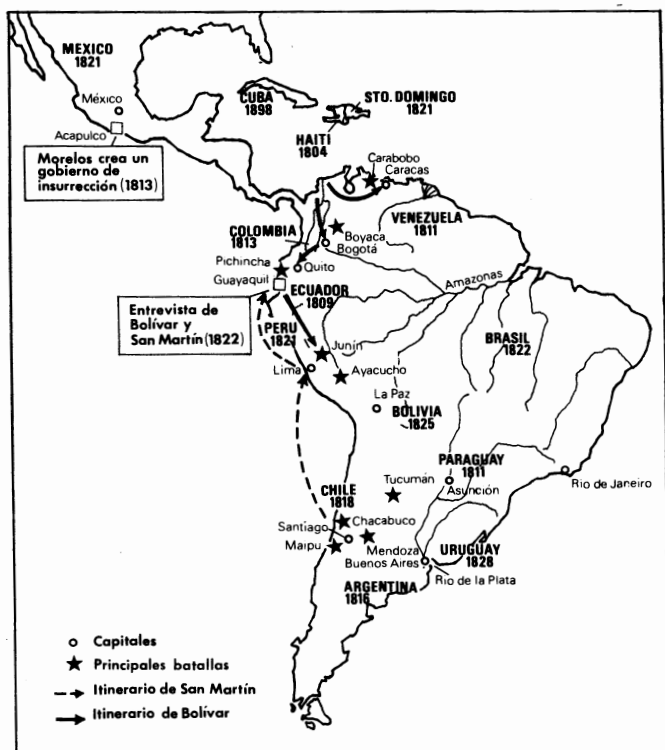
Se abre así una primera fase insurgente (1810-1815), en la que los partidarios de la independencia proclaman sus ideales y la defienden en una guerra civil que, salvo en Argentina, termina desfavorablemente para su causa.

En el segundo período (1815-1820) se han clarificado las posiciones ideológicas y los grandes caudillos, los libertadores, tienen un mensaje y una experiencia que consiguen hacer triunfar en el norte y sur de aquellas dilatadas tierras.

Queda su centro, el Perú, donde la causa española se asienta como en una sólida fortaleza cuya reducción motivará una larga serie de operaciones (1820-1824), hasta la batalla de Ayacucho, último y decisivo encuentro de los contendientes.

En Argentina, el 25-V-1810, tiene lugar la deposición del Virrey y nombramiento de una Junta Suprema de Buenos Aires. Frente a esa ciudad, la causa realista tiene su baluarte en Montevideo, que fue auxiliado desde Brasil y que resistiría hasta 1814. El éxito de los insurgentes fue rápido y total en lo que hoy es Argentina, pero fracasó su expedición para la conquista del Alto Perú, derrotada por las tropas del virrey Abascal (1811). Fracasó igualmente el intento de anexionarse el Paraguay, que se emanciparía como nación independiente.

Emancipación americana



En estas luchas comienza a destacar José de San Martín, hijo de españoles, pero nacido en Argentina, donde su padre tenía un cargo militar. Formado militarmente en España, adonde su familia regresó cuando él contaba diez años, estuvo presente como teniente coronel en la Batalla de Bailén y en otras treinta acciones durante la guerra de la Independencia. Al conocer la declaración independentista de la Junta de Buenos Aires, acudió para prestar su apoyo.

Organizador del regimiento de granaderos a caballo, se siente contrariado de la forma dictatorial que ha asumido el Gobierno de la nueva nación y desde la provincia limítrofe de Ocaya prepara la invasión de Chile. Cuando en 1817 pasa los Andes con un pequeño ejército de 4.000 hombres, realiza una de las más distinguidas maniobras de la historia militar. Sorprende así a los realistas, a quienes vence en Chacabuco (12-II-1817), batalla que, junto con la de Maipu (1818), decide la independencia de Chile. Declina el cargo de dictador supremo que le ofrecen para confiárselo a su amigo y aliado O'Higgins.

En Venezuela y Nueva Granada actúa otro de los grandes próceres, Simón Bolívar, miembro de la oligarquía criolla de Venezuela, que en sus viajes por Europa se había unido a la causa de Miranda, el precursor del ideario independentista. Asiste a la proclamación de la independencia (5-VII-1811) en Caracas y toma parte en la primera campaña que dio la victoria a los realistas de Monteverde. Se afirma que Bolívar fue el instigador de la entrega a los españoles de Miranda, dictador y generalísimo de aquella primera república venezolana que concluía su corta historia el 24-VII-1812.

Bolívar no se dio por vencido y, desde Nueva Granada, lanza el Manifiesto de Cartagena (15-XII-1812), que supone el inicio de la segunda campaña. La confusión y la crueldad son sus notas características. Aunque consigue reconquistar Caracas que le otorga el título de Libertador (14-X-1813), sus éxitos iniciales no pueden contener la ascensión de una fuerza mestiza, los llaneros, que el

español Bobes utiliza como defensores de la causa realista. Bobes ocupa Caracas (8-VII-1814) y Bolívar está a punto de correr la misma suerte que Miranda, pero consigue embarcar para Cartagena. La llegada de Morillo al frente de una expedición española de 10.000 hombres para reducir la resistencia de Nueva Granada le obliga a retirarse a Jamaica (mayo 1815). Pocos meses después difunde su proyecto de formar Colombia como una nación que reuniese a Venezuela, Nueva Granada y Panamá bajo un régimen republicano. Su desembarco en la isla Margarita (3-V-1816), con una expedición preparada en Haití tropieza con la doble dificultad de la fuerte posición de Morillo y el debilitamiento de la causa independentista dividida entre Mariño y Bolívar. Reducida esta rivalidad, reanuda la campaña contra Morillo contando con el apoyo de los llaneros. Estas tropas, tras la muerte de Bobes, habían sido ganadas para la causa independentista por su nuevo jefe, José Antonio Páez. En Angostura reúne un Gobierno, proclama de nuevo la independencia (20-XI-1818) y elabora una Constitución inspirada en el régimen inglés.

Su victoriosa campaña hacia el interior de Nueva Granada en 1819 culmina con la toma de Bogotá (10-VIII-1819) y consigue la independencia definitiva para Colombia. El cambio de situación política en España tras la sublevación de Riego lleva al armisticio de Trujillo (25-XI-1820) entre Bolívar y Morillo, que acuerdan la humanización de la guerra. Morillo regresa a España, donde no triunfan los propósitos de negociar un reconocimiento de la independencia en condiciones ventajosas. Reanudada la campaña, el 24-VI-1821 las tropas de Bolívar, Páez y Mariño consiguen una victoria definitiva sobre las españolas de Miguel de la Torre en Carabobo: Venezuela consigue la independencia efectiva. Antes de terminar ese mismo año alcanza su independencia Panamá (28-XI-1821), que se agrega a Gran Colombia. Algunos reductos quedan en poder de fuerzas españolas hasta octubre de 1823 en que se rinde Puerto Cabello.

Entretanto, San Martín, consolidada su posición en Chile, decide atacar el Perú, país que los virreyes Abascal y

Pezuela habían conseguido mantener en paz. El ejército españolista del virrey contaba con 25.000 hombres y era, sin duda, el más fuerte de cuantos había en Sudamérica. Para combatirlo, San Martín desembarca en Paracas y toma Pisco (7-IX-1820). El momento era favorable para la causa independentista porque el cambio de régimen motivado por el pronunciamiento liberal de Cabezas de San Juan repercutió en la sólida posición españolista. El virrey Palenzuela es depuesto por uno de sus generales, La Serna, que será el último virrey del Perú. Inicia entonces unas negociaciones con San Martín con el fin de implantar en Perú, reconocida su independencia, una dinastía proveniente de la española. La intransigencia de los oficiales realistas hace fracasar esta idea que encontraba una favorable acogida en San Martín. La Serna, sin recursos para hacer una eficaz defensa de la costa, se repliega al altiplano. San Martín entra en Lima (12-VII-1821). El día 28 de ese mismo mes proclama la independencia del Perú, que le nombra su Protector.

Al año siguiente tiene lugar en Guayaquil el encuentro entre los dos grandes caudillos de la emancipación: Bolívar y San Martín. Se hallaba en ese puerto el Libertador hecho ya presidente de la Gran Colombia, confederación a la que intentaba atraer al movimiento independentista de Guayaquil, que, tras los fallidos alzamientos de 1808 y 1809, había vuelto a iniciarse en setiembre de 1820. Bolívar envía a Sucre en ayuda de los independentistas (mayo 1821) y el general consiguió el dominio sobre una amplia región. Pronto lograría una importante victoria sobre los realistas en Yaguachi, en agosto de 1821. Con los refuerzos que le envía San Martín, Sucre derrota en Pichincha (24-V-1822) la última resistencia españolista en la zona.

San Martín intenta obtener que el actual Ecuador quedase unido al Perú, como parte integrante que había sido del imperio incaico. Pero Bolívar se había adelantado propiciando la anexión de ese territorio a Colombia. Tampoco compartía la idea propugnada por San Martín (y casi

simultáneamente en México por Iturbide) de instaurar dinastías procedentes de la española en los virreinos independientes. Esta entrevista de Guayaquil (julio 1822) contrarió a San Martín hasta el punto de dimitir de su cargo de Protector del Perú (20-IX-1822). Retirado a Chile, es allí acogido con suspicacias por haber caído en desgracia su amigo O'Higgins. En 1824 se embarca para Europa, donde morirá en 1830.

La retirada de San Martín proporciona un alivio a la resistencia españolista. La Serna consigue dominar la mayoría del territorio andino. Bolívar desembarca en Lima y reorganiza el Estado y el Ejército. La fuerza realista se divide al sobrevenir en España el regreso al absolutismo. Es el momento que aprovecha Bolívar para atacar las posiciones más fuertes en los Andes, donde consigue la victoria de Junín (6-VIII-1824). La última batalla se dio en Ayacucho (9-XII-1824). Las tropas de La Serna, a pesar de ser superiores en número y artillería, fueron derrotadas por Sucre. El virrey, hecho prisionero, firmó una capitulación en la que reconocía la independencia del Perú.

En México la emancipación siguió caminos muy distintos. Las insurrecciones independentistas que tienen su arranque en el «Grito de Dolores» (16-IX-1810), pronunciado por el párroco de esa localidad, Hidalgo, consiguen un fuerte arraigo popular. Hidalgo y su lugarteniente Allende se apoderan de Guanajuato (28-IX-1810), importante nudo de la zona minera, y la someten al pillaje. El cariz revolucionario del ejército popular y sus desmanes incontrolados unen frente a él a todos los interesados en no perder su posición social ventajosa. Sin aprovechar una victoria en el monte de las Cruces que le hubiera permitido acercarse o incluso tomar la capital, Hidalgo se repliega a Querétaro. Allí sus fuerzas se debilitan en un proceso de disolución, lo que obliga a volver sobre su base, Guanajuato. Una aplastante victoria de Calleja en Puente de Calderón (17-I-1811) termina con el intento de Gobierno autónomo que Hidalgo no había conseguido mantener un año. Los jefes de la insurrección fueron ejecutados, suerte de la que no se libró el cura de Dolores.

Le sucede como líder independentista otro sacerdote y discípulo suyo José María Morelos dotado del talento militar del que había carecido su maestro. Inicia unas inteligentes maniobras de guerrilla que le permiten dominar varias provincias del suroeste de México, la ciudad de Oaxaca y el puerto de Acapulco. Eso le permitió convocar el congreso de Chilpancingo, que proclama la independencia de Nueva España o Anahuac (6-XI-1814).

Sin embargo, su estrella militar comienza a declinar. Derrotado por Iturbide en Santa María (13-XII-1813), pierde Acapulco y Oaxaca. Cuando trataba de proteger la fuga de los congresistas, es hecho prisionero y ajusticiado pocos días después (22-XII-1815).

La insurrección pierde fuerza a partir de entonces y varios de sus jefes se acogen al indulto dado por el nuevo virrey Apodaca. Mina, el ex guerrillero navarro, hace un desembarco con ayuda norteamericana (15-IV-1817). Pero sus victorias iniciales cambian de signo pronto. Hecho prisionero por Orrantia, es fusilado (11-XI-17). Sin embargo, el fracaso del independentismo popular armado no impide un proceso de difusión de los ideales de emancipación entre las clases elevadas que en 1810 se habían unido frente al proceso revolucionario. Eso explica la buena acogida que obtiene el *Plan de Iguala* (24-II-1821), propuesto por Iturbide. Este general, que se había distinguido en las campañas contra Morelos, pacta con el jefe insurrecto Guerrero y propone una triple garantía: independencia, libertad religiosa, unión de mexicanos y españoles. En vano intenta oponérsele el virrey Apodaca. Destituido este último, el nuevo virrey O'Donjú acepta el proyecto de Iturbide, con quien firma el tratado de Córdoba. El 22-IX-21 se proclama la independencia de México, al mismo tiempo que se acuerda ofrecer el trono mexicano a Fernando VII, sometido en ese momento a la Constitución, o a sus hermanos. En el caso de no aceptar ninguno de ellos, el puesto queda para Iturbide, quien, en efecto, llegó a ostentar el título imperial (18-V-1822).

Formación de las fronteras en América del Sur



España no reconoció inmediatamente a las nuevas naciones a pesar de que sus últimas esperanzas de recuperación estaban perdidas desde 1823. En ese momento, la intervención francesa para reponer el absolutismo podía hacer pensar en una extensión a las colonias de la operación propiciada por la Santa Alianza. Inglaterra amenaza entonces con reconocer la independencia de las

nuevas naciones. Los Estados Unidos, por medio de la doctrina Monroe, se oponen a toda intervención europea en el continente americano (1823).

El no saber aceptar el hecho, similar al que España había apoyado militarmente cuando la guerra por la independencia de los Estados Unidos, hará que las consecuencias de la emancipación sean todas negativas. Había faltado una previsión seria del problema. Los acontecimientos derivados de la Guerra de la Independencia propiciaron la confusión inicial. El nombre de Fernando VII era invocado con más o menos convicción por las Juntas independentistas.

Después la guerra siguió, como todas las guerras civiles, los cauces de la más sanguinaria crueldad. Prisioneros y heridos no eran respetados. La cabeza de veinte españoles servía de título de promoción a capitán en el ejército de Bolívar. Más que de encuentros tácticos entre grandes ejércitos, aquella fue una guerra de partidas y correrías en las que el pillaje y el asesinato eran hábitos en la lucha por la supervivencia. La larga duración de la guerra sirvió también para enconar una rivalidad que en un principio podía haberse resuelto por cauces positivos, incluso con la aceptación de los tronos que fueron ofrecidos a la dinastía reinante.

Por el lado americano, esa larga contienda va a sembrar la tendencia a la disgregación que hace fracasar los proyectos de los creadores de la independencia, amargando sus últimos años.

Con esto quedaba España minimizada, incluso territorialmente, en su posición internacional. Por desgracia, ello no serviría de revulsivo para acomodarse a la nueva situación de casi mera peninsularidad y comenzar una nueva etapa de creatividad. La concienciación de España para la nueva vida de nación menor exigiría muchos años de reyertas intelectuales y físicas. Europa sí - Europa no; tradición sí - tradición no; progreso sí - progreso no. De todas formas, el siglo XIX español tan pródigo en aconte-

cimientos externos, tiene también sus facetas positivas en algunos sectores de producción y en el nacimiento de una nueva intelectualidad. Tímidamente asoman ya los núcleos industriales, textil en Cataluña y siderometalúrgico en Vizcaya y Asturias. En la agricultura, se expande la vid. Pero en conjunto, España sigue siendo suministradora de materias primas (mineral de hierro, plomo, mercurio) para los países en pleno desarrollo industrial, especialmente Inglaterra. La cultura española se vivifica con unos focos nuevos en Cataluña y en menor cuantía Galicia, donde las lenguas vernáculas ofrecen otras vías de expresión en el común espíritu romántico que triunfa en España. Un nuevo tipo de profesor y maestro surge en las universidades donde poco a poco la técnica suple a la retórica. Se trata de grupos reducidos pero de los que tienen el propósito de crear una nueva España, más pequeña físicamente pero más amplia espiritualmente, una España que sustituya a las dos que riñen desde siglos.

VII. EL MUNDO A PARTIR DE 1870

La nueva situación

La unificación alemana e italiana, esta última culminada en la toma de Roma y en el fin del dominio temporal del papado, la proclamación de la república en Francia y el anuncio unilateral, por parte del zar Alejandro II de Rusia, de que ya no se encontraba comprometido por las cláusulas navales del tratado de París de 1856, son los grandes hechos que caracterizan a la nueva situación europea tras el bienio 1870-71. La cuestión de Oriente continúa siendo el punto focal de la política exterior de Rusia y de Austria-Hungría, las cuales, disputándose los dominios europeos del imperio otomano, el «gran enfermo de Europa», amenazan los intereses de todas las grandes potencias. Mientras Francia trataba de salir del aislamiento diplomático a que había sido obligada por la derrota de Sedán, Alemania se afanaba por mantenerse. Pareció que la habilidad de Bismarck iba a poder lograrlo: la liga de los tres emperadores, austriaco, ruso y alemán (1873) debía separar definitivamente a Rusia de Francia y calmar el antagonismo austro-ruso. Veremos por qué motivos falló la operación.

De todas las maneras, el equilibrio de 1871, aunque precario, estuvo vigente durante cuarenta años: fue un periodo de paz no obstante las grandes tensiones y de desmesurada expansión económica gracias a los grandiosos progresos de la ciencia y de la tecnología. Entre los

años 1850 y 1870 el comercio internacional se había desarrollado grandemente, y aunque Gran Bretaña era considerada como «el taller del mundo» por el gran impulso dado a la industria metalúrgica, mecánica y naval, Francia le había seguido de cerca y sólo después de 1871 había cedido ante Alemania. La vida económica mundial estaba dividida, hacia la mitad de siglo, en dos grandes zonas, una centrada en los países industrializados, como Inglaterra, Bélgica, Francia, Alemania y estados nor-occidentales de América septentrional, y la otra centrada en las zonas agrícolas de Europa oriental, desde Rusia hasta India y Australia, en los estados sur-occidentales de América septentrional y en algunas inmensas regiones de América meridional, como Brasil y Argentina. Hacia 1860 la Gran Bretaña orientó sus propios intereses hacia la zona agrícola, en busca de materias primas para sus industrias y de nuevos mercados para vender las manufacturas y para invertir los capitales excedentes, seguida muy pronto por las demás naciones industrializadas.

La Revolución tecnológica y el imperialismo

Entre 1860 y 1878 la política «total o tendencialmente libremercantilista» de los estados europeos preparó las bases del vertiginoso desarrollo que la economía mundial iba a lograr en los treinta años siguientes. En realidad, si el progreso de la industria en cada uno de los países y el consiguiente deseo de los gobiernos de proteger de la competencia externa el producto nacional, el descenso de los costes de producción y de los precios y la consolidación de verdaderos imperios coloniales invirtieron la tendencia y llevaron a una economía proteccionista —por lo demás casi nunca aplicada rígidamente— no por ello disminuyeron la producción mundial y el desarrollo del comercio: este último, que entre 1881 y 1895 sólo había aumentado en un 11% entre 1896 y 1912 se acrecentó en un 150%

El realismo en el arte, el positivismo en filosofía y el evolucionismo en las ciencias, exaltan, contra los mitos

románticos e idealistas de los decenios anteriores, el progreso y la confianza en el hombre que, con la razón y con la fuerza, parece ya capaz de dominar hasta a la naturaleza. Los grandes resultados obtenidos en el campo de la tecnología parecen, por lo demás, confirmar esta tesis de los científicos y de los artistas. Los nuevos procesos siderúrgicos, el microscopio, el telégrafo, el teléfono, la dinamo como generadora de electricidad, el motor de explosión, el aeroplano, el cemento, maravillosa síntesis de descubrimientos o invenciones de los años anteriores, comienzan precisamente ahora a ser explotados a escala industrial, mientras igualmente progresan la medicina, la biología, la higiene, la construcción urbana, las comunicaciones, los transportes, la alimentación (piénsese en los sistemas de conservación de los alimentos). La red ferroviaria pasa, sólo en Europa, de los 51.900 kilómetros de 1860 a los 346.230 de 1913, mientras el tonelaje de los buques a vapor (precisamente en torno a 1870 es cuando la navegación a vela comienza a decaer) pasa de un millón escaso a los 38 millones de 1912. Se perforan las montañas, se abren líneas ferroviarias transcontinentales, se cortan istmos (Suez en 1869 y Panamá en 1914) mientras la ampliación de los servicios postales, telegráficos y telefónicos favorecen la circulación de las ideas y el mismo desarrollo del comercio y nuevos y más racionales procedimientos tecnológicos perfeccionan las elaboraciones y contribuyen a la disminución de los costes de producción.

La organización de las industrias se hace cada vez más compleja: nacen los *cárteles* y los *trust*, o *concentraciones horizontales* entre los productores de un mismo producto que tienden a monopolizar todo un determinado sector industrial, y las *concentraciones verticales* de todas las fases de elaboración del producto bruto al producto acabado. Surgen y prosperan verdaderos imperios que constituyen estados dentro de los estados (piénsese en Krupp y Siemens en Alemania, en Schneider-Creusot en Francia, en Morgan y Rockefeller en América) y contribuyen a hacer cada vez más estrechos los lazos entre la economía

y la política. La agricultura, privada de miles y miles de brazos por la industria, debe renovarse para no perecer y organizarse también sobre bases industriales, aprovechando los progresos científicos que ofrecen nuevos abonos y máquinas agrícolas: de ello se deriva la decadencia de la vieja aristocracia agrícola y latifundista.

Todos estos progresos, juntamente con la inadecuada distribución de la riqueza a menudo concentrada en las manos de pocas familias, hacen posible la acumulación de grandes capitales por lo que es preciso buscar nuevas y cada vez más vastas zonas de inversión: así el capital inglés emigra hacia las Américas y hacia Africa, el francés hacia Europa oriental y hacia Rusia, el alemán hacia las Américas, Europa meridional, Turquía y Extremo Oriente. Se abre la época del colonialismo financiero, se buscan —y si es necesario se conquistan con las armas— nuevas salidas, nuevos mercados nuevas concesiones y nuevas zonas de influencia y, a la vez, nuevas fuentes de materias primas.



El paso al imperialismo es breve: nacen y se defienden conceptos como «prestigio nacional», «voluntad de potencia», «obligación moral del hombre blanco». Ambición política de grupos, presión de las altas finanzas, razones científicas que impulsan a todas las grandes potencias por el camino de Inglaterra. El caso más significativo de este periodo es el de Africa: en 1875 menos de una décima parte de este continente era tierra colonial; veinte años después sólo una décima parte estaba libre del control europeo. Después les tocó la vez al Extremo Oriente y a Oceanía, donde los europeos chocaron con las ambiciones de dos jóvenes naciones imperialistas: Estados Unidos y Japón.

La cuestión de Oriente

Sin embargo, mientras Inglaterra y Francia que ya anteriormente se habían adelantado por el camino del

Los Balcanes en el siglo XIX



(A) Incorporado por (o perteneciente a) Austria	(Rum.) Incorporado a Rumanía
(H) " " " Hungría	 Imperio Austro-Húngaro al fin del siglo XIX
(Gr) " " a Grecia	 Imperio Otomano al fin del siglo XIX

imperialismo colonial y, en parte, Bélgica y Holanda, lograron repartirse, en el curso de pocos años, medio mundo, Alemania les siguió más tarde por este camino. Bismarck no parecía demasiado sensible a la fascinación del colonialismo que juzgaba peligroso para el equilibrio europeo: ligados los destinos de Austria-Hungría a los de Alemania, trataba de someter económicamente a Turquía, cuyo imperio se iba dividiendo cada vez más, y se afanaba por entretener a Rusia para que no se aproximase demasiado a Francia. Esta era la parte más difícil de su plan y aquí cayó, al menos parcialmente, su ambición política de «honesto agente de negocios» de las naciones.

Hacia 1875, instigados por Austria y por Rusia, estallaban en todos los Balcanes sublevaciones antiturcas que, una vez más, el sultán reprimió con la acostumbrada crueldad. El zar tomaba como pretexto la derrota de los búlgaros, montenegrinos y servios para declarar la guerra, en defensa de la cristiandad, a Turquía (mayo de 1877-febrero de 1878) e imponerle, aunque entre graves dificultades, la *paz de San Esteban* (3 de marzo de 1878): Bulgaria fue erigida como estado independiente, mientras Rusia obtenía Besarabia de Rumania y, con el protectorado de Servia, podía extender su influencia sobre todos los Balcanes. La maniobra no sólo despertó la envidia de Austria-Hungría que se veía, de improviso, excluida de Europa sur-oriental, sino que también preocupó a Inglaterra, amenazada en el Mediterráneo. Un entendimiento entre los gobiernos de Viena y de Londres en perjuicio de Rusia se hacía real y Bismarck, en un intento de evitar una guerra que habría dado un vuelco al equilibrio de Europa, y con el propósito de reducir lo más posible las ventajas del imperio zarista, logró convocar en torno a la mesa del *Congreso de Berlín* (junio-julio de 1878) a todas las grandes potencias. Las ventajas logradas por Rusia, a excepción de Besarabia, fueron anuladas: Rumania, Servia y Montenegro se erigieron en estados soberanos, Bulgaria fue reconocida como autónoma, Inglaterra obtuvo Chipre a la que trasformó en una importante base estratégica. Mientras a Francia se le otorgó libertad de acción en

Túnez, Austria fue acallada con la concesión de la administración de Bosnia-Herzegovina.

La situación estaba muy lejos de hallarse resuelta porque si Bismarck había logrado reajustar el *statu quo*, no se podían desatender por siempre las aspiraciones de independencia de las minorías sometidas todavía a la dominación austriaca, rusa y turca. En 1879 Austria y Alemania estipulaban secretamente un acuerdo defensivo respecto a Rusia, a la que se unía, en 1882, dando vida a la *Triple Alianza*, Italia, empujada a actuar en esta dirección por la ocupación francesa de Túnez. Sin embargo, Bismarck lograba convencer al nuevo zar, Alejandro III, para que renovara el pacto de los tres emperadores y cuando éste cayó definitivamente, en 1885, logró cerrar otro acuerdo, el llamado *tratado secreto de contraseguro*. Con este último se comprometía a apartar a Austria de posibles acciones en los Balcanes, mientras Rusia garantizaba que se mantendría neutral en el caso de un conflicto franco-alemán. Bismarck llegó, con este juego diplomático y teniendo como cómplice al «espléndido aislamiento» inglés, a la cumbre de su fortuna como árbitro de la política europea.

El movimiento comunista

Los cuarenta años que siguieron a la reorganización de 1871 pueden relacionarse, en cierto sentido, con los que siguieron al año 1815 porque «constituyeron», como nota Thompson, «un período de tensiones internas entre las fuerzas que buscaban perpetuar y consolidar el orden político y social establecido, y las fuerzas rivales que buscaban transformar la sociedad mediante nuevos organismos y nuevas reformas...» Sin embargo «mientras las fuerzas de cambio y de revolución después de 1815 eran movimientos liberales y socialistas que pedían derechos constitucionales y reformas sociales, las del período posterior a 1871 eran movimientos socialistas, anarquistas, comunistas, que exigían una democracia más total y una

radical reorganización económica». No en vano desde la revolución «socialista» parisina de 1848 a la «federalcomunista» de 1871 pasan más de veinte años, densos en sucesos, en los que la clase obrera pudo tomar conciencia y adquirir decisión y organización.

En 1848 dos alemanes emigrados a Londres, *Carlos Marx* y *Federico Engels*, habían fundado la *Liga de los comunistas* y habían dado a la imprenta el *Manifiesto del partido comunista* que, junto con el *Capital*, constituirán los textos fundamentales del socialismo científico, llamado así porque, al contrario del utópico, tenía bases científicas, es decir, estaba fundado en datos económicos pacientemente observados y tenía en cuenta, como afirmaba el propio Marx, las «fuerzas concretas y reales objetivamente operantes en la historia y en la sociedad». En la base de estos textos, inspirados por la situación profundamente injusta en que se encuentran las clases más humildes, explotadas por un capitalismo a menudo sin escrúpulos, está una concepción materialista-dialéctica del mundo y del hombre. Marx y Engels parten del hecho de que la división en clases antagónicas ha sido siempre la ley fundamental de toda sociedad organizada (materialismo histórico) y, atribuyendo al partido comunista la función de «vanguardia» de la clase obrera, ponen las bases de un programa dirigido a la instauración de la propiedad colectiva a través de la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y de distribución y la toma revolucionaria del poder político detentado por la burguesía.

En el manifiesto por tanto convocan a reunirse a los «proletarios de todos los países» para que unidos abatan a la burguesía e instauren una dictadura provisional que «aboliendo por la fuerza... las viejas relaciones de producción, destruya junto con aquellas relaciones... las condiciones de existencia de las clases en general»: «a la vieja sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos entre las clases, le reemplaza una asociación en la que el libre desarrollo de cada uno es condición del libre desarrollo de todos».

Entre las demás teorías socio-económicas que Marx fue elaborando en los siguientes años, la más típica es quizá la que trata sobre la acumulación de capitales. En el régimen capitalista el obrero puede sobrevivir alienándose a sí mismo, es decir, vendiendo la propia fuerza-trabajo: sin embargo, el capitalista no le paga todo el valor de cuanto él efectivamente produce sino sólo una parte, quedándose con la llamada «plusvalía», tanto más elevada cuanto mayor es la riqueza producida por el obrero en una jornada de trabajo y por el mismo salario. Pero al capitalista no le basta con contener el salario y aumentar las horas laborales: la cantidad de las mercancías producidas se deberá necesariamente también a la mejora de los procedimientos de elaboración, a la organización de fábrica, a la continua actualización de las técnicas de elaboración y de producción. De aquí se deriva la concentración de las empresas, la absorción de los capitalistas más pequeños, imposibilitados para hacer frente a la competencia de los más grandes, el aumento de los trabajadores, es decir, de los «proletarios», y también una disminución del poder de adquisición, un empobrecimiento general, un multiplicarse de las crisis cíclicas, todo lo cual crea a la larga, una situación insostenible para el propio capitalista. Favorecida por estas contradicciones que debilitan el sistema capitalista la revolución socialista abolirá la propiedad privada de los medios de producción e instaurará la propiedad colectiva, lógica superación de los antagonismos de clase.

En lo que se refiere a la religión Marx sobre las huellas del filósofo alemán Feuerbach del que adopta el ateísmo radical, denuncia la noción de Dios como irracional y absurda y la religión misma como instrumento de opresión para perpetuar las injusticias.

La Comuna de París

Algunos años antes de la salida de *El Capital*, en 1864, se había constituido en Londres la «Asociación internacio-

nal de trabajadores» —que después tomaría el nombre de *Primera Internacional*— con el cometido de dar una organización unitaria al movimiento obrero europeo. Sólo en 1866 se rechazó la primera constitución debida a Mazzini y se adoptó la tesis marxista que ponía de realce las características del internacionalismo proletario por lo que era indispensable la cooperación internacional entre la clase obrera de los diversos países para promover su emancipación a escala mundial. Se asumieron los conceptos de lucha de clase, de socialización de los medios de producción, de dictadura del proletariado y se apoyaron las causas de la liberación nacional y de la autodeterminación de los pueblos. Pero en el seno de la *Internacional*, a donde habían confluído las organizaciones más dispares desde el punto de vista ideológico, no había paz: la adhesión de los anarquistas en 1869 capitaneados por el ruso Bakunin, que, aunque aceptando la lucha de clases, veía el fin de la misma en la destrucción del estado y de cualquier expresión del orden constituido para el triunfo de la más amplia libertad individual, provocaba insanales conflictos y la escisión. En 1876 la *Primera Internacional* se disolvía sin haber logrado, en sus doce años de vida, hacer algo positivo. La Internacional miró con sospecha incluso el experimento de la Comuna parisina, aunque Marx personalmente desde su exilio de Londres, siguió con vivo interés el movimiento. ¿Qué fue esta Comuna? ¿Qué consecuencias tuvo sobre el movimiento obrero, sobre el socialismo y sobre el marxismo en general?

En marzo de 1871, mientras en el castillo de Versalles *Thiers*, el nuevo presidente del gobierno elegido por la Asamblea nacional francesa, iniciaba los tratos de paz con los prusianos, en París se instauraba un gobierno proletario, el primero de la historia. El 18, tras el intento por parte de las tropas regulares de desarmar la Guardia nacional, que había contribuido extraordinariamente a defender la ciudad asediada por los alemanes, estalla una revuelta popular: las tropas regulares se retiran a Versalles para protección del gobierno y la dirección de la ciudad es asumida por la municipalidad, la *Comuna*, precisamente.

El 26, tras duros conflictos, blanquistas, proudhonianos y comunistas logran obtener ventaja sobre los republicanos, favorables a un acuerdo con Thiers, y se convierten en dueños de la municipalidad.

El movimiento revolucionario, en gran parte espontáneo, había podido dar razón fácilmente del legítimo gobierno al presentarse juntas toda una serie de circunstancias favorables, sobre las que, sin embargo, prevalecían la extrema indignación de la mayor parte de los parisinos respecto al demasiado doblegado Thiers, la abierta hostilidad hacia una asamblea la cual, aunque formalmente republicana, no trataba ni siquiera de disimular sus tendencias conservadoras (la mayor parte de sus miembros eran legitimistas o bonapartistas), las aspiraciones de renovación que hacía más de veinte años agitaban al proletariado parisino, el malestar económico de la pequeña burguesía que se colocó casi compacta, hasta abandonar en el último momento, de parte de los revoltosos. La Comuna trató de realizar una forma nueva de poder democrático y popular («La unidad política que quiere París», decía un manifiesto del 19 de abril, «es la asociación voluntaria de todas las iniciativas locales, el concurso espontáneo, libre, de todas las energías individuales, con vistas al fin común que es el bienestar, la libertad y la seguridad de todos»), y en sus programas confluyeron tanto elementos comunistas, como la socialización de las fábricas —que se realizó en parte— la gratuidad y la obligatoriedad de la instrucción, el carácter elegible y revocable de los representantes del pueblo y de los funcionarios, como elementos federalistas proudhonianos (Francia como federación de municipios autónomos), con los que se quería atraer a la conservadora provincia francesa que era partidaria de los versalleses.

Pero no obstante el florecimiento de iniciativas, en aquellos días llenos de pasión revolucionaria se descuidaban las más elementales normas de prudencia, y no se procedía a organizar una eficaz defensa militar en la ciudad. Thiers, reunido con la ayuda de los prusianos un

grueso ejército, marchó sobre París y la puso en estado de asedio desde el 2 de abril al 21 de mayo, cuando las vanguardias versallesas pudieron entrar en la ciudad, aprovechando la extrema confusión que reinaba en las filas de los defensores, y ocuparla en una semana de ásperos y feroces combates. El primer experimento de gobierno proletario, inspirado en parte en los principios enunciados por Marx, concluyó con una represión feroz y a menudo indiscriminada, con la cual Thiers quiso vengar la matanza de rehenes y las inútiles destrucciones efectuadas por los defensores de la Comuna y a la vez arrancar de raíz el partido revolucionario. Así tomaba vida, de modo trágico, la frágil y agitada Tercera República francesa.

El anarquismo

El anarquismo es la doctrina político-social que propugna la absoluta libertad del individuo y rechaza la estructura estatal en lo político y la propiedad privada en lo económico-social. Con precedentes en las doctrinas utópicas de la antigüedad y del Renacimiento, nació con Proudhon y encontró su máximo teorizante en Stirner. Sus ideas político-sociales fueron sistematizadas por Bakunin, Kropotkin y Malatesta en el siglo XIX y en época reciente han vuelto a aparecer en la crítica de Marcuse y Adorno que denuncian la esclavitud del hombre respecto a la técnica.

El anarquismo parte de un concepto optimista del hombre individual al que considera esclavizado y viciado por las estructuras políticas y sociales vigentes, que le impiden desarrollarse por la línea de progreso moral y material que espontáneamente le señalaría la naturaleza. El individuo aislado se perfecciona en un tipo de sociedad de hombres libres, organizada de abajo a arriba en forma de asociaciones comunales que deciden colectivamente. Esa sociedad ideal ha de romper con la idea de patria y tener carácter internacional. Ha de romper también con el

concepto de estado ya que el anarquismo sostiene que la actividad estatal es absorbente por su propia naturaleza y conquista a sus propios conquistadores, de manera que resulta contradictorio y quimérico que el pueblo pretenda conquistar el poder político (dictadura del proletariado del marxismo) para liberarse de la opresión del estado capitalista. En la sociedad estatal domina la represión, la burocracia y el funcionarismo, y ella misma implica en sí una perversión de valores, ya que ha sido creada por el hombre para su servicio y el hombre queda en ella absorbido y triturado por el estado.

La sociedad anarquista por el contrario carece de clases sociales, estimula la iniciativa individual, está al servicio del individuo y garantiza su libertad sin más límite que la de sus semejantes. La propiedad de los bienes es colectiva y cada uno ha de producir y hacer uso de lo producido conforme a sus posibilidades y necesidades. Desde el punto de vista táctico en el anarquismo aparecieron dos corrientes contrapuestas: el *anarcosindicalismo* partidario de que la acción obrera se encauzase por medio de sindicatos, y el *anarcocomunismo* (o comunismo libertario) que consideraba a los sindicatos como excesivamente burocratizados y propugnaba la lucha sistemática directa (sabotaje, huelga, etc.) contra la sociedad capitalista y sus estructuras.

El anarquismo surgió en sus primeros representantes (Godwin, Proudhon) como crítica radical a veces utópica, de las realidades existentes. Bakunin que aportó al anarquismo la filosofía hegeliana trabajó inicialmente en colaboración con Marx, hasta que en 1872 fue expulsado con sus adeptos de la Asociación General de Trabajadores controlada por Marx. Desde entonces se produce la ruptura del anarquismo con el socialismo marxista. Los anarquistas se lanzaron a la militancia directa en forma de sociedades secretas con frecuente práctica del terrorismo. Debido a diversas circunstancias sólo llegaron a consolidarse como movimiento de masas en Italia y España, aunque con brotes esporádicos en otros países, siempre

como reacción popular frente a las extralimitaciones gubernamentales en la represión del movimiento obrero.

Nuevos imperialismos: Estados Unidos y Japón

En los años a caballo de los siglos XIX y XX se acentúan aquellos signos que son distintivos del paso de la historia de un contexto europeo a uno mundial: el más importante, quizá, es el vertiginoso incremento demográfico de los continentes extraeuropeos con la consiguiente formación de centros de población, de producción y de poder en competencia con los europeos. En este periodo precisamente es cuando dos naciones, hasta aquel momento al margen de la historia, entran con fuerza en escena, en concomitancia con el desplazamiento de los intereses de la economía mundial hacia el Océano Pacífico y el Extremo Oriente.

Las ambiciones imperialistas de los Estados Unidos no fueron, como explica Barraclough «una especie de explosión súbita y sin precedentes» de los últimos años del siglo, sino que pueden hacerse remontar a los orígenes de la historia de este país si bien «permanecieron subterráneas durante una generación después de la guerra civil». El conflicto con México, la penetración cada vez más masiva en el West, las conquistas de Texas, de California, de Oregón, se hicieron no sólo para ganar nuevos territorios para la Confederación sino con la mirada fija en el Pacífico, el «océano del destino» y en Asia, contrariamente a cuanto nos sentimos inducidos a pensar sobrevalorando el aislacionismo de Monroe.

Paralelamente a la expansión hacia el oeste, hacia California donde toda clase de aventureros se sentían atraídos por el descubrimiento del oro, en los estados atlánticos del Norte se afirmaba la industria mecánica y metalúrgica, aunque todavía hacia la mitad del siglo la economía del país se basaba en gran parte en la producción de algodón. Los estados del Sur, que eran los únicos

productores del mismo, estaban, sin embargo, casi completamente sometidos a las emprendedoras finanzas del Norte que controlaban a través de sus grupos financieros y sus bancos la mayor parte del comercio de la preciosa fibra. Naturalmente los estados del Norte eran favorables a una política aduanera proteccionista, apta para defender de la competencia extranjera a su joven industria, mientras los estados del Sur, exclusivamente agrícolas, eran librecambistas y reclamaban tarifas aduaneras leves para poder importar a precio menor manufacturas y mercancías absolutamente indispensables.

Pero los conflictos eran también otros: la economía agrícola sudista, de hecho, se basaba en la esclavitud, que aunque oficialmente abolida en los treinta años anteriores en todas las naciones civilizadas, prosperaba de modo muy floreciente —hasta el punto de convertirse en una necesidad para la propia existencia— en los estados meridionales de la Confederación. Estos últimos querían extenderla también a las zonas de reciente conquista contra la voluntad de los colonos, que, dedicados a la agricultura y a la ganadería, tenían la competencia de la mano de obra negra. En su apoyo los estados del Norte, aunque tolerando la esclavitud del Sur, se oponían a su extensión por el Oeste. Estos conflictos dieron vida a los primeros propósitos secesionistas de los estados meridionales mientras la ampliación de los poderes del gobierno federal se convertía, junto con el abolicionismo, en la bandera del nuevo partido republicano, que representaba los intereses del gran capital del Norte y hacía de puente entre la industria y la agricultura del Oeste. Las elecciones presidenciales de 1860 veían victorioso al republicano *Abrahán Lincoln* con un programa unitario y abolicionista: en los meses siguientes más de once estados del Sur (un tercio de la Confederación entera) proclamaban la secesión y se constituían en una nueva unión, los *Estados Confederados de América* con una nueva constitución y un nuevo presidente.

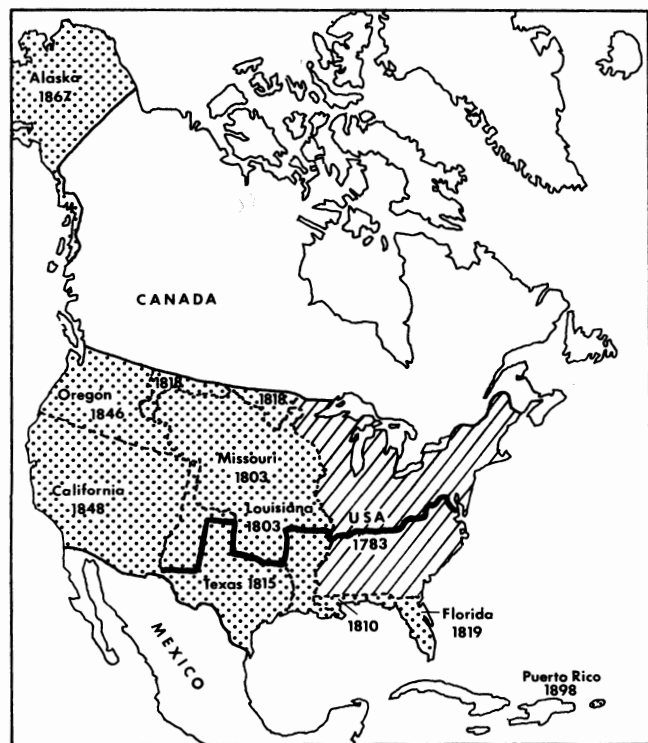
El choque armado fue inevitable y la guerra se dilató desde 1861 a 1865: no obstante la disparidad de fuerzas

puestas en el campo por los dos contendientes (2 millones de soldados los nordistas, 850.000 los sudistas) estos últimos llevaron ventaja hasta 1863. Una hábil jugada política de Lincoln contribuyó a dar la vuelta a la suerte del conflicto: proclamó la abolición de la esclavitud en los estados rebeldes esperando romper la resistencia económica y haciendo asumir a la guerra un aspecto ideológico-humanitario que inicialmente no tenía. Los Estados del Sur, hacia los que hasta aquel momento se habían dirigido la simpatía y la ayuda de las mayores potencias europeas y, sobre todo, de Inglaterra, celosa de los progresos industriales del Norte, se encontraron aislados y debilitados por la potencia industrial enemiga. En el verano de 1863 todo el curso del Mississippi estaba controlado por los nordistas del general *Grant* y la Confederación estaba prácticamente cortada en dos. Ahogada por el bloqueo naval, cercada por los nordistas que avanzaban y pasaban a hierro y fuego ciudades y plantaciones, el 19 de abril de 1865 las tropas del general *Lee* eran obligadas a la rendición. El asesinato del presidente Lincoln por parte de un fanático sudista constituyó el trágico epílogo de una guerra cruentísima, combatida con extremo encarnizamiento (en ella perecieron 617.000 soldados) que sembró odios y dividió al pueblo americano poniendo sobre el tapete una serie de problemas, muchos de los cuales, como el racial, no se han resuelto todavía hoy.

La recuperación duró alrededor de veinte años: una nueva oleada migratoria hacia el oeste arrebató a los pieles rojas —que fueron prácticamente exterminados— el inmenso y fértil Middle West; se descubrieron yacimientos de hierro, de carbón, de petróleo; se intensificaron las vías de comunicación (en 1869 entró en funcionamiento el ferrocarril que une Nueva York con San Francisco); se construyeron gigantescas ciudades en las que se extendió rápidamente un importantísimo aparato industrial, concentrado en pocos *trust* (Morgan, Rockefeller, Vanderbilt, Carnegie, etc.) que llegaron a controlar muy pronto la economía y la propia política del país. Es significativo que en 1913 sólo el 2% de los americanos

ganasen el 60% de la renta nacional, como es significativo el incremento demográfico registrado por los Estados Unidos, verdadero crisol de las más dispares poblaciones emigradas de Europa y de Asia: los 5 millones de americanos de 1800 se habían convertido en 23 en 1860 y llegaron a 75 en 1900.

Expansión territorial de Estados Unidos en el siglo XIX



 Territorios de Estados Unidos al proclamarse la independencia (1783)  Territorios anexados en el siglo XIX

 Frontera inicial entre el Norte y Sur

Hacia 1895 los Estados Unidos —que desde 1867 habían adquirido Alaska a Rusia— estaban prontos para saltar a la escena internacional, después de haber puesto una pesada hipoteca financiera sobre América centro-meridional: la primera conferencia panamericana (1889) había confirmado oficialmente la aspiración de los Estados Unidos de situarse a la cabeza de todo el continente. La política del «gran garrote» encontraba abiertos defensores en los presidentes Mckinley, Teodoro Roosevelt y Taft, los cuales transformaron, con la amenaza de las armas, las inversiones financieras en protectorados propiamente dichos. En aquellos años fueron sometidos a la economía americana México, Brasil (donde en 1889 se había proclamado la república), Argentina (una de las zonas agrícolas más ricas del continente americano) y Chile, que, por haber vencido en la guerra del Pacífico a Bolivia y Perú (1879-1884), temía la venganza de sus dos adversarios y tenía necesidad de capitales para explotar los yacimientos de salitre.

Con la guerra contra España, en 1898, los Estados Unidos obtienen Puerto Rico, bases militares en Cuba, vastas posesiones en Oceanía, y las Filipinas. En 1903 alientan una revolución en la zona de Panamá y logran separar este territorio de Colombia y asegurárselo: pueden proceder a la construcción de un canal que poniendo en comunicación el Atlántico con el Pacífico constituirá una zona clave de inmensa importancia estratégica (1914).

En el mismo período intervienen en la política interna de México, donde en 1910 ha estallado, contra la dictadura de treinta años de Porfirio Díaz, una revolución democrática-burguesa que se ha transformado en un vasto movimiento campesino populista bajo la dirección de jefes *peones*, como *Zapata* y *Pancho Villa*, que piden la distribución de la tierra a quien la trabaja. Los Estados Unidos apoyaron en un primer momento la revolución y, después, cuando ésta pareció radicalizarse la combatieron incluso con intervenciones militares (1916 y 1917) para eliminar el

peligro de nacionalización de los yacimientos petrolíferos monopolizados por las compañías americanas.

La victoria sobre España y la conquista de las Filipinas ponen al alcance de la mano de los Estados Unidos —que entran así en conflicto con Rusia, Japón y Alemania— también los mercados del Extremo Oriente.

Precisamente hacia 1895 también Japón se asomaba a la política internacional. Después de haber sido obligado en 1854 a abrir los propios puertos al comercio occidental con la consecuencia de provocar graves desequilibrios en su ya frágil economía, era reanudada con extremo vigor la lucha contra la alta feudalidad (el *shogunado*), que dejando al emperador, aun cuando lo venerasen como a un dios, ejercía un opresivo poder sobre los nobles menores, los *samurai*, y sobre los campesinos tiranizados por tasas y gravámenes de todas clases. El movimiento, sobre el que el componente religioso, el shintoísmo, ejercía una influencia decisiva, pronto logró la victoria y en 1868 el emperador *Mutsuhito* era reintegrado como jefe efectivo del estado y ponía la capital en Tokio. Bajo su guía se abolía la organización feudal, se introducía el servicio militar obligatorio, se reformaban radicalmente, según los criterios europeos, la enseñanza, la imprenta, el derecho, el sistema de comunicaciones, las finanzas estatales y la economía del país. La rápida industrialización, debida a la afirmación de una sólida y laboriosa pequeña burguesía ciudadana y a la concentración de los capitales en las manos de pocas familias abiertas a los influjos occidentales y deseosas de renovar y potenciar a Japón, el notabilísimo aumento demográfico (la población pasaba entre 1872 y 1915 de 33 a 54 millones de habitantes) hacían salir a este país de su aislamiento. La meta de Tokio es el continente asiático y Corea, un puente natural entre el archipiélago y China.

En 1894 cuando las aspiraciones se concretaron en verdaderas acciones militares, el ejército chino tuvo que intervenir en ayuda de Corea.

Japón no esperaba otra cosa e infligió una grave derrota a China que fue obligada a suscribir un humillante tratado por el que cedía Formosa y Port Arthur a Japón y reconocía la independencia de Corea, por entonces abierta a la influencia de Tokio (1895).

VIII. LA SOCIEDAD Y LA CULTURA EN EL SIGLO XIX

El nuevo ambiente cultural de Europa

El siglo XVIII había creado la imagen de un hombre liberado, alejado de la opresión oscurantista y de toda superstición, un hombre crítico de la sociedad en que vivía y crítico, incluso, de la validez de su propio pensamiento. El extraordinario avance de las ciencias positivas durante el «siglo de las luces» es una de las consecuencias del concepto nuevo del hombre dirigido por la razón. Sin embargo esta concepción parece no tener reflejo en la vertiente cultural. Es el siglo XIX el que se va a encargar de impulsar el movimiento o los movimientos culturales necesarios para dotar al hombre liberado del s. XVIII de un bagaje cultural digno de su madurez. Estos movimientos reciben generalmente los nombres de *romanticismo* y *realismo*.

Se puede decir que con la Revolución francesa y la pacífica evolución política inglesa, los privilegios de la nobleza pierden casi toda su vigencia y una burguesía liberal empieza a imponer su mentalidad no sólo en esas dos naciones sino también en el resto de Europa.

Estos aires de libertad traen dos consecuencias políticas importantes dentro de Europa: la creación de la unidad italiana y el rápido ascenso del poder de Prusia. Respecto a Italia, las dos primeras ideas extremas, la unidad bajo el Papa Pío IX y la unidad republicana no se

realizaron, pero los italianos conseguirían su unidad política por un tercer camino, el de la monarquía saboyana. Primero, con la ayuda de Francia, Víctor Manuel II y Cavour obtienen la Lombardía, luego Po y Toscana y Luego Nápoles por obra de Garibaldi. Más tarde la alianza con Prusia pondría en sus manos Venecia y, finalmente, Roma (1870). Era la obra política del hombre «liberado» de la revolución francesa. El rey de Saboya era en realidad un mero símbolo, un estandarte necesario para que la burguesía consiguiera desbancar definitivamente a la nobleza eclesiástica y civil encastillada tras el papado y el imperio austriaco.

La segunda consecuencia, la aparición de la potencia prusiana, parece que no tiene nada que ver con el concepto del hombre libre y racionalista creado en el siglo XVIII. De hecho la política prusiana no decanta en un régimen parlamentario libre. Sin embargo la ascensión del poder prusiano hasta desembocar en un imperio (II Reich bajo Guillermo I) sigue siendo un fenómeno debido al triunfo de la burguesía sobre la nobleza, de la razón sobre la superstición y del trabajo sobre los títulos. El triunfo de Prusia sobre Francia y la caída del imperio francés de Napoleón III (1870) suponen a pesar de todo un paso más en la dirección del Estado democrático, hacia la Monarquía Constitucional. Los pilares fundamentales se van asentando con firmeza al menos teóricamente. Estos pilares son: la libertad de pensamiento, de reunión y de asociación sin distinciones por razón de nacimiento o fortuna; la preeminencia del Parlamento donde reside la soberanía nacional; la Monarquía como moderadora. El rey tiene todavía una función importante que realizar como moderador y mediador entre el Parlamento y el gobierno. Como órganos de opinión nacen los Partidos políticos que nacieron en cierto modo ya en el s. XVII en Inglaterra pero que llegan a Europa con un notable bagaje de perfeccionamiento realizado en los Estados Unidos. En Europa se forman tres tendencias suficientemente diversificadas: la de los conservadores, la de los liberales y la de los demócratas o socialdemócratas.

Poco a poco se va implantando en todas las naciones el sufragio universal aunque no siempre los Parlamentos conservan toda su libertad. La idea de que la sociedad, tal como existe, no es justa se va abriendo camino. La nueva industria, las grandes fábricas, van atrayendo obreros y creando la abierta y evidente oposición entre explotadores y explotados. Y sin embargo la explotación del esfuerzo humano es todavía más extensa en el campo. El mayor número de trabajadores vive todavía de las labores del campo. Pero la vida del campo es muy diversa según se trate de propietarios o de jornaleros o renteros. La pobreza lleva a estos a mantenerse en un arcaísmo o atraso rural sujetos a una ignorancia mucho mayor que la del obrero industrial y sin medios para adquirir conciencia de su situación y para conjuntarse en organizaciones que podríamos llamar ya pre-sindicales. Todavía a mediados del siglo XIX se puede afirmar que el verdadero paria social de Europa no es el obrero industrial sino el campesino. Sin embargo la idea del socialismo va tomando cuerpo de forma más o menos idealista. Así Saint Simon (1760-1825) postula un nuevo orden social bajo la dirección de hombres sabios y justos mientras que Fourier (1772-1837) concreta las nuevas organizaciones sociales en colectividades de 500 familias o falansterios. El inglés Robert Owen (1771-1858) pasa de la teoría a la práctica, deja su actividad industrial como fabricante de tejidos en Manchester y crea en los EE.UU. cooperativas de producción. Se crean en Inglaterra las *Trade Unions* y en 1864 se llega a la primera Internacional.

Ya se comprende que el puro clasicismo o el racionalismo frío no podían ser una expresión adecuada para este nuevo hombre europeo en cuya mente pululaban las ideas de liberación política (derecho al voto), de liberación social (igualdad, justicia social) y de individualismo personal en contra de la mecanización de las relaciones humanas.

El romanticismo

Fue en Alemania donde surgió una nueva corriente literaria que reaccionaba vigorosamente contra la rigidez de las reglas clásicas, especialmente del teatro francés. Conocido con el nombre bien significativo de *Sturm und Drang* (Tempestad y Empuje) un grupo de escritores y pensadores alemanes abogaron por la libertad del genio y por la destrucción de los convencionalismos clásicos. El *Sturm und Drang* no es el romanticismo pero es su preludio. Por su parte, W. Goethe, con su obra *Werther*, estaba dando un vuelco a la sensibilidad de lectores y escritores no sólo en Alemania sino en Europa entera.

El romanticismo propiamente dicho comienza por dominios exclusivamente literarios a finales del siglo XVIII pero pronto se extiende a todos los otros dominios de la cultura. El romanticismo es un movimiento lo suficientemente complejo como para no poder ser definido con una fórmula fija. La palabra misma viene, como se sabe, de *román* que originariamente se empleó para la lengua vulgar o romance «en román paladino, en el cual suele el hombre hablar a su vecino», luego se empleó la palabra romance para las composiciones o relatos en verso. Fue Federico Schlegel quien aplicó la palabra «romántico» (*romantisch*) a toda la literatura que se oponía a la clásica y a su herencia moderna como era la clasicista francesa. Pronto esta aversión estética hacia el *clasicismo* francés, hallaría motivos para convertirse en aversión política contra el imperio napoleónico dando lugar a la exaltación nacionalista en toda Europa y América. El romanticismo es, pues, un fenómeno múltiple que no se circunscribe a la Literatura aunque en ella encuentra tal vez su mejor y más fácil expresión. Nace con un ansia de perfección universal y de horizonte infinito imposible de abarcar. F. Schlegel dice que la poesía romántica «es una progresiva y universal poesía. Quiere y debe mezclar poesía y prosa, genialidad y crítica, poesía natural y poesía artística, hacer la poesía viva y amistosa y poética la vida y la sociedad, poetizar el chiste y llenar las formas del arte con sólido

material de toda especie, saciarlas y animarlas con las vibraciones del humor». Nada menos. Pero no olvidemos que estamos en la edad de oro de la Literatura alemana cuando conviven Goethe, Schiller, Hölderling, Fichte, Schleiermacher, Hegel y una pléyade de poetas con nombres como Novalis (Friedrich von Hardenberg) o E. Th. A. Hoffmann. En este horizonte nada puede parecer imposible. Como diría Hölderling en el Himno a los poetas:

Doch uns gebührt es, unter Gottes Gewittern,
Ihr Dichter! mit entblössten Haupte zu stehen
Des Vaters Strahl, ihn selbst, mit eigener Hand
zu fassen, und dem Volk ins Lied
Gehüllt die himmlische Gabe zu reichen

(= A nosotros nos toca, oh poetas, estar de pie con la cabeza descubierta bajo las tormentas de Dios, agarrar con la mano el rayo del Padre, a él mismo y, envuelto en canto, entregar al pueblo el don celestial». El poeta, pues, no tiene limitaciones y puede llegar a todo).

Los primeros románticos alemanes como L. Tieck y W. Wackenroder traen a la literatura una nueva percepción de sus paisajes natales, una percepción empapada en sentimientos; una nueva percepción de la Edad Media alemana denostada por el racionalismo, llena de comprensión y de idealización. Respecto a las artes, por ejemplo, de la pintura y de la música, los románticos se acercan a ellas no con el raciocinio sino con el sentimiento. Federico Schlegel es el teórico de este primer romanticismo. Para él la Antigüedad clásica es ya una unidad perfecta e irrepetible en un nivel cultural encerrado aún en lo finito, en la medida de naturaleza y espíritu previo al cristianismo. Una vez que llega éste, se rompe por así decirlo el equilibrio entre finito e infinito, naturaleza y espíritu, condicionado e incondicionado, etc. Por eso el fin del arte es ya la libre subjetividad no la armonía natural; el fin es transformar la realidad en poesía, en una función del infinito (del alma, del espíritu): Shakespeare, Calderón, Cervantes, Dante, etc. son sus genios literarios favoritos. El romanticismo pone, en efecto, todo lo real y externo en relación con el

mundo interior del escritor o también proyecta al exterior ese mundo interno unificando en cierto modo lo finito con lo infinito. Por eso el romanticismo exalta también el espíritu religioso porque en él lo intramundano se proyecta hacia el infinito. La fantasía es absolutamente libre y nada le debe marcar límites, ni las formas literarias ni las reglas de versificación. En cierto modo, el primer romanticismo alemán es el hijo del Yo trascendental de Fichte y de su libertad moral como principio creador del espíritu. Luego llegaría con Nietzsche una nueva interpretación de la Antigüedad clásica griega exaltando lo dionisiaco sobre lo apolíneo, lo órfico y orgiástico sobre la *sofrosyne*.

Alemania

Los románticos alemanes forman grupos que se reúnen en varias ciudades. Así en Jena encontramos al dramaturgo y novelista Tieck, al músico y poeta Wackenroder, a los críticos e historiadores hermanos Schlegel y a Novalis. En Heidelberg se reúnen bajo el liderazgo espiritual de Joham Joseph Görres (1776-1848), el novelista Achim von Arnim, los cuentistas Clemens von Brentano y los más famosos Grimm y el jurista F. de Savigny, entre los principales. En Berlín existen también diversos cenáculos, generalmente reunidos en torno a alguna dama amiga de las letras y las artes. E.Th.A. Hoffmann, Heinrich Kleist y Joseph von Eichendorff. Todos estos grupos cultivan la nostalgia de una Alemania del pasado, la Alemania de las leyendas medievales, la de los sueños poéticos. Porque la poesía es para los románticos la cúpula de todo el templo del arte, la que rompe el muro que separa lo finito del infinito, la vida de la muerte y la muerte de la vida eterna. Hay en todos ellos, llámense Novalis, von Arnim o Brentano, un extremado gusto por lo maravilloso, por lo que va más allá de lo natural.

Entre los poetas románticos de más eco internacional debemos dedicar atención especial, naturalmente, a Novalis y a Hoffmann. *Novalis* (1772-1801). Su breve vida y

su poesía están marcadas por la muerte de su novia, una adolescente. Novalis se adentra en el misterio del sueño y de la muerte. La primitiva catolicidad idealizada, antes de la Reforma y de Trento con su «presencia universal en la vida, su amor al arte, con su profunda humanidad... con su alegría en la pobreza, obediencia y fidelidad... se convirtió en su refugio espiritual». Se trata de un cristianismo más allá del protestantismo y del catolicismo tridentino. La poesía es la que descubre el misterio de la vida, la que rompe los muros que separan lo finito e infinito, la realidad y la fantasía. Ella absorbe toda la literatura porque también la novela o cualquier tipo de prosa son creación, son mitología de la historia o fantasía de la realidad. *Ernst Theodor Wilhelm Hoffmann* que cambió su tercer nombre por Amadeus como testimonio de su admiración por Mozart, fue músico (escribió lieder, música de cámara, para piano, etc.) pero sobre todo fue un escritor de cuentos en los que la fina observación de la realidad no le impide al autor desplegar una gran imaginación y adentrarse en el campo de los sueños. Offenbach escribiría una ópera *Cuentos de Hoffmann* con reminiscencias de algunas de sus escenas y Chaikowski haría un ballet de su cuento *Cascanueces y el rey de las ratas*. Hoffmann es un ejemplo de la cercanía de la literatura y la música romántica, ambas en el signo de la libertad y espontaneidad. Como genial representante del último romanticismo alemán no podemos olvidar a *Heinrich Heine* (1797-1856) que lleva ya en sí la escisión entre fantasía y realidad. Heine reúne en sí una profunda sensibilidad romántica pero al mismo tiempo es tributario del racionalismo que le lleva a una oposición al Estado y a la Iglesia (Heine era un judío convertido al cristianismo), influido por igual por el idealismo de un Hegel y por el socialismo de Saint-Simon. Con Heine cobra fuerza en Alemania una manera de entender la literatura no como algo distanciado de la realidad concreta cotidiana sino como algo que debe estar al servicio de la renovación ética, social y política. Heine es uno de los principales mentores de la *Joven Alemania*, movimiento liberal-revolucionario que rompía externa-

mente con el romanticismo pero que estaba firmemente arraigado en él. Por eso no es extraño que junto a la poesía se escribiese y se tocase música como un elemento de la liberación del espíritu. Los cuentos en los que quedaba borrada la frontera entre el sueño y la realidad eran un buen asunto para la música romántica. Alemania es también la cuna del romanticismo musical. Si Beethoven puede ser considerado como el último gran clásico de la música, Schubert y Weber pueden ser los iniciadores de la nueva época. Carl Maria Weber inicia la ópera romántica alemana con *Der Freischütz* (El cazador furtivo), *Euryanthe*, etc. Franz Schubert pone la gracia vienesa en sus *Lieder*; *el rey de los Elfos*, *La bella molinera*, etc. pero también en sus *marchas y divertimientos*, óperas y diversas piezas de todo género en una casi increíble producción en un compositor que murió a los 31 años. Pero Weber y Schubert se sentían aún muy ligados a las formas tradicionales de la música como la sinfonía y la sonata que exigen una disciplina. Luego vendrá el esplendor de la música romántica buscando formas más libres y expresando más abiertamente los sentimientos con Schumann, Wagner, Mendelssohn y Brahms. Los dos pilares de la música romántica alemana siguen siendo los *lieder* y el drama musical. En los *lieder* sobresalieron, después de Beethoven, Schubert, Schumann y Mendelssohn mientras que en el drama musical nadie llegó a la perfección de R. Wagner. El fue quien unió literatura, música y leyenda en una unidad estremecedora y grandiosa de valor universal. Desde el último cuarto del siglo XVIII hasta la mitad del XIX, la vida cultural alemana alcanza sus más altas cotas especialmente en la literatura y la música. La mejor expresión del alma alemana la ha dado tal vez el Romanticismo.

Inglaterra

Gran Bretaña es otra nación, en la que, al igual que en Alemania, el movimiento romántico aparece y toma fuerza antes que en las otras naciones europeas.

William Wordsworth (1770-850) había pasado su niñez en la región montañosa de los lagos al NO de Inglaterra. Vivió algún tiempo en Francia donde se entusiasma con la revolución. Viajó por Italia y luego, en compañía de su amigo Coleridge (1772-834) por Alemania donde percibió las nuevas tendencias poéticas. En 1799 se estableció en la región de los Lagos (*Lake District*). En 1798 publicó con Coleridge «*Lyrical ballads*» con lo que empieza el romanticismo en Inglaterra. En el prólogo a la segunda edición dice que el objeto de la Poesía debe ser la vida sencilla, natural, no deformada por la razón. El lenguaje, sencillo, de conversación. Pero el florecimiento romántico inglés se debe no a los *lakistas* sino a los tres grandes poetas Byron, Shelley y Keats.

George Gordon *lord Byron*, aristócrata de esmerada educación; su vida privada suscitó enorme escándalo en Inglaterra de donde fue expulsado a causa de la separación de su mujer. Para entonces había publicado ya *Horas de ocio*, su primer libro de poemas y los dos primeros cantos de la *Peregrinación de Childe Harold*, después de un largo viaje por España, Portugal, Grecia, Alemania, Suiza. La peregrinación es en realidad un puro pretexto para expresar su intimidad unas veces con lirismo otras con ironía, cinismo, retórica o polémica según los casos. Byron es, como se ha dicho, el caso raro de un dandy que, sin dejar de serlo, fue un activista. La muerte, por una peste en Missolonghi, le alcanzó cuando se empleaba en ayudar al pueblo griego contra los turcos. Pero lord Byron mantuvo siempre aquella «clara conciencia del Poder y del Genio» que descubrió en él Stendhal cuando le vio en la *Scala* de Milán. Sin embargo bajo ese «divino sello de sus rasgos» (Stendhal) estaba «el más maravilloso talento nacido para su propio tormento», según le vio Goethe a través del *Manfred* del poeta británico.

Amigo suyo y gran poeta fue Percy Bysshe *Shelley* (1792-822) y casi igual a él en el escándalo. Fue expulsado de la Universidad de Oxford por un panfleto titulado *La necesidad del ateísmo*; arrojado de la casa paterna, vivió

algún tiempo de las ayudas ocultas de sus hermanas. Casado con una amiga de éstas, la abandonó para casarse con la hija del filósofo novelista, anarquista Godwin a quien Shelley admiraba. Su obra lírica: *Oda al viento Oeste, Oda a una alondra, Oda a Nápoles* le coloca en la cima de la poesía romántica inglesa. Con *Prometeo liberado* crea la tragedia de exaltación de la libertad del hombre. «Prometeo es, en cierta medida, el tipo de la máxima perfección de la naturaleza moral e intelectual, empujado a la finalidad más noble y mejor por los motivos más puros y verdaderos». Así lo ve Shelley porque para él Prometeo es símbolo de la liberación humana de todas sus servidumbres. Shelley deseó morir en el mar y Dios le cumplió el deseo. Su yate *Ariel* fue hundido por la tormenta frente a la bahía de Spezia y el cadáver de Shelley fue encontrado unos días más tarde en la orilla. Sus cenizas fueron enterradas en Roma cerca de otro poeta inglés y gran amigo, Keats.

John Keats (1795-821), de origen humilde, tuvo que autoformarse con lecturas en los tiempos que su ocupación como practicante de cirugía le dejaba libre. No es larga la lista de sus obras como tampoco fue larga su vida pero su *Endymion*, o sus Odas como la *Oda a una urna griega, Oda al otoño*, o sus poemas de ambiente medieval son suficientes para reservarle un puesto de preeminencia y contarle entre los tres grandes del romanticismo inglés.

Con el romanticismo nace para el mundo la literatura norteamericana. Nombres como Washington Irving (1783-859), Fenimore Cooper (1789-851) y Edgar Allan Poe (1809-849) pertenecen ya no sólo a América sino a la mejor literatura universal.

Francia

El país por antonomasia del neoclasicismo, despierta tarde al romanticismo, tal vez por aquello de que *cuando las armas suenan callan las musas*, sin embargo el siglo XIX daría en Francia grandes escritores románticos. Como

inicio del romanticismo francés se toma generalmente el año 1820, año en que Alphonse de Lamartine (1790-869) publica sus *Meditaciones poéticas*, Alfredo de Vigny (1797-863) y Alfredo de Musset (1810-857) trajeron a la poesía el sentimiento y la pasión que le faltó al clasicismo. Pero sobre ellos, no por la calidad de la poesía pero sí por la fuerza de la genialidad brillarían *François René Vizconde de Chateaubriand* (1768-848) y *Víctor Hugo* (1802-885), con los que Francia volvió a influir en el romanticismo europeo, especialmente en el de los países latinos. *El genio del Cristianismo* y figuras como *Atala* o *René* expanden por Europa el gusto por las tierras lejanas, la admiración por el holocausto de *Atala* o por la eterna insatisfacción de *René*.

Víctor Hugo haría penetrar en el teatro geométrico de la ilustración francesa la tormenta de la pasión. Su *Hernani* supone el triunfo del romanticismo escénico. Pero Víctor Hugo no se ciñe al teatro, aborda la poesía en odas y baladas y cultiva la novela en *Nuestra Señora de París* y *Los miserables* para citar sólo las de mayor éxito.

Italia

En Italia el romanticismo adquiere un sello especial por la situación política de disgregación y sometimiento en que se halla la nación. Así el romanticismo italiano se distingue por su sentimiento patriótico apasionado que había de alumbrar una Italia unida. Políticamente es la hora del «Risorgimento», aunque precisamente Leopardi mostraría poco aprecio por él.

Las grandes figuras del romanticismo italiano son *Alessandro Manzoni* (1785-873) que con *Los Novios* alcanzó la cima de la novela romántica italiana y *Giacomo Leopardi* (1798-837) que sólo alcanzará gloria después de muerto. Su vida fue corta, difícil, dolorosa síquicamente. No es extraño que el tema dominante de su lírica sea la infelicidad humana, porque Leopardi está siempre describiendo un momento de su tensión espiritual, de su tristeza

radical y sin remedio porque el poeta no admite en sí la luz y el equilibrio que a Manzoni le llega de su fe católica y, por otra parte, la naturaleza sólo le ofrece enemistad:

O natura, o natura
perché non rendi poi
quel che prometti allor?
perché di tanto inganni i figli tuoi?

Pero Manzoni y Leopardi coinciden en el sentimiento profundo del paisaje que les rodea y en la interiorización de todos los aspectos de la vida concreta. Por lo demás, el romanticismo tuvo en todas partes dos vertientes distintas. Por un lado el tradicional y religioso que podría estar representado por Chateaubriand, W. Scott, Novalis... y por otro el liberal-revolucionario (revolucionario estético no necesariamente político) de un V. Hugo, lord Byron, Espronceda, Heine, etc.

España

En España se suele citar como primera gran obra romántica *La Conjuración de Venecia* de Francisco Martínez de la Rosa (1787-1862) y que se estrenó el 23 de abril de 1834. Se trata de una obra inspirada en un hecho histórico medieval en Venecia. En realidad el tema medieval nunca estuvo ausente de las tablas españolas pero aquí hay ya un sentimiento profundo y una especie de regodeo en la tragedia. La escenificación es también típicamente romántica acumulando sombras y misteriosas luces de cementerio. Martínez de la Rosa fue sin embargo un enamorado del clasicismo y especialmente del teatro griego. Más romántico, en el orden personal, fue Larra aunque su obra literaria sea menos romántica y más cercana a la crítica de corte realista moderno que casi enlaza con la de la generación del 98. Mientras se estrenaba *La Conjuración de Venecia* de Martínez de la Rosa y el *Macías* de Larra, Angel Saavedra, duque de Rivas escribía el primer poema romántico sobre un tema clásico de la edad media española: los infantes de Lara. *El moro*

expósito nos presenta una figura del bastardo Mudarra llena de nostalgia por su tierra y por sus gentes. Pero la obra culminante del duque es *Don Alvaro o la fuerza del sino*. Don Alvaro incorpora el triunfo del destino sobre el amor. Un aire de rebelión sopla incluso en esa mezcla de metros distintos y aun de prosa y verso en una misma escena. Lo trágico y lo cómico, lo sublime y lo extravagante, todo está unido en *Don Alvaro*. Su final antes de precipitarse en el abismo es típicamente romántico por su desesperación y por su insolencia: «yo soy un enviado del infierno, soy el demonio exterminador... Huid, miserables. Infierno, abre tu boca y trágame. Húndase el cielo, perezca la raza humana; ¡exterminio, destrucción...! Pero el P. Guardián y los frailes terminan la obra con la petición ¡Misericordia, Señor, misericordia!.

Otros dramas clásicos del romanticismo español son *El Trovador* de Antonio García Gutiérrez (1813-84) que alcanzó un éxito inusitado y, también inmerecido, en su tiempo, pero que mereció la música de Verdi, *Los amantes de Teruel* de Juan Eugenio de Hartzenbusch (1806-80) y *Don Juan Tenorio* de José Zorrilla.

La lírica romántica española está representada sobre todo por Espronceda (1808-1842) que ya en su vida misma es un auténtico ejemplo de personaje romántico. Desde joven se apuntó a la sociedad de los «Numantinos», una especie de sociedad secreta para andar por casa, en cuyas sesiones aparecían los socios «envueltos en ropones negros o en capas oscuras, con el rostro cubierto por una careta veneciana y, por descontado, al menos con algún arma blanca en la mano». El sótano oscuro iluminado con lámparas rojas y alimentado con espíritu de vino y con abundantes calaveras en las paredes era un digno ambiente para las soflamas tan ardientes como ingenuas que allí se recitaban. El amor pasional de su vida quedó eternizado en el *Canto a Teresa*; la rebeldía romántica en la figura de Félix de Montemar de *El Estudiante de Salamanca*:

alma rebelde que el temor no espanta,
hollada sí, pero jamás vencida

que no duda en pedir cuentas a Dios
a Dios llama ante él a darle cuenta
y descubrir su inmensidad interna
porque el buen romántico que es Espronceda no puede
encerrarse en una «cárcel de la vida» con estrechos
límites. Espronceda se siente sin duda retratado cuando
escribe:

«grandiosa, satánica figura
alta la frente, Montemar camina,
espíritu sublime en su locura
provocando la cólera divina».

Si a Espronceda se le ha llamado el Byron español por su exaltación del espíritu de independencia, a Gustavo Adolfo Bécquer (1836-70) se le podría calificar de Heine español. La rebeldía de Espronceda se convierte en Bécquer en intimidad delicada, en melancolía resignada, en luz pero de crepúsculo vespertino. En línea similar aunque menos trágica, se encuentra la poetisa gallega Rosalía de Castro (1837-85). En cambio Zorrilla representa en nuestro romanticismo la corriente de tradición patriótica a veces profundamente sentida y otras veces un tanto retórica.

Realismo y naturalismo

El romanticismo fue una reacción necesaria contra la excesiva rigidez del clasicismo dieciochesco. Fue la rebelión de la espontaneidad aherrojada por las reglas del genio postergado o sacrificado a la «perfección clásica». Aunque el concepto mismo de «realismo» es difícil de precisar, es fácil comprender a qué nos referimos en el presente contexto cuando empleamos esa palabra. Se trata del estilo literario y artístico que domina en el período que va desde el romanticismo hasta el simbolismo. Los ingleses la denominan *Literatura victoriana* y los italianos *verismo* pero lo que se viene a significar es lo mismo. Hacia 1800 se hace notar, especialmente en Francia, cierto cansancio por el exceso de imaginación y de sentimentalismo tanto en la poesía como en la narrativa.

Ya Balzac había hecho un esfuerzo por acercarse a la realidad que el romanticismo había evitado pero Balzac se adueña de la realidad, la juzga, la desnuda y dirige sus destinos. Balzac domina totalmente a los personajes de sus novelas como un Dios omnisciente que sabe lo que les va a suceder. El realismo no. El narrador se pone a la altura del lector y de los personajes fingidos, representa la comedia de la ignorancia y deja actuar a sus héroes, los hace hablar y en esos diálogos está en realidad la acción. Las descripciones sólo quieren ser una ayuda para mejor comprender la situación, sea por el escenario que se presenta, sea por la figura de los personajes cuyos rostros, gestos, vestidos, etc., son simplemente la realidad total que el escritor, como espectador privilegiado, puede permitirse presentarnos.

El verdadero realismo francés tiene su representante primero en la novela *Madame Bovary* de Gustavo Flaubert. Con él empieza la novelística francesa el camino de la modernidad que llegaría al «naturalismo» con Emilio Zola. El paso del romanticismo en la literatura inglesa tiene nombres como Tackeray y Dickens en Inglaterra y E.A. Poe y H. Melville en los Estados Unidos.

Inglaterra completaba en la llamada época victoriana (la reina Victoria reinó desde 1837 a 1901) una revolución social que tomó fuerza con la invención de la máquina de vapor de James Watt y que alcanzaba su cénit en 1832 con la concesión del voto a la burguesía. Era una revolución menos ruidosa que la francesa pero eficaz. Inglaterra dejaba de ser un país agrícola para convertirse en otro industrial. La burguesía que había tomado puestos influyentes se sintió poco inclinada a las teorías revolucionarias y más dispuestas a seguir las teorías utilitaristas de Bentham, David, Ricardo o Malthus. Con este espíritu práctico, Inglaterra venció a Napoleón y se hizo dueña de los mares. Este *realismo* que Inglaterra practicaba en política tuvo eco en la literatura narrativa primeramente en la obra de Carlos Dickens (1812-70) pero la «revolución» literaria victoriana sería también poco violenta, es

decir, no abiertamente antirromántica sino abierta a la realidad, pero sin cerrarse al sentimiento.

No es que Ch. Dickens sea novelista moderno. Su técnica de mirar la Humanidad en blanco y negro dividiéndola en *buenos* y *malos* puede parecernos hoy excesivamente infantil y con razón. Pero en Dickens encontramos siempre un contacto verdadero con la realidad. Dickens lleva siempre consigo al niño pobre que fue y comparte los sentimientos de los pobres y despreciados. Ve los problemas sociales y fustiga a los poderosos empleando a veces y, abusando incluso, del sentimentalismo y del melodrama. Pero hay en Dickens otro ingrediente que suaviza las amargas invectivas: el humor. Con *Los papeles del Club Pickwick*, *David Copperfield*, etc. comienza en realidad el posromanticismo y no sólo en Inglaterra sino también en toda Europa. Las obras de Dickens hallan casi tanto eco en el continente como en la isla. Pero es en Francia donde la reacción antirromántica realista encuentra las figuras más señeras. Además del gigante Balzac, Alejandro Dumas padre (1803-1870) entusiasmaría a Europa con *Los tres mosqueteros* y el *Conde de Montecristo*. El realismo desembocaría enseguida con Emilio Zola (1840-1902), en el naturalismo que el propio escritor se esforzó en definir y explicar. «El naturalismo es la vuelta a la naturaleza». Zola quería hacer en la literatura lo que los científicos habían hecho en física, fisiología, medicina, etc. «El naturalismo en las letras es igualmente el retorno a la naturaleza y al hombre, a la observación directa, a la anatomía exacta, a la aceptación y a la pintura de lo que es...

Nada ya de personajes abstractos en las obras, nada ya de invenciones falsas, nada de absoluto sino personas reales, la historia verdadera de cada uno...» Es comprensible que el naturalismo fuera considerado por algunos críticos y por buena parte del público aficionado a la literatura, como una síntesis de inmoralidad y de pesimismo o también de negación del espíritu poético y creativo. Sin embargo Zola concebía el naturalismo sólo como un

método. «Para mí la cuestión del talento lo decide todo en literatura... Quienes han hecho el ingenuo descubrimiento de que el naturalismo no era otra cosa que fotografía, tal vez comprenderán que aunque aferrada a la realidad absoluta, sabemos insuflar vida a nuestras producciones. De ahí el estilo personal que es la vida de los libros». Lo que Anatole France dijo de Zola en su entierro: «Zola fue un momento de la conciencia humana» se puede decir también de su naturalismo. Fue un momento de conciencia literaria en que el realismo iniciado unos pocos años antes adquiere su momento culminante para remansarse luego y dar como fruto lo que llamamos la novela contemporánea, menos racionalizada y más multiforme conforme al dicho del propio Zola: «Para mí la cuestión del talento lo decide todo en literatura».

En Italia, el *verismo* surge como influencia francesa (Flaubert, Zola) y bajo el signo del regionalismo con Giovanni Verga que conoce a fondo la vida de su Sicilia natal y la describe con realismo (*verismo*) en *Los Malavoglia* o *Maestro don Gesualdo*. En esta línea se hallan también el calabrés Nicola Misari, el toscano Mario Pratesi o el también siciliano como Verga, Luigi Capuana.

Alemania está en el siglo XIX bajo la influencia de sus pensadores. Todavía Hegel sigue siendo el gran maestro y la influencia de Feuerbach en el pensamiento de políticos y literatos es enorme. En política social Carlos Marx no sólo marca la directriz de un pensamiento nacional sino que también impone la pauta por la que ha de seguir en buena parte el pensamiento internacional y la acción de los elementos llamados progresistas de las naciones industrializadas. Por lo demás Bismarck impone su personalidad y eleva el prusianismo a concepto que se identifica errónea y trágicamente con lo alemán. Desde el punto de vista estrictamente literario, la desaparición de Goethe sigue pesando de un modo notable en los literatos alemanes, primero en sus «epígonos», como se les llama en la Historia alemana y luego en los propios románticos y en las nuevas corrientes realistas. El género que introduce el

realismo en Alemania es ante todo el teatro por obra de autores como Otto Ludwig y, sobre todo, por Friedrich Hebbel (1813-1863) y el austriaco Grillparzer. La novela está representada sobre todo por el suizo Gottfried Keller y su *Der grüne Heinrich* (Enrique el verde). Desde otra vertiente, el realismo llegaba a la investigación histórica de la mano de L. von Ranke, J. Burckhardt y T. Mommsen.

En España el realismo entra en la literatura por las novelas de tema regional como los del santanderino Pereda y adquiere trascendencia y universalidad en Valera, Pérez Galdós, la Pardo Bazán y Pedro Antonio de Alarcón. Valera describe la vida real, sencilla, que le rodea pero imbuyéndola de un halo poético. Penetra delicadamente en los entresijos psicológicos de sus personajes creando un conjunto de paisajes exteriores e interiores que encandila al lector de todos los tiempos. *Pepita Jiménez* o *Juanita la Larga* amalgaman la vida real cotidiana con un halo de poesía y de sentimiento de la mejor ley creando una unidad válida no sólo para sus coetáneos sino también para las generaciones posteriores. Mucho más descuidado en el estilo es sin duda Benito Pérez Galdós, pero sus *Episodios Nacionales*, su *Fortunata y Jacinta* o su *Nazarín* contactan perfectamente con la sensibilidad moderna. Galdós sabe recoger en el «episodio» nacional, en los personajes de la burguesía, de la vida religiosa o del suburbio madrileño eso que hay en ellos de emoción humana, de grandeza hasta en la miseria.

Desde *La Gaviota* de Fernán Caballero (1849) hasta *Nazarín* de Pérez Galdós (1895) la narrativa española recorre un hermoso camino desgajándose del sentimentalismo romántico un poco artificial para implantarse definitivamente en una observación objetiva de los fenómenos naturales y humanos pero para ofrecérmolos desde una perspectiva poética, con pathos aunque sin el patetismo virulento de los románticos.

Manteniéndonos en el terreno literario, tal vez el hecho más notable de este siglo es la entrada de Rusia en la literatura europea y universal, de la mano de Alejandro

Sergievich *Pushkin* (1799-1837). Pushkin está en cierto modo por encima y fuera de las corrientes literarias de moda en su tiempo pero en su vida y en el modo de afrontar sus problemas es hombre de su época. Es romántico y clásico, poeta y prosista. Su vida privada, en cambio, es absolutamente romántica. Se nota en él la influencia de lord Byron y no sólo en su poesía sino también, y muy especialmente, en su inconformismo social. Pushkin cultivaba el intimismo lírico como en *Oda a la libertad*, *Russalka*, etc. donde sin embargo está siempre presente la política. Cultiva el tema histórico ruso en *Boris Godunov* y el de la vida cotidiana de la Rusia de su tiempo —no de la Rusia total y verdadera sino de la de los nobles y afortunados— con *Eugenio Onieguin*. Onieguin podría ser, en efecto, un retrato del propio Pushkin. Noble de nacimiento, inteligente y culto, rebelde e inclinado a resolver por la brava en duelos sus asuntos, como el autor mismo de la obra. Después de Pushkin, es Gogol quien con su *Almas muertas* traza un cuadro realista pero quien de verdad llena el siglo XIX ruso es Fedor Mijailovich *Dostoyevski* (1821-1881) que a través de sus obras —especialmente *Crimen y Castigo* y *Los hermanos Karamazov*— sigue hoy siendo considerado en la novelística universal como uno de los perennes ejemplos de genialidad.

La literatura *escandinava* rompe su aislamiento con los cuentos del danés Andersen (1805-75) en los que predomina la fantasía y con los dramas del noruego *Henrik Ibsen* (1828-1906). Sus dramas más famosos —*Brandt* y *Peer Gint*— fueron escritos en el exilio voluntario de Italia a donde había salido Ibsen como protesta porque Noruega no apoyaba a Dinamarca contra Prusia. Escritos en verso, lo que le aproxima al autor a los románticos, son por su contenido dramas realistas y enlazan con el modernismo teatral posterior.

En *Suecia*, *August Strindberg* (1849-912) introduce en cierto modo el naturalismo con *La Sala roja* cuya crítica de la vida bohemia de Estocolmo le granjeó por una parte un gran éxito como escritor y por otra un buen número de

enemigos. *El hijo de la sirvienta*, en cierto modo autobiográfica aunque indudablemente Strinberg exageró el lado proletario de sus orígenes, explica en buena parte la amargura de sus críticas sociales. Strinberg conoce luego y acepta la doctrina nietzscheana del superhombre pero su fantasía pone un rayo de luz, aunque sea ininteligible, en la realidad desnuda con *El sueño* o *La señorita Julia* que ejercen una profunda influencia en el teatro euroamericano posterior.

El positivismo

En el pensamiento del siglo XIX tuvo una extraordinaria importancia el positivismo entendido como el sistema de pensar que admite únicamente el método experimental y rechaza toda noción a priori y todo concepto universal y absoluto. Surgió en parte al menos como fruto del desgarrar del idealismo hegeliano. Frente a la grandiosa concepción hegeliana, el positivismo significa fundamentalmente la atención prestada en exclusiva a la experiencia, colocándose así en la línea de todos los empirismos, a la vez que, como consecuencia, rechaza cualquier clase de metafísica. Por otra parte, el positivismo nació de la mano de la revolución científico-técnica moderna, sirviéndose mutuamente de estímulo y acicate; era el momento en que las ciencias positivas conseguían colocarse definitivamente al frente del saber.

La función de la filosofía queda reducida a una teoría general de las ciencias. Dos son las tendencias fundamentales del positivismo: el *social*, representado principalmente por Saint-Simon, Comte y Mill, y el *evolucionista*, representado sobre todo por Spencer. El positivismo *social* ha pretendido colocar la ciencia como base de una nueva ordenación social. Esto aparece sobre todo en A. Comte que creyó encontrar en las ciencias positivas la clave para resolver todos los problemas de la humanidad. El núcleo fundamental de su filosofía se halla en la *ley de los tres estadios*, según la cual todas las ramas del saber humano pasan por tres estados, que él denomina teológi-

co o ficticio, metafísico o abstracto y científico o positivo. Sólo el tercero es el definitivo, aunque dentro de su misma línea es posible el progreso. A este tercer estadio no ha llegado aún la totalidad de la cultura humana; de ahí la anarquía intelectual y la crisis social, ya que el orden social se basa en la organización de toda la cultura. Por eso, para lograr una adecuada ordenación, se ha decidido Comte al estudio de la ciencia, ofreciendo una teoría general y una clasificación de las ciencias. Esta teoría de la ciencia ha sido lo más perdurable de su filosofía; según ella, la ciencia pretende sobre todo llegar a la formulación de leyes que permiten prever el curso de los fenómenos y, de esta forma, guiar la acción del hombre respecto de la naturaleza: «ciencia, por tanto previsión; previsión, por tanto acción».

El positivismo evolucionista representado principalmente por Spencer, convirtió en teoría general sobre la realidad las doctrinas biológicas de la evolución orgánica desarrolladas por Lamarck y Darwin. Según Spencer (1820-1903) el conocimiento no trasciende lo fenoménico; pero como base del mundo fenoménico hay una realidad absoluta e incognoscible. De esta forma, es posible la conciliación entre la ciencia, que estudia los fenómenos, y la religión, que se basa en la existencia de una realidad absoluta y misteriosa. La filosofía queda reucida en él a una teoría de la evolución, mientras las diversas ciencias muestran la evolución en su propio campo. La naturaleza está sometida a un proceso evolutivo: en este proceso es el incognoscible lo que se manifiesta. La evolución se rige por unos principios, que Spencer reduce a los siguientes: en ella, la materia pasa del estado de dispersión al de concentración, y, a su vez, la fuerza que ha producido esa concentración se disipa; en la evolución tiene lugar igualmente un proceso de «diferenciación», es decir, de tránsito de lo homogéneo a lo heterogéneo; la evolución es, finalmente, un proceso positivo, es decir, se produce siempre un progreso hacia lo mejor. El positivismo termina, así, en un declarado optimismo, debido a su inquebrantable fe en el progreso.

Dentro del campo *jurídico* el positivismo acepta únicamente las normas procedentes del derecho positivo sin tener en cuenta otros principios jurídicos no legislados. La única realidad normativa existente es para el positivismo la ley estatal cuya aplicación ha de hacerse por pura deducción lógica, sin tener en cuenta factores éticos, sociales, políticos, etc. Con ello se establece una separación absoluta entre el campo jurídico por una parte, y el ético y social por otra. El positivismo jurídico se desarrolló en el siglo XIX con la *Escuela de la exégesis* en Francia y el *pandectismo* y la escuela de Jellinek en Alemania.

El arte en el siglo XIX

Durante la primera mitad del siglo XIX, es decir, en la época propiamente romántica, el arte apenas tiene manifestaciones que se puedan calificar de innovaciones. Tal vez la música constituya una excepción. La arquitectura, por ejemplo, registra una vuelta a estilos del pasado, especialmente hacia los tiempos que el romanticismo admira. Así se produce lo que se ha llamado *estilo neogótico*, que en realidad no pasa de ser una imitación de los monumentos góticos de la Edad media. El neogótico había comenzado ya a finales del XVIII en Inglaterra donde arquitectos como James Wyatt edificaban ya casas, castillos, templos de jardines en este estilo y continuando en el siglo XIX hasta admirar en la catedral de Westminster (1894), obra de Bentley. En Francia, Paul Abadie se inspira en Perigueux y en Angulema para su *Sacré Coeur* de París. En España se empieza la nueva corriente introduciendo en el estilo neoclásico motivos góticos o simplemente exóticos inspirados en la arquitectura bizantina o árabe. Como testimonio mayor del neogótico en España podemos citar la catedral de la Almudena de Madrid realizada por el marqués de Cubas, la iglesia del Buen Pastor, hoy catedral, de San Sebastián cuyo arquitecto es Echave y la basílica de Covadonga, obra de Aparici.

En la pintura, el romanticismo supone un triunfo de la particularidad y de lo pintoresco sobre la forma ideal de

belleza propugnada por el clasicismo y, en general, por las escuelas tradicionales. El color priva sobre la perfección formal, el tema histórico o legendario medieval sobre los modelos clásicos y el de los paisajes románticos. Temas literarios como *Atala*, *Paolo y Francesca* de Dante, *Ossian* o históricos pero no inspirados en las historias clásicas sino en las crónicas medievales son los más tratados por los pintores románticos. Así el máximo representante de la pintura romántica, Delacroix, pinta *La batalla de Poitiers*, *La entrada de los Cruzados en Constantinopla*, etc. En España, destaca entre los paisajistas románticos Jenaro Pérez Villamil (1807-1854), pintor de cámara de Isabel II y viajero infatigable. Federico Madrazo (1815-1894) inicia ya el paso hacia el realismo pero sus temas históricos como la *Proclamación de Godofredo de Buillón* le colocan dentro del romanticismo. Eduardo Cano (1823-97) con sus obras históricas como *Colón en la Rábida*, *Entierro de Don Alvaro de Luna*, *Juan de Austria visitando a Cervantes*, etc. y Mariano Fortuny (1838-74) con sus temas populares como la conocidísima *La Vicaría* son otros ejemplos típicos del romanticismo histórico español.

Las artes plásticas siguen tendencias parecidas a las de la literatura en la segunda mitad del siglo XIX. Si en la literatura los escritores volvieron su mirada hacia lo concreto, en la pintura sucedió otro tanto. La atención de los pintores se concentra en las escenas ordinarias y vulgares de la vida. Un granjero que vuelve del trabajo del campo, unos charcos y unos patos que se bañan en ellos, unos picapedreros (como los tan conocidos de *Courbet*) o unos segadores (como los de *Millet*) pueden constituir un buen tema para estos pintores. Cierta eclecticismos en inspiración y formas trae a la pintura francesa Ernest *Meissonier* con sus escenas de la vida cotidiana como *El flautista* o *Una lectura en casa de Diderot* y con escenas históricas del ciclo de Napoleón I. Un aire de eclecticismos encontramos también en el alemán *Adolph von Menzel* que junto a la pintura de objetos vulgares y cotidianos, de espacios interiores, etc. pinta paisajes y temas históricos como la coronación de Guillermo II.

Suele considerarse que el naturalismo pictórico tiene su inicio y, por así decirlo, su manifiesto en el cuadro *Dejeuner sur l'herbe* (Merienda en el campo) de E. Manet, que aunque no fue admitido en el Salón de exposiciones en 1862, tuvo un gran éxito. Pintar lo que se ve, todo lo que se ve porque todo es igualmente importante. En pintura no hay nada accesorio. Así Degas pintaría incansablemente bailarinas en diversos pasos de danza. La pintura, al igual que la naturaleza misma, es cambio y es luz (Monet, Renoir...).

Si el impresionismo puede ser considerado como un refinamiento del realismo, en los últimos decenios del siglo XIX se produce un nuevo alejamiento del realismo objetivo, por obra sobre todo de *Cézanne* (1839-1906), *Van Gogh* (1853-1890) y *Gauguin* (1853-1903). Estos tres pintores cierran como quien dice el siglo pero al mismo tiempo abren las puertas al siglo XX. La fuerza de síntesis y de abstracción puede en ellos sobre la mera observación de los objetos. Cézanne llega a expresar su idea de este modo extremoso: «todo en la naturaleza está constituido por el cilindro, la esfera y el cono». Pero, naturalmente, todo para Cézanne y sus amigos está supeditado al color. El tema pictórico es para estos genios de las postrimerías de siglo algo más que la mera realidad visual, es una ocasión de expresividad y de decoración con un valor intrínseco distinto al de la representación del objeto u objetos observados. En cierto modo, el cuadro se termina en sí mismo. «Un cuadro, dijo Maurice Denis con su entusiasta juventud de entonces, es esencialmente una superficie plana cubierta con colores en un cierto orden». Lo decorativo es precisamente lo que privará en la última decena del siglo con el *Art nouveau* (Arte nuevo) que en Alemania recibe el nombre de *Jugendstil* porque sus primeros y más entusiastas seguidores fueron los ilustradores de la revista *Jugend*. Estamos lejos de cualquier utilitarismo. Es lo que en arquitectura intentó con personal éxito inimitable Antonio Gaudí.

La abstracción de las formas desembocaría luego en una arquitectura de apertura universal porque la arquitect-

tura es hija de la geometría. En cambio en la pintura y en la escultura, la abstracción convierte las obras en una expresión tan personal que apenas puede comunicar alguna certeza a los demás. La inteligibilidad de estas artes plásticas decrece; y crece en cambio la abertura hacia el espacio infinito.

El siglo XIX termina pero el arte entra en una época totalmente nueva abierta a todas las audacias. En la escultura, el pensador de *Rodin* despidió el siglo un tanto abrumado por el maridaje cada vez más estrecho entre intuición, geometría y psicoanálisis. En la arquitectura se inicia ya el triunfo de lo que llamamos funcionalismo y que supedita en cierto modo la forma a la función. La biblioteca de Sainte Geneviève de París, obra de Labrousse, el Palacio de cristal junto a Londres, de Paxton, el monumento a Víctor Manuel en Roma, edificado por Saeconi, son muestras de esta nueva tendencia. El maquinismo, la técnica del cemento y del hierro, empuja también a los artistas hacia el utilitarismo y les induce a buscar la belleza en la utilidad.

En 1827 murió Ludwig van Beethoven y en el campo de la música con él desaparecía una época que podríamos llamar clásica. La música sigue los pasos de todas las demás artes y la propia genialidad de Beethoven se encarga también de abrir el camino de las nuevas corrientes más pendientes de la inspiración individual que de los convencionalismos sociales. Los *lieder* de Beethoven marcan una dirección individualista y afectiva que luego seguirían Schumann, Schubert, Mendelssohn, Brahms... La ópera registra un nombre genial que para algunos pasa por ser el símbolo de la música romántica: Richard Wagner (1813-1883). Fuera de Alemania hay que citar a Cherubini, Rossini y Giuseppe Verdi. Al igual que en la literatura, Rusia marca ya su propio paso en la música con el «grupo de los cinco»: Balakirev, Cui, Borodin, Musorgski y Rimsky-Korssakov. En España se representa ópera italiana y los autores españoles que escriben ópera lo hacen sobre libretos en italiano. Así Hilarión Eslava escribe *El solitario* y

La tregua di Ptolemaide y *Arrieta Ildegonda*. Pero pronto comenzaría a atraer a nuestros músicos un género típicamente español, el de la *zarzuela*. Barbieri, Arrieta, Chapí, Chueca, Bretón, Fernández Caballero, Jerónimo Giménez para entrar ya en nuestro siglo con otros grandes nombres entre los que no se puede olvidar a Amadeo Vives.

IX. LA EXPANSION EUROAMERICANA

Hacia Asia y el Pacífico

La India constituía, hacia 1860, el eje del imperio colonial inglés: una gran sublevación de tropas hindúes, reprimida con extrema dificultad (1857-58), convenció a los ingleses a situarse en la vía de las reformas. El primer paso importante fue la disolución de la Compañía de las Indias que se enseñoreaba de la inmensa colonia, la cual se convirtió por ello en dominio directo de la corona británica bajo la administración de un virrey. Entre tanto Inglaterra había consolidado su posesión de Adén, que le permitía controlar el Mar Rojo y el Océano Indico (tras la apertura del canal de Suez constituirá una base indispensable en el camino de la India), y el de Singapur que le abría el inmenso mercado chino.

China, en un intento de cortar el comercio del opio practicado por Gran Bretaña, se vio obligada a oponerse con las armas a la cada vez más expansiva influencia inglesa, pero la guerra (1840-42) se resolvió en una humillante derrota: China fue obligada a ceder Hong-Kong y concesiones comerciales en los cinco puertos más importantes, entre ellos Shanghai. Entre 1856 y 1858 una expedición anglo-francesa ocupaba Pekín y obligaba a China a ulteriores concesiones. Con el fin de consolidar la posesión de la India los ingleses llevaron a cabo una serie de campañas militares contra los rebeldes afganos, incorporando a la colonia hindú el Beluchistán y, por oriente,

Birmania (1886) y, a través de la península de Malaca, llegaron a Singapur, desde donde penetraron en los dominios holandeses de las islas de la Sonda ocupando un tercio de Borneo.

En Francia, no obstante la oposición de la izquierda, gobierno, ejército y alta finanza perseguían una política imperiaista de gran prestigio y el colonialismo recibió un fuerte impulso. Después de haberse abierto una vía de penetración a China con la colaboración inglesa, los franceses procedieron a la completa ocupación de la península indochina, cuya parte meridional había sido conquistada ya en los años 1862-1863: en 1883 ocuparon Annam, en 1884 Tonkín, desde el que pudieron ejercer una influencia decisiva sobre las regiones chinas de Yunan y Kwangsi, y en 1894 Laos.

Las razones de esta «carrera» hay que buscarlas, entre otras cosas, en la expansión de Rusia, que desde Siberia marchaba amenazadoramente hacia el corazón de China. En los años sesenta había anexionado Turkestán y había tratado de extender su influencia sobre Afganistán amenazando de cerca a la India y, por el lado opuesto al continente asiático mirando hacia el este, había logrado obtener la cesión del Amur y de la Provincia Costera, precisamente delante de Japón. La construcción, entre 1891 y 1904 del ferrocarril transiberiano, que unía San Petersburgo con Vladivostok, coronaba con éxito un viejo sueño ruso, el de poseer una salida al mar a través de puertos libres de hielos, pero la empresa (se trataba de un instrumento de penetración económica y de importancia estratégica comparable a la del canal de Suez) despertó un coro de protestas por parte de Japón, de Inglaterra y de Estados Unidos. Con todo, Rusia logró obtener de China la autorización para hacer pasar el ferrocarril incluso a través de Manchuria que después ocupó militarmente amenazando a la cercana Corea (1900).

Entre tanto, los Estados Unidos, con el fin de oponerse a la iniciativa rusa, se habían hecho promotores de la política de la «puerta abierta» que, eliminadas las zonas de

influencia, preveía la apertura de los mercados chinos al comercio de todos los países. El 6 de septiembre de 1899 de hecho había enunciado el principio de la «inviolabilidad y de la integridad de China»: la intervención no sirvió para mejorar la situación sino que introdujo en el juego también a los Estados Unidos y, como sucedía desde hacía medio siglo, en las ciudades chinas, abiertas como puertos francos, los europeos y los americanos continuaron cobrando impuestos aduaneros sin tener que someterse a las leyes locales y gozando de la protección de los ejércitos de los respectivos países. Las aspiraciones imperialistas de Japón complicaban enormemente las cosas porque Rusia no tenía intención de quedarse atrás y lo había demostrado en varias ocasiones sobre todo haciendo diligencias en 1895 para que las potencias europeas estuviesen de acuerdo en reducir las conquistas territoriales niponas: excluido del reparto en zonas de influencia de China, tras la cual habían obtenido concesiones también Alemania e Italia (concesiones de Tientsin), el Japón había podido conservar sólo Formosa. Nueve años después el gobierno de Tokio, fortalecido por el apoyo de Inglaterra, a la que estaba ligado por un pacto (1902), tomó como pretexto que la ocupación rusa de Manchuria lesionaba sus intereses vitales para requerir del zar el desalojo de la zona. En febrero de 1904 estallaba por tanto la guerra ruso-japonesa: tras el ataque victorioso contra la flota rusa sorprendida en la rada de *Port Arthur*, los japoneses, contrariamente a las previsiones del estado mayor soviético, derrotaron repetidamente a los rusos en la batalla naval de *Tsushima* y en la terrestre de *Mukden*. Sólo la intervención diplomática americana les salvó de un desastre de mucho mayores proporciones: aunque Teodoro Roosevelt, el artífice de la mediación, trató de contener al máximo las conquistas territoriales japonesas, Rusia tuvo que comprometerse a abandonar Manchuria, a ceder la parte meridional de la isla de Sajalin y Port Arthur y reconocer a Corea como zona de influencia del Japón, que en 1910 podrá proclamar su anexión. El resultado de la guerra sorprendió al mundo y el vuelco histórico más

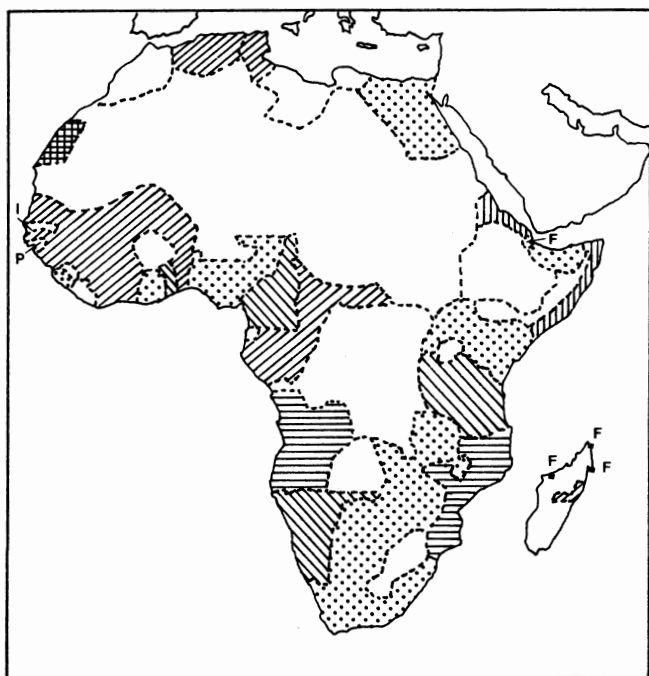
importante fue que, por primera vez en la historia, la hegemonía europea sufría una derrota de manos de un estado asiático. El éxito conseguido por Japón, gracias a la occidentalización de las costumbres y a la industrialización del país, constituyó un ejemplo a imitar, un estímulo para las sublevaciones nacionales que estallarían en los años siguientes en Persia, en Turquía y en la misma China, la cual había llegado por entonces a una profunda decadencia. Es necesario subrayar, por último, que en los últimos quince años del siglo se había producido una amplia expansión europea en el Pacífico: en 1885 Nueva Guinea, desde hacía tiempo bajo Holanda, era repartida entre esta última, Inglaterra y Alemania, que ocupó también las Marshall y compró a España las Carolinas y las Marianas. Gran Bretaña se adueñaba de las Salomón, Francia de las Marquesas, los Estados Unidos de las Hawaii: antes del final del siglo todo el Pacífico meridional estaba, por tanto, en manos de los euroamericanos.








El reparto del Continente africano

Después de 1870 las potencias europeas comenzaron a interesarse también por Africa para extender al interior las posesiones costeras y para conquistar nuevas zonas ricas en materias primas. Especialmente interesadas estaban Francia, la cual, desde 1830, había ocupado Argelia y entre 1854 y 1865 el Senegal, desde donde había avanzado hacia el interior, y Gran Bretaña, sólidamente afirmada en la Colonia del Cabo, en la orilla extrema meridional del continente, desde donde había expulsado, empujándolos hacia el norte, a los boers, los descendientes de los antiguos colonos holandeses. Graves conflictos habían surgido entre Francia y Gran Bretaña a causa de Egipto, pero la segunda, después de habersé asegurado por obra de *Disraeli* el control financiero del canal de Suez (1875), tomaba como pretexto una sublevación xenófoba para desembarcar tropas en algunas ciudades y afirmar, en 1882, su protectorado sobre el país. Francia, que en el año anterior se había asegurado Túnez suscitando las vivacisi-

mas protestas de Italia que aspiraba al protectorado sobre aquel estado norteafricano, había sido obligada a engullir el amargo bocado. Los ingleses trataron de penetrar en el Sudán pero fueron derrotados por los rebeldes musulmanes del *Madhi* (el «bien guiado»).

Colonización de Africa a finales del siglo XIX



- | | |
|--|--|
|  Colonización francesa (F) |  Colonización italiana (It) |
|  Colonización Inglesa (I) |  Colonización española (E) |
|  Colonización alemana (A) |  Países independientes y territorios no colonizados |
|  Colonización portuguesa (P) | |

En el mismo periodo Italia había adquirido la bahía de Assab, en el mar Rojo, y sucesivamente los puertos de Beilul y de Massana, desde donde había iniciado la penetración hacia el Sudán en apoyo de las tropas anglo-egipcias. Pero cuando llegó la noticia de que éstas habían sido vencidas en Jartum, el gobierno italiano prefirió no correr riesgos y decidió proseguir la expansión hacia el sur, es decir hacia Etiopía. Esta maniobra de repliegue no sólo suscitó las protestas de los ingleses que se veían de improviso privados de un cómodo aliado, pero sobre todo indujo al negus *Juan IV* a reunir un numeroso ejército y a oponerse al avance italiano. En 1887 una columna al mando del coronel *De Cristoforis* era atacada y destruida cerca de *Dogali*: el hecho suscitó en Italia una oleada de resentimiento y la ansiosa espera de una revancha.

En Africa ecuatorial estaban interesados en la penetración también los portugueses, dueños de Angola y Mozambique, y los belgas: el emperador *Leopoldo II* incluso había fundado en 1877 la «Asociación Internacional Africana» y, con el pretexto de cortar el tráfico de esclavos, había iniciado la explotación económica del Congo, el cual había sido explorado, entre 1874 y 1877, por el periodista americano *Henry Stanley*, que había atravesado todo el continente desde el Océano Indico al Atlántico.

Precisamente para dirimir algunas desavenencias surgidas entre Portugal, Francia, Inglaterra y Bélgica se desarrolló entre noviembre de 1884 y febrero de 1885 la *conferencia de Berlín*, presidida por Bismarck: se regularon las diferentes cuestiones territoriales y, mientras Leopoldo II lograba hacer reconocer la existencia del estado libre del Congo bajo su soberanía, se establecía en general, que toda potencia que tuviese posesiones costeras podía reivindicar el territorio interior pero la ocupación sería válida sólo si era «efectiva y oportunamente comunicada a las demás potencias firmantes del acto». Se afirmaba por tanto para Africa la teoría de las «zonas de influencia» que iniciaba una verdadera porfía por el reparto del continente.

Precedidos por los propios exploradores, una mezcla de científicos, soldados, misioneros, mercaderes y periodistas, ingleses, franceses, alemanes, portugueses e italianos comenzaron a penetrar profundamente en el interior de Africa. Los franceses avanzaban por el Sahara desde Argelia y desde Senegal, ocupaban Mauritania, Africa occidental y ecuatorial y amenazaban, en dirección al alto Nilo, el expansionismo de los ingleses, quienes aspiraban a unir, con una faja ininterrumpida de colonias, Egipto y El Cabo. En esta zona *Cecil Rhodes*, tras haber roto la resistencia tenacísima de los zulús y haber fundado la compañía sudafricana, conquistaba Bechuanalandia, y subiendo hacia el norte, la cuenca del Zambeze —que será bautizada en su honor con el nombre de Rhodesia— Kenia y Uganda, mientras en el Sudán *lord Kitchener* arrollaba en Omdurman a los *madhistas* y extendía el dominio inglés sobre todo Sudán meridional y sobre el alto curso del Nilo. En esta zona el programa inglés chocó con una análoga ambición francesa: la de unir las colonias en una faja ininterrumpida de territorios a lo largo del eje horizontal del continente africano: en *Fachoda* (Sudán), una fortaleza que aseguraba el control del curso del Nilo, se encontraron frente a frente los dos cuerpos de expedición aunque sin disparar un solo tiro (1898). No obstante la gran excitación de la opinión pública francesa e inglesa, los diplomáticos lograron un compromiso y las vertientes del Nilo y del Congo se convirtieron en la línea de frontera entre las esferas de influencia de las dos potencias.

A pesar de la escasa simpatía de Bismarck hacia la política colonial, razones económicas y de prestigio habían impulsado también a los alemanes a seguir el camino del colonialismo y entre 1884 y 1885 habían ocupado Africa del Sur-Oeste, Camerún, Togo y Africa oriental. Alemania aspiraba a ocupar la cuenca del Zambeze, cuya posesión hubiera dado continuidad territorial a sus dos colonias meridionales: pero este plan le situaba en conflicto tanto con Portugal que aspiraba a unir Angola con Mozambique, como con Inglaterra, que tuvo, como hemos

visto, la mejor parte gracias a la piratesca habilidad de Rhodes.

Mientras Portugal fue acallado, las cosas no fueron igual de sencillas con Alemania y las dos potencias estuvieron muy cerca de un choque directo. Al final Alemania cedió pero los ingleses no pudieron evitar una larga y sangrienta guerra contra los boers (1899-1902). El jefe de estos, *Paul Kruger*, que ya había derrotado a los ingleses en *Majuba Hill* en 1880, no había dudado en atacarles nuevamente, cuando el descubrimiento de ricos yacimientos de oro en Transvaal y en Orange, las dos repúblicas independientes de los boers, había vuelto a despertar el interés de los agentes de Rhodes. Apoyados por la propaganda y por las ayudas alemanas las dos repúblicas se batieron con coraje pero al fin tuvieron que sucumbir: unidas a las posesiones inglesas de Africa meridional en 1910 darán vida, junto con la Colonia del Cabo y el Natal, a la Unión Sudafricana. También Italia, para vengar la derrota de Dogale, quiso participar en el «reparto» y encontró en *Humberto I* y en el jefe de gobierno Francisco Crispi, nacionalista y encendido militarista, dos personas a las que una empresa de esta clase no podía dejar de atraerles. Después de haber constituido la colonia de Eritrea sobre el Mar Rojo y extendido el propio protectorado sobre los sultanatos de Obbia y de los Migiurtinos dando vida a Somalia, en 1889 el gobierno italiano firmaba con el nuevo emperador *Menelik*, que había sucedido a Juan IV, el *tratado de Utschiale* que preveía el reconocimiento de las posesiones italianas de Keren y de Asmara, acuerdos comerciales entre los dos países, la representación diplomática del negus y, punto controvertido —esta cláusula, de hecho, no se mencionaba en el texto en lengua aramea del tratado— un verdadero protectorado sobre toda Abisinia.

En 1893 Crispi hacía ocupar Cassala en Sudán y ordenaba a las tropas italianas continuas violaciones de fronteras en territorio abisinio, más allá de la línea del río March. Menelik logró poner de acuerdo a los ras abisinios y,

reunido un numeroso ejército, derrotó a los italianos en *Amba Alagi* y en *Macallé* (diciembre-enero 1895). El descalabro sufrido hizo actuar impulsivamente a Crispi que obligó al comandante en jefe, general *Barattieri*, a atacar al ejército del negus sin esperar a los refuerzos en camino desde Italia. El cuerpo de expedición italiano, con 18.000 hombres, marchó sobre Adua, pero en *Abba Garima* fue aniquilado completamente por los abisinios (día 1 de marzo de 1896).

Obligó a Crispi a la dimisión. La paz de *Addis Abeba* de octubre de 1893 truncaba, con el reconocimiento del *statu quo* en Somalia y en Eritrea y con la renuncia al protectorado sobre Abisinia, cualquier veleidad colonial italiana. La aventura había costado 8.000 vidas humanas y 500 millones de liras y había valido para conquistar en el Mar Rojo «la llave», como se llamó, «de una puerta que no llevaba a ninguna parte». Además una política colonial dictada por la simple ambición sin el sustento de efectivas necesidades económicas, no podía de entrada tener éxito.

La Segunda Internacional entre Reformismo y Revolución

El fracaso del experimento de la Comuna significó un importante cambio en el movimiento marxista: la constitución, primero en Alemania, y después también en los demás países europeos, de fuertes partidos socialdemócratas. El alemán *Fernando Lassalle* había fundado, en 1863 la *Asociación general de obreros alemanes* —que entró a formar parte de la *Primera Internacional*, pero que pronto entró en conflicto con Marx— que tenía como objetivo el sufragio universal y la creación de un sistema de cooperativas obreras financiadas por el estado. En 1875 este movimiento daba vida, junto con el grupo marxista de Bebel y Liebknecht al *Partido obrero alemán*, el primer núcleo de la socialdemocracia: los líderes de las dos organizaciones se habían puesto de acuerdo en el llamado programa de Gotha, el cual, aunque aceptando el principio

de la lucha de clases y la concepción materialista de la historia, se proponía conquistar el poder con métodos parlamentarios. En Alemania, Bismarck estaba en el apogeo de su poder personal y estaba combatiendo una obstinada batalla —el *Kulturkampf* o lucha por la cultura— contra el Partido católico del *Zentrum* que fortísimo en algunas regiones de Alemania, desarrollaba una intensa propaganda para limitar el desmedido poder del canciller, y contra la Iglesia católica en general, a la que Bismarck quería impedir su ingerencia en los asuntos del estado. Sin embargo, cuando se perfiló el peligro del socialismo, el canciller del Reich no dudó en cambiar las alianzas y, con el apoyo de los conservadores y del *Zentrum*, logró hacer aprobar un cuerpo de leyes antisocialistas (1879) que redujeron al *Partido obrero alemán* a la clandestinidad: ello, sin embargo, lejos de destruirlo lo reforzó y contribuyó a darle la férrea organización y la proverbial disciplina que fueron las mejores características del socialismo alemán.

En el decenio siguiente Bismarck acogió no pocos de los principios enunciados por *Lassalle* sobre el socialismo de estado y se hizo agudamente promotor de una política de reformas sociales (seguros contra los infortunios, las enfermedades, la invalidez, la vejez, etc.) para tratar de limitar el creciente éxito, entre las masas, de los socialdemócratas, los cuales, por fin, en 1890 pudieron salir de la clandestinidad. Comenzaba entonces el ascenso del *Partido socialdemócrata alemán* (SPD) que, bajo la experta dirección de *Bebel*, constituyó el ejemplo para los partidos colegas europeos.

En 1879 en Francia se había constituido un partido marxista por *Cuesde*, si bien las luchas obreras eran guiadas prácticamente por las organizaciones anarquistas a través de las *Bolsas de Trabajo*, organizadas a partir de 1882. El 2 de mayo de 1879 se creaba en Madrid el *Partido Socialista Obrero Español* (PSOE) culminando los esfuerzos que desde casi diez años antes llevaban a cabo Paul Lafargue, yerno de Marx, llegado a Madrid en 1871 y otros

como José Mesa y, sobre todo, Pablo Iglesias, que es el verdadero padre del socialismo español. El partido fue legalizado en febrero de 1881. En 1887 se creaba la U.G.T. como sindicato de los socialistas. En 1892 nació el *Partido socialista italiano* por iniciativa de *Turati* y de *Antonio Cabriola*; en 1893 había surgido en Inglaterra el *Independent Labour Party* que se basaba en el programa de gradual puesta en acción del socialismo de estado de la *Fabian Society*, fundada en 1883 por un grupo de intelectuales entre los que estaba G.B. Shaw; en 1894 había surgido clandestino en Rusia, por obra de Plejanov, un partido socialdemócrata; por último, en Estados Unidos nació en 1892 el *Partido populista americano*, que tuvo un amplio eco entre los campesinos y que presentó —aunque sin éxito— un candidato propio a las elecciones presidenciales. Desde 1889 se había constituido, para coordinar la actividad de todos estos partidos y para organizar a escala mundial el movimiento del trabajo, la *Segunda Internacional*, resultado en la práctica de la fusión de los marxistas, de los reformistas y de los sindicalistas con la única exclusión de los anarquistas.

También el movimiento sindical había hecho grandes progresos desde que, en 1871, en Inglaterra se habían reconocido las *Trade Unions*: ahora no se trataba ya de organizaciones de obreros especializados y, en última instancia, privilegiados, sino de verdaderas organizaciones de masas y ello había ocurrido gracias a la instauración del sufragio universal y al ascenso de los partidos socialistas y de las organizaciones anarquistas y católicas. En aquel mismo periodo, de hecho, también la Iglesia de Roma había comenzado a marchar por un camino de moderado progresismo. Esta, no sólo había reconocido y alentado a verdaderos partidos políticos en varios países de Europa (piénsese en la importancia asumida en Alemania por el *Zentrum*, que se opuso a Bismarck hasta que éste supo astutamente convertirlo en su aliado o piénsese en el partido católico belga, en el poder desde 1884 hasta la guerra mundial), sino que también había comenzado a tomar posiciones sobre los más debatidos problemas

sociales. El movimiento inspirado en esta nueva exigencia fue designado con el nombre de «democracia cristiana» (en contraposición con la «democracia laica» nacida de la Revolución francesa) y fue el intérprete y el divulgador de la doctrina cristianosocial elaborada por la Iglesia para tomar posición tanto contra el capitalismo liberal como, sobre todo, contra el socialismo marxista, juzgados ambos contrarios a los principios del Cristianismo.

La expresión más amplia y comprometida de esta apertura hacia el mundo del trabajo fue la encíclica *Rerum Novarum*, con la que León XIII condenaba los excesos del capitalismo y promovía formas de colaboración entre trabajadores y empresarios que excluyesen la lucha de clases y llevasen a una paz social inspirada en la justicia cristiana. El documento enunciaba las obligaciones del trabajador («... prestar total y fielmente el trabajo que libremente y según equidad fue convenido; no causar daño a la mercancía ni ofensa a la persona de los amos...») y del empresario («... no tener a los obreros en la situación de esclavos; respetar en ellos la dignidad de la persona humana... Además no dar el justo salario es culpa tan enorme, que grita venganza ante Dios...»), tomando también posición respecto al estado («... El demasiado largo y gravoso trabajo, y el salario juzgado escaso dan, no con poca frecuencia, motivo de huelga a los obreros. En la solución de este desorden grave y frecuente es preciso que intervenga el Estado con medidas. El remedio más eficaz y saludable es prevenir el mal con la autoridad de las leyes, e impedir el estallido, alejando a tiempo las causas de las que se prevé que pueda nacer entre patrones y obreros el conflicto»).

Al final del siglo se abría en el seno de la *Segunda Internacional*, pero, sobre todo, entre los socialistas alemanes, un amplio debate sobre el marxismo que desembocó en una cerrada polémica cuando la ideología oficial representada por *Kautsky* fue atacada tanto desde la derecha como desde la izquierda. *Bernstein*, a principios del siglo XX, sometió a «revisión» la ideología marxista y

afirmó que las previsiones de Marx no se habían verificado: analizando la situación económica de Alemania, demostró que el capitalismo no había absorbido a la clase media ni había sufrido demasiado con las crisis cíclicas y que una serie de reformas y el progresivo aumento de los salarios habían mejorado efectivamente el nivel de vida de los trabajadores. La perspectiva de una revolución, por tanto, iba alejándose cada vez más: el socialismo podrá ir al poder, sostenía Bernstein, si se sabe adaptar al capitalismo, transformándolo, en el interior del sistema, a través de una serie de reformas. El «revisionismo» tuvo un notable éxito por doquier y dio nuevo vigor al socialismo reformista, es decir, a aquel socialismo que en el seno de la *Segunda Internacional*, entre los dos extremos del dilema, si se debía derribar el estado burgués o colaborar con él, elegía el segundo.

Se distinguía así entre programas mínimos, al alcance de la mano y favorable a amplios estratos de trabajadores, y programas máximos, a largo plazo, que afectasen a un círculo más bien restringido de intelectuales y de proletarios fuertemente politizados. Las maniobras electorales de los «minimalistas» atraían, naturalmente, contra el reformismo los dardos de los «maximalistas», que defendían sin cesiones, pero a veces con mucha ingenuidad, la doctrina marxista, y los dardos de los anarco-sindicalistas. Estos últimos, que habían prosperado en Francia y de aquí pasado a Italia y España, luchaban contra las reformas, la acción parlamentaria y los partidos para llegar a una sociedad sin clases y sin estado a través de la acción directa y espontánea del sabotaje y de la huelga general, teorizadas por *Sorel* en el libro *Consideración sobre la violencia*.

A la tendencia a la unificación y federación de los sindicatos que lleva, en 1895, a la constitución de la *Confédération Générale du Travail* (CGT) en Francia, le sustituye a comienzos del siglo una tendencia opuesta centrífuga, agudizada por la debatida cuestión de si los movimientos sindicales debían ser autónomos o solida-

rios respecto a los partidos populares: los que toman la vía de la colaboración política o pierden, como en Inglaterra, ciertos elementos ideológicos característicos como la lucha de clases o la revolución proletaria (las *Trade Unions* dan vida en 1906 a un partido socialista, el laborista vaciado por completo de cualquier contenido marxista), o como en España con la UGT creada en 1887 e Italia, donde también la *Confederazione Generale del Lavoro* (CGL) fundada en 1906 y era como la UGT española, controlada por el partido socialista, pierden el impulso reivindicativo, maniatados demasiado a menudo por los lazos de los compromisos parlamentarios asumidos por el partido del que se han constituido en correa de transmisión.

A pesar de los seguros contra las enfermedades y los accidentes, los subsidios de paro, la asistencia pública, la lucha contra el analfabetismo, los progresos de la instrucción pública (que producían amplias y ásperas diatribas entre estado e iglesia) y el mayor bienestar se hubiesen extendido y llegasen a ser operantes también fuera de los países escandinavos, de Inglaterra y de Alemania, las crisis económicas bienales 1900-1, 1907-8 y 1912-13 agudizaron los conflictos entre capital y trabajo y produjeron a lo largo de los primeros quince años del siglo una verdadera epidemia de huelgas, muchas de las cuales, aunque con objetivos profundamente sentidos y ampliamente populares, no estaban faltos de contenidos explícitamente políticos. El retorno a ciertos movimientos de carácter espontáneo (el anarco-sindicalismo precisamente) que habían caracterizado el comienzo de la sublevación de las clases subalternas contra el sistema burgués, un concentrado despertar del anarquismo individualista que sembró a Europa y Estados Unidos de atentados políticos y de delitos, la influencia cada vez mayor ejercida sobre las masas por el sindicalismo revolucionario que trata de colmar un efectivo vacío político, están en la base del profundo malestar que sacude a la izquierda y a toda la sociedad al principio del nuevo siglo: tales impulsos forman parte de un fenómeno más amplio de rebelión

ante el orden constituido del Estado, dirigido a obtener no sólo mejores condiciones sino a herir la integridad estatal para conquistar del todo o en parte el poder político. Bastará recordar el movimiento de emancipación femenina de las sufragistas inglesas, el separatismo irlandés, noruego y flamenco, el endémico estado de insurrección de los pueblos balcánicos y de las minorías étnicas y religiosas sometidas a los imperios ruso, otomano y austro-húngaro.

La Revolución Rusa de 1905

Una situación absolutamente especial era la de Rusia, país esencialmente agrícola, donde hasta 1863 la gran mayoría de la población, formada de campesinos, había constituido la servidumbre de la gleba y, falta de derechos civiles, había vivido a la completa merced de 10.000 familias nobles que poseían toda la tierra. Todavía hacia la mitad del siglo XIX Nicolás I podía decir que la concesión de la libertad a los siervos de la gleba era un «atentado criminal contra la tranquilidad pública y el bien del estado». Existía, sin embargo, una oposición, herencia de los oficiales, a menudo nobles, que habían sufrido la influencia del liberalismo francés en un primer momento y, después, al formarse una primera débil burguesía, una oposición por parte de la llamada «intelligentsia», la nueva generación salida de la universidad. Bajo la presión de estos grupos, que no dudaban en recurrir al terrorismo, *Alejandro II*, sucesor de Nicolás I, se resolvió a llevar a cabo toda una serie de reformas, de las que la más importante, al menos sobre el papel, fue la abolición de la servidumbre de la gleba (1863), por la que 40 millones de campesinos venían a adquirir la libertad. La nobleza feudal, sin embargo, supo hacer naufragar hábilmente la reforma agraria cediendo al estado, que debía distribuir las tierras entre los campesinos liberados, las tierras menos fértiles.

Tampoco lograba mejores resultados la reforma administrativa con la que se habían instituido los *zemstvo*, asambleas provinciales y de distrito que debían decidir en

materia de instrucción, de agronomía y de higiene, que muy pronto fueron dominadas por los funcionarios gubernativos, por los nobles y por los latifundistas, mientras el sistema fiscal continuaba estando caracterizado por impuestos directos que incidían sobre los artículos de consumo más populares. Además, la sublevación polaca de 1863 inducía a Alejandro II a apretar los frenos, mientras algunos exponentes de la alta burguesía y los intelectuales daban vida al *Partido revolucionario nihilista*.

En 1881 Alejandro II era asesinado y le sucedían *Alejandro III*, al que reemplazaba, a partir de 1894, *Nicolás II*: ambos trataron de aniquilar el movimiento revolucionario recurriendo a la represión durísima de la *Ochrama*, la policía secreta política. Polacos, lituanos, ucranianos, finlandeses y judíos (vivían en Rusia más de 5 millones de estos) ejercían una fuerte presión centrífuga y la «rusificación» forzada llevada a cabo por los dos emperadores contribuyó a fundir los ideales separatistas con los social-revolucionarios.

Entre 1890 y 1910 se había producido gracias a los capitales extranjeros, sobre todo franceses, una rápida industrialización que, empero, no mejoraba las condiciones socioeconómicas del país. Los obreros concentrados en pocas zonas eran muy combativos pero fácilmente vencibles por la falta de cualquier legislación social: la huelga estaba prohibida por la ley y los partidos socialdemócrata, fundado en 1894, y socialista revolucionario, fundado en 1902, ambos decididos a romper con el tradicional terrorismo, eran obligados a actuar en la clandestinidad, de modo que los obreros y los campesinos no estaban representados por los sindicatos y no podían asumir una lucha parlamentaria.

En el campo las terribles carestías (el trigo, una riqueza de Rusia, generalmente era exportado para hacer frente a las deudas del estado), la permanencia del latifundio, y el incremento demográfico constreñían a los límites de la supervivencia y a perenne fermento revolucionario a un inmenso subproletariado rural, sobre el que influía la

propaganda de los socialistas revolucionarios que prometían la distribución de la tierra. La derrota que estaba perfilándose contra Japón fue el resorte de la revuelta que estalló imprevista y espontánea en muchas partes de Rusia cuando en San Petersburgo, en enero de 1905, la tropa hizo fuego contra un cortejo de obreros que llevaban una petición al zar. Hubo huelgas masivas, choques con la policía, motines entre los soldados y los marinos, pero faltó una organización y los objetivos eran más nebulosos que nunca. El propio partido social-demócrata, que se había colocado con mucho retraso a la cabeza del movimiento insurrecto, había salido del congreso de Londres de 1903 dividido en las dos corrientes, la de los «bolcheviques», que capitaneada por *Vladimir Ilich Ulianov*, llamado *Lenin*, propugnaba un partido centralizado de revolucionarios de profesión, y pretendía imponer la dictadura del proletariado mediante la revolución y la de los «mencheviques», partidarios de aceptar la adhesión de los elementos más progresistas de la burguesía para combatir en los planos parlamentario y sindical.

En octubre de aquel mismo año 1905 una huelga de 750.000 ferroviarios paralizó Rusia mientras en San Petersburgo y en las principales ciudades se reunían, adquiriendo en seguida gran relieve político, los primeros *soviet* (consejos) formados por los representantes de los partidos populares y por los delegados de los obreros y de los soldados. La batalla decisiva se desarrolló en Moscú, en el mes de diciembre, cuando una huelga general, proclamada el 19 por el «soviet» de la ciudad, se transformó en una verdadera batalla callejera: sólo la intervención de la artillería y la noticia de que en San Petersburgo una agitación análoga había fracasado por el arresto de todo el comité directivo del «soviet» local, doblegó a los insurrectos. En abril de 1906 el zar Nicolás II se veía sin embargo obligado a convocar la primera «duma» (parlamento), prometida desde el mes de octubre anterior, pero cuatro meses después la disolvía quitándole la autoridad y nombraba primer ministro a *Stolypin* que sofocó despiadadamente los últimos conatos revolucionarios y con una hábil

reforma agraria robusteció a la clase media de los *kulaks*, minando el carácter compacto del movimiento campesino.

A pesar de este fracaso la primera revolución rusa ponía en evidencia la crisis en la que ahora se debatía el imperialismo zarista y ponía las bases para la revolución de 1917.

X. FIN DEL EQUILIBRIO EUROPEO

En los primeros años del siglo XX, aunque el eje de la política mundial discurría todavía a través de Europa, el predominio de este continente comenzaba fatalmente a disminuir, minado, en su interior, por la crisis de las monarquías austro-húngara, otomana y rusa. El equilibrio de treinta años y la precaria paz estaban amenazados por la encarnizada rivalidad entre Gran Bretaña y Alemania que se había sumado a la «tradicional» enemistad franco-alemana. Si el Reich podía considerarse la mayor potencia europea (su economía estaba en plena expansión, su ejército era el más fuerte del mundo y Austria-Hungría era un aliado de mucho respeto), por su parte, Inglaterra, dueña de los mares y centro de un inmenso imperio que superaba el 20% de la superficie y de la población de toda la tierra, seguía siendo la mayor potencia mundial. Cuando en 1898 el almirante alemán *von Tirpitz* puso en marcha un poderoso programa de construcciones navales, Europa fue presa del pánico: la carrera de armamento que siguió a la iniciativa alemana no tenía precedentes en la historia. A Gran Bretaña se le imponía ahora salir de su «espléndido aislamiento»: el acuerdo establecido con Francia en 1904, seguido por uno con Rusia que corría un velo sobre los roces coloniales de los años anteriores, daba vida, en 1907, al sistema de alianzas de la «Entente» con el fin, puramente defensivo, de contrabalancear al bloque europeo contrario. La alianza militar entre Alemania, Austria e Italia, renovada en 1877 y puntualmente cada cinco años de duración, obligaba a las tres potencias

firmantes a defenderse recíprocamente en caso de ataque, ofreciendo garantías a las partes contrayentes en caso de cambios en el *statu quo* del Mediterráneo y de los Balcanes. El sistema bismarckiano caía como un castillo de naipes: Francia salía del aislamiento al que se la había condenado después de Sedán; Rusia rompía definitivamente con los Imperios centrales e Inglaterra, aunque por motivos puramente egoístas, demostraba interesarse de nuevo por la política continental.

A pesar de las cada vez más complejas relaciones comerciales, por las que, como escribe Clapham, «cada nación había terminado por convertirse en extraordinaria medida en copropietaria de los recursos de las demás» (Inglaterra se veía obligada a importar los cuatro quintos de su presupuesto de trigo, Francia un tercio del carbón y Alemania casi toda la lana, mientras las inversiones en el exterior de las tres naciones ascendían, respectivamente, a 4.000 millones de libras esterlinas, a 1.740 millones y a 1.250), aunque siempre se habían logrado resolver, sin recurrir a un choque directo, los más escabrosos problemas coloniales (un testimonio de esta capacidad de entenderse nos lo suministra la expedición militar organizada en 1900 por Inglaterra, Francia, Alemania, Rusia, Italia, Estados Unidos y Japón contra el movimiento nacionalista chino de los *boxers* que había puesto en peligro los intereses económicos de los occidentales), la tensión alcanzada a principios del siglo era tal que permitía prever un conflicto, en breve plazo, de proporciones gigantescas. Cuando se trata de cuestiones vitales se hace imposible entenderse. Como Rusia no había podido tolerar el ser excluida de China y había tenido que batirse con Japón, así, ahora, Alemania no podía renunciar a expansionarse hacia el Este, Francia no podía aceptar la intromisión alemana en el tablero mediterráneo, y norteafricano en particular, e Inglaterra no podía perderse a sí misma y ceder al desafío de Alemania sin luchar.

Los Imperios Centrales

El kaiser *Guillermo II*, que ascendió al trono en 1890, había llevado adelante, en diez años de reinado autoritario, una política fuertemente agresiva hacia el exterior y reaccionaria en el interior; ello provocó tal vez el creciente éxito del partido socialista que en 1912 contará en el parlamento con 110 diputados, aunque se trataba de un éxito más aparente que real a causa de los graves conflictos internos. El cancillerato de *von Bülow*, iniciado en 1900, no había modificado este curso político. A la tendencia a la unificación de todos los pueblos alemanes y a la aspiración a gobernar el mundo, finalidades supremas del *pangermanismo*, doctrina expresada por la *Alldeutsche Verband*, defendida por la alta burguesía germánica, le acompañaba un culto propiamente dicho al prusianismo, en el que confluían estatolatría y mitos racistas, patriotismo exagerado («chauvinismo») y antiparlamentarismo.

El imperialismo alemán se hacía cada vez más agresivo. Entre 1905 y 1911 ocurrieron en Marruecos (donde convergían los intereses ingleses y franceses) algunos graves incidentes, tramados por el kaiser para tratar de poner en crisis las relaciones entre los dos aliados: la maquinación no obtuvo el resultado esperado y la alianza resultó, al contrario, reforzada, la primera vez en la *conferencia de Algeciras*, en 1906, que reconoció a Francia la preeminencia económica sobre Marruecos; después, en 1911, cuando le fue reconocido definitivamente el protectorado. Alemania fue acallada con la cesión de una parte del Congo francés pero la prueba de fuerza deseada por Guillermo II con el envío a las costas de Agadir de un crucero, sacudió fuertemente a la opinión pública inglesa e hizo más honda la discordia entre las dos naciones.

La economía alemana continuaba en plena expansión. En 1914 era prácticamente el primer país industrial de Europa y su potencial industrial era entonces casi igual al de Francia e Inglaterra juntas. El aumento de las importaciones y de las exportaciones que en 1875 ascendía a 300

millones de libras esterlinas contra las 656 de Gran Bretaña, había pasado, en 1913, a 1.021 millones, contra los 1.186 del Reino Unido, los 607 de Francia, los 328 de Bélgica y los 303 de Rusia; mientras la producción alemana de carbón ascendía, en 1871, a 13,3 millones de toneladas y la inglesa a 118, en 1913 había pasado a 279 alcanzando casi la de su directa antagonista que era de 292; en el mismo periodo la producción de hierro en bruto pasaba del millón y medio de toneladas a 15, mientras la de Inglaterra pasaba de 6,5 millones a 10,2.

El imperio austro-húngaro, aliado del Reich, era todavía a comienzos de siglo bastante fuerte pero ya ampliamente minado por su compleja heterogeneidad. Baste pensar que en 1910 los súbditos austriacos ascendían a unos 28 millones, de los que el 33% estaba constituido por alemanes, el 22% por checos, el 15% por polacos, mientras el restante 30% lo constituían eslovacos, serbios, croatas, judíos e italianos; de los 18 millones de habitantes con que contaba en la misma época Hungría, sólo el 54% eran magiares; el resto estaba integrado por minorías rumanas (17%), eslovacas (11%), alemanas, servocroatas y judías. La estructura del imperio estaba basada en una compleja burocracia, en cuya cima se encontraba el viejo *Francisco José* (en 1900 tenía 70 años), que gobernaba con poderes casi absolutos y disponía —al menos en lo referente a Austria porque Hungría gozaba de una cierta autonomía— de una formidable arma contra toda oposición: la posibilidad de disolver el Parlamento y de legislar por decretos imperiales. En 1907 la concesión del sufragio universal no cambió sustancialmente las cosas. Objetivo de la política de Francisco José continuaban siendo los Balcanes sobre los que recaían también los intereses rusos y turcos, además de los del pequeño reino de Servia que, protegido por rusos y franceses, no escondía su deseo de ganarse una salida al Adriático y propugnaba entre tanto una alianza entre todos los eslavos del sur para la constitución de un gran reino servio. Los Balcanes por tanto continuaban siendo el área de mayor roce de toda Europa en cuanto Francia, Inglaterra e Italia

estaban interesadas en mantener un equilibrio que se hacía cada día más precario y estaban celosas de que otras naciones pudiesen aprovecharse de la caída de Turquía y sucederles en ciertas posiciones de importancia más o menos estratégica. También y sobre todo Alemania, por último, que siempre había querido pasar por protectora del sultán, obteniendo no pocas ventajas de sus numerosas inversiones en Turquía, estaba interesada en cualquier movimiento que tuviese lugar en este tablero, especialmente después de haberse avivado la rivalidad con Rusia a causa del ferrocarril Berlín-Bagdad, rivalidad que se situaba en el marco del inevitable conflicto entre el *paneslavismo* y el *pangermanismo*, movimientos que estaban llevando a cabo una profunda división en el seno de la clase dominante europea y preparaban la crisis de todo el sistema.

Gran Bretaña y Francia

El Reino Unido, tras haber tenido que sufrir, en los últimos años del siglo XIX, la fuerte competencia industrial y comercial de Alemania, se había recuperado en los inicios del siglo, en concomitancia con la decisión, madurada además en los últimos años de vida de la reina Victoria, desaparecida en 1901, de unirse a las potencias europeas que podían ofrecerle garantías frenando el empuje agresivo del Reich alemán. En los nueve años de reinado, *Eduardo VII* se ocupa principalmente de la política exterior y sus esfuerzos, dirigidos a hacer salir a Gran Bretaña de un por entonces anacrónico aislamiento, son coronados por el éxito obtenido por la estipulación de la Entente.

En el curso de los cincuenta años anteriores, la llamada «era victoriana», por el nombre de la reina que subió al trono en 1837, los ingleses, bajo la dirección del liberal *Gladstone* y del conservador *Disraeli*, que se alternaron en el poder, habían completado su vasto imperio, mientras en el interior una serie de bien organizadas reformas había

contribuido a formar y consolidar la proverbial democracia inglesa. El nombre de Gladstone, sobre todo, está ligado al ascenso de la clase obrera y al reconocimiento legal de las *Trade Unions*, a la reforma electoral, además ampliada por Disraeli, a la institución de la obligatoriedad de la enseñanza elemental y de las oposiciones para acceder a los empleos estatales, al intento de resolver la cuestión irlandesa con la concesión de la autonomía (*Home Rule*) a la isla. Esta última batalla, por el contrario, le costó a Gladstone el definitivo alejamiento de la vida pública (1886) después de haber sido abandonado por una numerosa fracción de su partido, los *liberal-unionistas*, que gobernaron junto a los conservadores hasta 1905.

Al comienzo del siglo la situación interna del país era extraordinariamente agitada: crisis constitucional, problema irlandés (se había afirmado el *Sinn-fein*, «Nosotros mismos», un partido que apoyaba sus peticiones de autonomía con métodos terroristas), huelgas masivas de ferroviarios, trabajadores portuarios y mineros, violentas demostraciones en favor de la emancipación femenina, el agitado esfuerzo que precedió al nacimiento del partido laborista (1906), tuvieron ocupado constantemente al gobierno liberal. Fue sin embargo un periodo de radicales reformas (entre ellas la nueva legislación sobre el trabajo y la fiscal que fundaba el sistema en un único impuesto progresivo sobre la renta) y la democracia pudo obtener una gran victoria con la *Parliament Act* de 1911, con la que la cámara de los lores perdía el derecho de veto en las cuestiones financieras y no podía ya oponerse a la transformación en ley de los proyectos votados en tres sesiones consecutivas en la cámara de los Comunes.

Por otra parte, bajo el impulso de fuerzas nuevas, toda la estructura del imperio se estaba resquebrajando: cada vez más inminente se hacía la oposición a una política de federación imperial por parte de las posesiones inglesas con población blanca, los llamados *Dominions*. Entre 1900 y 1910 Australia, Nueva Zelanda y la Unión Sudafricana lograron alcanzar la autonomía que Canadá había obteni-

do en 1867: ligados a Inglaterra en la persona del soberano, estos permanecían ligados a la madre patria únicamente en lo relativo a la política exterior. Profundas transformaciones estaban teniendo lugar también en la India, donde bajo la presión constante del *Partido del Congreso* y no obstante los sangrientos conflictos entre hindúes y musulmanes, elementos indígenas llegaban a ocupar importantes posiciones en la Administración estatal. En Francia la política colonial emprendida durante los últimos treinta años del siglo XIX había encontrado opositores no sólo entre los hombres de la izquierda, sino también en ciertos ambientes de la extrema derecha que reprochaba al gobierno republicano el que quisiera distraer la atención de los franceses de Alsacia y Lorena, contribuyendo a crear en la nación un sentimiento de revancha, de tensión, de odio hacia los vecinos alemanes.

Tras el fracaso de la *Commune* la vida de la joven república fue agitadísima y las frágiles instituciones democráticas a menudo fueron amenazadas por intentos de regresión reaccionaria, como los golpes de estado de los generales *MacMahon* (1877) y *Boulanger* (1889), fracasados no tanto por las virtudes propias de la república sino porque legitimistas, bonapartistas y orleansistas, la derecha conservadora y clerical francesa, no consiguieron encontrar un punto de acuerdo. La general desconfianza en el ordenamiento republicano era la consecuencia de toda una serie de escándalos que habían tenido como protagonistas a ministros y funcionarios del gobierno. En 1889, cuando fue puesta en liquidación la compañía del canal de Panamá, se descubrieron grandes desfalcos en la administración y las leves condenas impuestas a personalidades políticas implicadas en el escándalo provocaron una nueva oleada de desconfianza y de mal humor hacia los rectores de la cosa pública. Además, la pertenencia de algunas personalidades sometidas a investigación a la raza judía provocó una loca campaña antisemítica. El último decenio del siglo, por fin, se caracterizó por una masiva reiteración de los atentados anarquistas que habían consternado a la opinión pública, insatisfecha de un

gobierno que no obstante la promulgación de las «leyes perversas» tras el asesinato del presidente Sidi Carnot por parte del italiano Sante Caserio, no lograba someter a los anarquistas.

Sin embargo el evento que puso en mayor peligro a la república fue la injusta condena por alta traición sufrida en 1894 por un oficial de origen judío *Alfred Dreyfus*. El «affaire» fue el hecho más importante con mucho de los años a caballo de los dos siglos y de él se debían derivar consecuencias importantísimas para la historia de Francia. Cuando en 1898 un oficial del contraespionaje descubrió la prueba de la inocencia de Dreyfus y el novelista Zola señaló a los culpables del complot en las altas jerarquías del ejército, el caso, de judicial que era, se tornó político y dividió a Francia en dos bloques: la izquierda (desde la burguesía radical, progresista y anticlerical, a los socialistas oficiales y a una parte de los sindicalistas) que defendía la rehabilitación del capitán injustamente condenado, y al bloque de los «culpabilistas» (los conservadores, el clero, el ejército, la clase provincial de los propietarios de tierras) que veía en el ataque a los militares el intento de sabotear a Francia. Los anti-Dreyfus hallaron en *Carlos Maurras*, un periodista que propugnaba un nacionalismo integral, monárquico, con fobia hacia los alemanes y antisemita, y en la *Action française*, un movimiento y una revista fundados por él, su porta-estandartes. La campaña contra los judíos fue tan violenta que produjo, por reacción, un contrapuesto «nacionalismo» judío, el *sionismo*, que tuvo como teórico al periodista vienés Teodoro Herzl, quien en el primer congreso mundial sionista de Basilea (1897) defendió el asentamiento de todo el pueblo judío en Palestina, donde ya existían comunidades israelitas.

La rehabilitación de Dreyfus (1906) dio a la pequeña burguesía francesa la oportunidad de desarrollar a través del partido radical un papel político verdaderamente activo. Los ministros Waldeck-Rousseau primero y Combes después daban comienzo a una lucha cerrada contra las congregaciones religiosas y las escuelas confesionales: se

llegaba a la incautación, por parte del estado, de los bienes de la Iglesia, a la ruptura de las relaciones con la Santa Sede y, en 1905, a la separación entre Estado e Iglesia. Esta política visceralmente anticlerical escondía, sin embargo, una lenta pero progresiva regresión conservadora: el propio *Clemenceau*, uno de los mayores artífices de la rehabilitación de Dreyfus, procedió, a partir de 1906, a una política autoritaria contra las huelgas, por lo que fue abandonado por la mayoría de los socialistas y acabó por convertirse en el instrumento de la gran burguesía industrial, preparando el camino a *Raymond Poincaré*, jefe de un gobierno conservador en 1912 y el año siguiente presidente de la república. Lorenese, ardiente nacionalista, declaró que «no veía para los franceses de su tiempo otro motivo de existencia que la esperanza de recuperar las provincias perdidas» y dio curso a una poderosa política de armamento que demostró cómo la voluntad de guerra del gobierno francés ciertamente no era menor que la del gobierno alemán.

La España de la Restauración

El 29-12-1874 el general Martínez Campos dio un golpe de estado en Sagunto para restaurar el régimen monárquico en la persona del príncipe Alfonso (Alfonso XII), de 17 años de edad, hijo de la destronada Isabel II, que en 1870 había abdicado en él sus derechos al trono. En un manifiesto firmado por el todavía príncipe Alfonso en Sandhurst (Inglaterra) se proclamaba que la única garantía del orden y del bienestar de España era una monarquía hereditaria y representativa. El autor del manifiesto y el inspirador y organizador de todo el movimiento de restauración era el político malagueño Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897), que hasta entonces había simultaneado las actividades políticas con las literarias como historiador. El pronunciamiento del general Martínez Campos fue bien acogido por gran parte de la población deseosa del orden, y el 14-1-1875 entraba en Madrid el nuevo Rey Alfonso XII.

Cánovas fue un político de amplia visión que comprendió la necesidad de que quedasen plenamente incorporados al movimiento de la restauración los grupos políticos liberales. Para ello propugnó un sistema político parlamentario claramente imitado del inglés, en que se turnasen pacíficamente en el poder y en la oposición los dos partidos más significativos del país: el conservador del que fue jefe el mismo Cánovas, y el liberal, depurado de sus elementos más extremistas, que habían derivado hacia el republicanismo. Para lograr sus planes, Cánovas, a quien se habían conferido poderes provisionales, reunió una asamblea nacional de antiguos senadores y diputados de diversas legislaturas, de la que salió una «comisión de notabilidades», encargada de redactar una Constitución. Entretanto, se convocaron elecciones por sufragio universal y las Cortes en ellas elegidas aprobaron el proyecto de Constitución en febrero de 1876.

La Constitución de 1876 era esencialmente monárquica y contenía una declaración de derechos individuales de inspiración liberal. Atribuía el poder legislativo al Rey y a las Cortes. Estas estaban compuestas de dos Cámaras: Congreso de diputados elegidos directamente por sufragio de acuerdo con la ley electoral, y Senado con diversos grupos (senadores por derecho propio, por nombramiento real, por elección cualificada). El rey tenía atribuciones para convocar y disolver conjunta o separadamente las Cámaras y tenía derecho de veto a los proyectos de ley ya aprobados por las Cortes.

La base político-social que apoyaba la restauración y para la que estaba pensada la Constitución, estaba constituida por los dos partidos más significativos. El *Partido conservador*, de inspiración liberal moderada, estaba acaudillado por Cánovas, al que apoyaba en general la aristocracia castellana y andaluza, los terratenientes bien situados y las clases medias más amantes del «orden». El *Partido liberal* estaba apoyado principalmente en elementos de la clase media más progresista (comerciantes, industriales, etc.), muchos de los cuales habían participa-

do en las tendencias revolucionarias de la época anterior y habían quedado desilusionados o asustados por los «excesos» a que podía llevar la revolución liberal. Su jefe era el político logroñés Práxedes Mateo Sagasta (1827-1903), ingeniero de caminos que había participado activamente en la política progresista del intento de revolución liberal. Ambos partidos admitían plenamente la legalidad constitucional y se comprometieron expresamente en 1885 a acatarla y defenderla, aceptando las reglas de juego fijadas en la Constitución. Quedaban al margen del juego político otros grupos que no aceptaban sus reglas, como los carlistas, republicanos y las nacientes agrupaciones obreras socialistas y anarquistas. El sector numéricamente importantísimo del proletariado campesino y en su grado el naciente proletariado urbano estaban aún faltos de organización política.

Los dos partidos dominantes con una diferenciación ideológica muy poco profunda y muy imprecisa, instauraron el *sistema de turno* político, por el que mientras uno gobernaba el otro permanecía en la oposición y al llegar al poder ninguno de los dos pretendía instaurar un régimen que respondiese únicamente a su ideario y fuese incompatible con el del partido de la oposición.

El sistema del turno político funcionó ininterrumpidamente hasta la grave crisis interior provocada en España en tiempo de la I Guerra Mundial. El sistema dio una gran estabilidad al Gobierno, con todas las ventajas que ello supone, pero adoleció desde un principio de una gran falta de representatividad real, con lo que grandes sectores de la población, cada vez más numerosos y gradualmente organizados, quedaban marginados de las tareas de gobierno.

Este defecto se dejó sentir particularmente en el campo electoral. Al principio los conservadores no admitieron el sufragio universal. Estimaban que el pueblo carecía de madurez política y era excesivamente voluble, y que, por tanto, la práctica consecuente del sufragio universal sería incompatible con el régimen constitucional recién restau-

rado. En la ley electoral de 1878, elaborada y aprobada por los conservadores, se establecía el sufragio restringido en su modalidad de *sistema censitario*, por el que sólo quedaban incluidos en el censo electoral de personas con derecho a voto los varones de más de 25 años que perteneciesen a determinados grupos sociales de nivel superior, como eran los propietarios agrícolas que tributasen como mínimo una determinada cantidad, los no propietarios que pagasen en concepto de contribución industrial una cierta cantidad mayor que la de los propietarios rurales, y las llamadas «capacidades», es decir, ciudadanos que, sin pertenecer a las categorías anteriores tuvieran título universitario, fuesen funcionarios de rango cualificado o hubiesen destacado por méritos cívicos.

Aunque en 1890 se eliminaron las restricciones censitarias, de hecho la inercia, el desinterés político inicial de las clases sociales inferiores y el sistema de presentación y admisibilidad de las candidaturas hizo que la representatividad política del sistema no mejorase sustancialmente.

Durante el período de unos cincuenta años comprendido entre la Restauración (1875) y la Guerra Civil (1936), España tuvo una población en constante crecimiento del que dan idea las siguientes cifras (en millones de habitantes): 15,6 (en 1860); 18,7 (en 1890); 19,9 (en 1910). El país estaba, sin embargo, relativamente poco poblado y la densidad de España era una de las más bajas de Europa, con excepción de los Países Escandinavos: en 1930 España tenía 47,6 habitantes por kilómetro cuadrado frente a 272 de Bélgica, 190 de Gran Bretaña, 138 de Alemania, 134 de Italia, 76 de Francia, 74 de Portugal. La distribución de la población era muy desigual en las diversas regiones del país.

El ritmo de crecimiento se había acrecentado al disminuir considerablemente desde los últimos años del siglo XIX y primeros del XX la tasa de mortalidad. El año 1918 el crecimiento quedó ocasionalmente frenado por la gran mortandad (casi 150.000 muertos) producida por la gripe, incubada en el ambiente de la I Guerra Mundial.

La economía española no se desarrolló al mismo ritmo que la población y gran parte de las zonas agrícolas de Andalucía, Murcia, Extremadura, Castilla y Galicia no podían dar trabajo al incremento de población. En consecuencia, hubo al principio del período una constante corriente migratoria dirigida hacia Latinoamérica, principalmente hacia Argentina, Brasil y Cuba. Este movimiento migratorio fue decreciendo progresivamente, sin llegar a desaparecer. En su lugar se fue incrementando la migración interregional. Los centros de atracción fueron las grandes ciudades (sobre todo Madrid y Barcelona) y las zonas industriales de Cataluña y Vizcaya.

La población española era fundamentalmente agrícola y en el campo la propiedad estaba muy desigualmente repartida: un 2 por 100 de los propietarios era dueño del 47 por 100 de las tierras. Los métodos de cultivo eran muy atrasados, la productividad muy pequeña y la retribución de la mano de obra asalariada muy baja. Los terratenientes invertían en el campo una mínima parte de sus beneficios y la mayor parte de éstos pasaban a cuentas corrientes bancarias o a inversiones consideradas como seguras. En contraposición a lo que ocurría en otros países europeos, en España no existía una clase media alta numerosa y sólida con recursos económicos que invertir en el desarrollo industrial. Había un grupo numéricamente reducido de familias extraordinariamente ricas, unas procedentes de la vieja aristocracia y otras enriquecidas en negocios coloniales, navieros o de la naciente industria. Esos pequeños grupos se concentraron en los grandes bancos y a través de ellos financiaron el desarrollo industrial. De ello se siguió una característica típica de la economía española: el predominio absoluto del capital bancario en el desarrollo industrial.

Al hallarse la industria española mucho menos desarrollada que la de otros países de Europa occidental, el movimiento obrero nace y se desenvuelve con un cierto retraso, por ser la fábrica, la mina y los suburbios proletarios de las ciudades industriales los ambientes más ade-

cuados para la concienciación del proletariado como clase social y para su organización en la lucha de clases. La estructura económica fundamentalmente agrícola de España todavía a finales del siglo XIX dio lugar en cambio a que existiese, sobre todo en el Sur, un proletariado campesino constituido por braceros sin tierras propias y sin contratos de arrendamiento que lo uniesen a la tierra, que trabajaba tierras ajenas según las necesidades y conveniencias del propietario o del arrendatario. Este proletariado campesino tiene menos cohesión que el industrial, vive con frecuencia en condiciones miserables y sus ideales de reforma y revolución son diferentes de los del proletariado urbano.

De acuerdo con los principios del liberalismo económico, la contratación de mano de obra se rigió por la ley de la oferta y la demanda, sin intervención estatal. Al ser abundante la oferta de mano de obra como consecuencia del continuo crecimiento demográfico, los patronos, tanto agrícolas como industriales, pudieron ofrecer salarios muy bajos con la seguridad de que serían aceptados. En tales circunstancias, el proletariado vio su única fuerza en la asociación para oponer al poder económico de los patronos el poder de una colectividad numéricamente muy grande, decidida a defender sus intereses. El movimiento obrero español comenzó a organizarse a mediados del siglo XIX, tuvo un efímero desarrollo en el ambiente creado por la revolución de 1868, que quedó drásticamente frenado con la Restauración. Hasta la Ley de Asociaciones de 1887 todo movimiento obrero hubo de actuar en la clandestinidad. En esas condiciones en 1879 se constituyó el *Partido Socialista Obrero Español* (PSOE). En un congreso de 1888 reunido en Barcelona se creó la agrupación sindical de inspiración socialista UGT (Unión General de Trabajadores), íntimamente vinculada al Partido Socialista. El movimiento socialista tuvo su centro principal en Madrid y arraigó en Castilla la Nueva, Extremadura, País Vasco, Asturias y zonas industrializadas de Andalucía y Levante.

La ideología del socialismo español se basó en el materialismo dialéctico marxista con su idea básica de la lucha de clases, la conquista del poder por el proletariado y la transferencia al estado socialista de todos los bienes de producción. Para ello el socialismo propugnaba la acción política de las masas obreras racionalmente planificada por el Partido. Los instrumentos fundamentales de acción fueron la propaganda, la huelga y la acción política legal dentro de las normas constitucionales, con exclusión de la violencia.

El anarquismo tenía orígenes más antiguos. En los años anteriores a la Restauración estuvo en España el anarquista italiano Fanelli, discípulo y amigo de Bakunin, difundiendo sus ideas y organizando el movimiento anarquista. La más importante realización concreta fue la fundación de una Federación Obrera Regional Española, que inicialmente agrupó todo el movimiento obrero español y fue disuelta por el Gobierno ya en 1872 y definitivamente en 1874. A pesar de ello, el movimiento anarquista continuó ganando adeptos en la clandestinidad. Las zonas en que se desarrolló con mayor vigor fueron Cataluña, Levante, Andalucía y valle del Ebro.

El antagonismo entre socialismo marxista y anarquismo se dejó sentir en España en una distanciación y con frecuencia oposición entre anarquistas y socialistas. Entre 1874 y 1881 el anarquismo actuó en la clandestinidad y al volver a la legalidad aparecieron en el movimiento dos tendencias distintas, la anarco-colectivista y la anarco-comunista. La primera, basada principalmente en las ideas de Bakunin, propugnaba como medio inmediato la lucha sindical para obtener mejoras, y como objetivo último la creación de una sociedad no clasista en la que no habría propiedad individual, sino colectiva, y donde se retribuiría al individuo según su trabajo. El anarco-comunismo reflejaba ideas de Kropotkin y de Malatesta, consideraba a los sindicatos como excesivamente burocratizados y promovía la creación de grupos de acción revolucionaria para la destrucción de la estructura social

burguesa. Esta segunda tendencia minoritaria, principalmente extendida en el campo andaluz, realizó numerosos sabotajes (quema de cosechas) y dio lugar al mito de la *Mano Negra*, supuesta sociedad secreta a la que se atribuyó en 1883 un plan sistemático de crímenes de subversión social. La represión gubernamental fue durísima: la audiencia de Jerez dictó, por ejemplo, a finales de marzo de 1883 quince penas de muerte por un solo asesinato. Con ello se desarticuló por algún tiempo el movimiento anarquista en Andalucía y se dio un duro golpe al de otras regiones. Durante dos décadas se impuso en toda España el anarco-comunismo que llevó a atentados terroristas (intentos de magnicidio, bombas del Liceo de Barcelona, etc.) y a una durísima represión culminada en los procesos de Montjuich. En 1910 se impuso la corriente anarco-colectivista, con la creación de la CNT (Confederación Nacional del Trabajo). Al acabar la I Guerra Mundial la CNT se lanzó, sobre todo en Cataluña, a una serie de huelgas planteadas con frecuencia independientemente y a veces con la oposición de los socialistas. El resultado fue una dura represión en la que se utilizaron pistoleros a sueldo de los grupos patronales.

En la estructura geográfica del Estado español hay tres regiones notablemente diferenciadas del resto por su lengua y peculiaridades culturales: Cataluña, País Vasco y Galicia. En las dos primeras de esas regiones se desarrolló desde finales del siglo XIX un movimiento nacionalista de características muy distintas en cada región.

El desastre colonial español

Al producirse la independencia de América española, Cuba era el centro económicamente más importante del sistema colonial español, ya que concentraba en sí el 35 por 100 de todo el tráfico comercial del imperio colonial con la metrópoli. Como consecuencia, la prosperidad de los grandes propietarios y comerciantes cubanos estaba estrechamente vinculada a España. Por otra parte, la

estructura demográfica de la isla, donde en tres siglos había sido exterminada la población indígena caribeña y sustituida por grandes masas de esclavos negros, ofrecía una notable disparidad respecto al resto de la de América latina, con excepción de algunas zonas de Brasil. Tras la rebelión de los esclavos negros de Haití (1791-1804), los propietarios cubanos vieron en el poder colonial español su mejor protección frente a los esclavos. Todo ello explica que el movimiento anticolonial tuviese en Cuba características propias. El ideal independentista sólo arraigó durante la primera mitad del siglo XIX en minorías de intelectuales sin apoyo en los grandes propietarios ni en la masa de la población. En 1843 se produjo una revuelta de esclavos negros duramente reprimida y tanto por parte de algunos cubanos propietarios como de algunos políticos estadounidenses se dio una tendencia favorable a la anexión de Cuba a Estados Unidos. Aunque esta tendencia quedó en gran parte frustrada al abolirse la esclavitud en Estados Unidos (1863) y vencer los Estados del Norte a los Estados esclavistas del Sur en la Guerra de Secesión (1861-1865), desde Estados Unidos se apoyó sistemáticamente el descontento de las clases dirigentes cubanas respecto al régimen colonial español. Por su parte, la política colonial española careció de visión y se resistió sistemáticamente a ir concediendo en el momento oportuno un cierto grado de autonomía administrativa. Como consecuencia el descontento aumentó e hizo presa en sectores muy diversos de la población. Aparte de minorías de intelectuales, hubo importantes grupos de terratenientes hostiles al régimen colonial español encabezados por Carlos Manuel Céspedes (1819-1874). Surgieron importantes líderes populares con gran eco en las masas como José Martí (1853-1895), hijo de españoles, que organizó el Partido Revolucionario Cubano, y murió en la lucha por la independencia; Maceo (1845-1896), Máximo Gómez, Donato Mármol, Calixto García, etc., que organizaron la resistencia armada. La rebelión abierta comenzó con el Grito de Yara (1868), que dio lugar a la llamada *Guerra Grande* o *Guerra de los Diez Años*: se declaró la indepen-

dencia, se creó un Gobierno y se abolió la esclavitud con lo que la rebelión se extendió por toda la isla. Con ello la población rural se incorporó de lleno a la revolución, mientras que un importante sector de la oligarquía cubana hizo causa común con España. Las fuerzas militares españolas, mandadas sucesivamente por el conde de Valmaseda, el general Concha y el general Martínez Campos, hubieron de hacer frente a una continua guerra de guerrillas con apoyo total en la población rural, parcial en las ciudades y ayuda exterior norteamericana. Martínez Campos actuó con moderación, logró algunos éxitos militares y aprovechó el desgaste de los insurrectos para firmar con ellos la paz (Convenio de Zanjón de 10-2-1878). Cuba obtenía cierto grado de autonomía y la esclavitud quedaba abolida.

El sector más radical encabezado por Martí no reconoció el convenio y mantuvo la resistencia armada en menor escala, dando lugar a la llamada *Guerra Chiquita* (1878-1895). Durante ese tiempo el movimiento independentista fue cobrando fuerza ante la incapacidad del Gobierno español para hallar una solución política concediendo un régimen autonómico, y el claro apoyo estadounidense al movimiento independentista.

La Guerra de Independencia (1895-1898) se declaró por el Grito de Baire (24-2-1895) y el Manifiesto de Monte Cristo (25-3-1895). Los choques de las fuerzas españolas con las partidas cubanas fueron frecuentes y nunca decisivos. En el mando español el general Weyler sustituyó a Martínez Campos y se hizo famoso por la dureza de sus medidas represivas contra la población civil del campo. Sus éxitos tácticos quedaron desvirtuados por la hostilidad general provocada por sus medidas tanto en Cuba como en parte de la opinión española y en la internacional. Los Estados Unidos aprovecharon el estado de opinión para intervenir de forma abierta. La concesión el 26-11-1897 de una Constitución con un amplio régimen autonómico fue tardía: no satisfizo ni a la mayor parte de los insurrectos ni a los Estados Unidos. El 15-2-1898 tuvo

lugar en el puerto de La Habana la voladura del buque de guerra estadounidense *Maine* por causas no aclaradas. Estados Unidos utilizó el pretexto para declarar la guerra a España.

Una situación análoga a la de Cuba se dio en Filipinas, próspera colonia, donde la población indígena, desprovista de derechos políticos, se mostraba muy descontenta desde comienzos del siglo XIX. Los principios liberales de la Constitución de 1812 animaron las tendencias autonomistas e independentistas. Aunque se expulsó a los sudamericanos para que no contagiasen a los naturales con sus ideas anticoloniales, las rebeliones se sucedieron (1841, 1854, 1872), se crearon sociedades secretas anticoloniales y en 1896 estalló la llamada *Insurrección tagala* o Revolución de Filipinas. La dureza y falta de tacto político de la represión española, dirigida por el general Polavieja, culminó en el fusilamiento del líder filipino Rizal (1896) y enconó la situación. El nuevo jefe independentista Aguinaldo aprovechó la intervención de Estados Unidos, consiguió sublevar a todas las islas, proclamó la independencia e hizo inútil el intento tardío del gobierno español de conservar la soberanía ofreciendo a las islas una amplia soberanía.

Durante todo el conflicto cubano los Estados Unidos se habían mostrado claramente partidarios de los insurrectos cubanos. Un importante sector de la opinión norteamericana veía la solución en una incorporación de las Antillas españolas a los Estados Unidos, por compra o por conquista, como había ocurrido anteriormente con otros territorios españoles (Florida, Luisiana). La actividad estadounidense era producto de la política monroísta («América para los americanos»), del marcado imperialismo expansionista, de los intereses económicos norteamericanos en la isla (importantes inversiones) y de la propaganda de los exiliados políticos cubanos que encontraban excelentes argumentos en las medidas de la política colonial española y en la dureza de la represión. En la actitud norteamericana se aprecia un rápido avance hacia

un abierto intervencionismo. El 4-4-1896 el secretario de estado de Estados Unidos en una nota al gobierno español ofrecía su mediación en el conflicto cubano reconociendo la soberanía española, pero recomendando un cese de las duras medidas represivas y la concesión de un régimen autonómico. El 7-12-1896 el presidente Cleveland anunció a las Cámaras norteamericanas que Estados Unidos intervendría militarmente en Cuba si España no era capaz de acabar pronto con el conflicto armado e insinuó la posibilidad de una compra de la isla. El 26-6-1897 el embajador norteamericano en Madrid entregó una nota protestando por la dureza de la represión en Cuba y apremiando la concesión de un régimen autonómico. El 23-9-1897, en una nueva nota, se ofrecía nuevamente la mediación norteamericana y se fijaba un plazo (algo más de un mes) para aceptarla o para terminar antes satisfactoriamente con el conflicto. El 9-2-1898 fue publicada en la prensa americana una carta privada del embajador español en Washington (Enrique Dupuy de Lome) al presidente del Consejo de Ministros español (Canalejas), en la que se hablaba en términos ofensivos del nuevo presidente americano (McKinley): la reacción de la opinión americana fue muy hostil. El 15-2-1898 voló en La Habana el acorazado americano *Maine*, que se hallaba en el puerto para proteger los intereses de la población estadounidense de la isla. En la explosión perecieron 266 tripulantes. La comisión investigadora española atribuyó el siniestro a explosión interna. La comisión investigadora americana, más tarde rectificada por otros informes americanos (1902, 1911, 1912), vio la causa de la explosión en una mina submarina colocada junto al casco del buque e inculpaba a los españoles. El suceso creó en Estados Unidos un estado de opinión favorable a la guerra. El 19-2-1898 los norteamericanos exigieron la venta inmediata de Cuba a USA por 300 millones de dólares, amenazando en caso contrario con la intervención armada. El 29-3-1898 el presidente McKinley exigió del Gobierno español la firma de un armisticio con los cubanos. El 11-4-1898 McKinley comunicó a las Cámaras el informe americano sobre la voladura del *Maine* y

mostró la necesidad de un conflicto armado. El 19-4-1898 el Congreso americano votó la resolución conjunta (*joint resolution*), que exigía de España la renuncia a la soberanía y la retirada de las fuerzas armadas españolas. Estas decisiones fueron presentadas al Gobierno español en forma de ultimátum con un plazo de tres días. El ultimátum no fue aceptado y comenzó una guerra con notoria desigualdad de potencia militar entre los contendientes, calificada como la última guerra entre caballeros. El desarrollo de las operaciones militares fue rápido y ocurrió simultáneamente en dos frentes: Filipinas y Cuba.

En Filipinas la escuadra americana llegó el 30-4-1898 a la bahía de Manila. En la boca de la bahía (Cavite) destruyó a la exigua, débil y anticuada escuadra española mandada por el almirante Montojo el 1-5-1898. El 2-5 se rendía el arsenal de Cavite. Manila resistió hasta el 12-8-1898, con lo que concluyó la resistencia española, fuera de la de un grupo de españoles que continuó la resistencia en Baler (isla de Luzón) hasta un año más tarde (2-7-1899).

En Las Antillas, al declararse la guerra, la escuadra americana comenzó el bloqueo de las islas. La débil escuadra española del Atlántico mandada por el almirante Cervera fue enviada a Santiago de Cuba, donde quedó encerrada y bloqueada por la americana dentro del puerto. El 21-6-1898 los norteamericanos desembarcaron en Daiquirí 16.000 hombres que se unieron a los cubanos. Las fuerzas conjuntas cubano-norteamericanas fueron arrojando la resistencia española y pusieron sitio a Santiago. Cervera recibió la orden de salir de Santiago con su escuadra, que fue aniquilada por la americana el 3-7-1898. El 16-7-1898 se rindió Santiago y terminó virtualmente la campaña de Las Antillas.

Desde el punto de vista militar, ambas campañas, frente a un enemigo mucho más fuerte, fueron desastrosas. Se ha afirmado tradicionalmente que en el desastre del 98 España lo perdió todo menos el honor. Estados Unidos impuso unas condiciones drásticas para la paz firmada en París el 10-12-1898. España perdió definitiva-

mente los restos de su imperio colonial. El desastre tuvo importantes repercusiones en la política interior: cierre de uno de los principales mercados exteriores españoles, sobrecarga del presupuesto nacional con los gastos de guerra, amargura ante la ineptitud de la política colonial del Gobierno, repatriación de un ejército derrotado que resultaba numéricamente excesivo (sobre todo en sus cuadros de mando) para las necesidades de España y acostumbrado a un protagonismo político en el mantenimiento del orden de las antiguas colonias.

Crisis y guerras en los Balcanes

En 1908 estallaba en Turquía una revuelta de oficiales y de intelectuales, los «jóvenes turcos», que primero obligaron al sultán *Abdul Hamid*, que había reinado como un soberano absoluto desde 1876, a conceder una constitución, y después le derribaron poniendo en el trono a su hermano *Muhammad V*: el programa de los insurrectos era el de «europeizar» y renovar radicalmente las estructuras de un imperio que desde hacía treinta años se encontraba en plena ruina, de cerrarlo a la explotación sistemática de Alemania, Francia e Inglaterra, de oponerse a las pretensiones expansionistas de Rusia y de Austria-Hungría, de reprimir *manu militari* la acción disgregadora y centrífuga de las minorías étnicas y religiosas. Austria temió, entonces, que los «jóvenes turcos» quisieran reivindicar Bosnia Herzegovina y como medida de prevención procedió a la anexión del estado. Este movimiento suscitó un coro de protestas y Serbia viendo esfumarse su programa de adueñarse de todos los territorios habitados por eslavos, llegó a ponerse en pie de guerra, apoyada por Rusia.

Inglaterra, contraria naturalmente, a una expansión rusa en el Mediterráneo, apoyó a Turquía, mientras Alemania, por su parte, se opuso a la pretensión austriaca de declarar una guerra preventiva contra Serbia. El estallido

Desmembración de los territorios europeos del Imperio Otomano en 1913



— Frontera del Imperio Otomano en 1912

..... Frontera del Imperio Otomano tras los tratados de 1913

Territorio anexionado a Montenegro

Territorio anexionado a Serbia

Territorio anexionado a Grecia

Territorio anexionado a Bulgaria

Reino de Albaina

de un conflicto mundial se había eliminado momentáneamente.

La guerra italo-turca puso de nuevo sobre el tapete la cuestión de Oriente, y los estados balcánicos, abandonados momentáneamente los particularismos, se unen en una liga para apresurar la caída del imperio otomano, debilitado por el fracaso militar y por las alteraciones internas. En octubre de 1912, Servia, Bulgaria, Grecia y Montenegro atacan a Turquía, aunque con el objetivo político de oponerse a la expansión austro-húngara. Las derrotas sufridas por el ejército otomano avivan la pretensión servia de una salida al Adriático, mientras Bulgaria, descontenta del reparto de los territorios quitados a los turcos con la *paz de Londres* (mayo de 1913), obtiene la protección de Austria y ataca a Servia. Inmediatamente a favor de esta última se alistan Rumania, Grecia (irritada por la ocupación italiana del Dodecaneso), Montenegro y Turquía. Austria-Hungría amenaza entonces con intervenir contra esta coalición, pero ello es impedido por la firme prohibición de sus aliados, Alemania e Italia, que se hacen promotores de la *paz de Bucarest* (agosto de 1913). Las negociaciones, aunque ventajosas para Grecia y Albania, que se hace independiente, no hacen más que aumentar la desilusión y el descontento. Estamos a un año exacto del estallido de la primera guerra mundial: en realidad la tensión internacional es tal que basta una chispa para desencadenar la conflagración.

XI. LA CULTURA EN LOS ALBORES DEL NUEVO SIGLO

El nuevo ambiente cultural

Precisamente mientras la clase dominante burguesa alcanzaba el apogeo de su poder y de su fuerza se podían observar las primeras resquebrajaduras del sistema, y ello aparecía con más evidencia aún en la transformación radical que estaba sufriendo la cultura, dominio indisputable, desde siempre, de las clases que detentaban el poder. Ciencia, arte y literatura participan en la crisis determinando conjuntamente, como observa Barraclough, «el derrumbamiento de la tradición humanista, dominante en el pensamiento europeo desde el Renacimiento en adelante». Filósofos y científicos se rebelan contra el positivismo, que exalta el racionalismo del XIX que representaba al hombre como ser autónomo y creador del propio destino. *Freud*, en el campo de la psicología, *Durkheim*, *Max Weber* y *Pareto*, en el de la sociología, *Nietzsche* y *Bergson* en el de la filosofía, contribuyen en varia medida a desmitificar la figura del hombre heredero de la revolución francesa «individuo capaz de coordinación y de respuesta inteligente y previsible ante los sucesos».

La ciencia rechaza los esquemas con que en el siglo XIX se había creído poder encerrar todo el universo: en 1898 *Roentgen* descubre los rayos (llamados X) capaces de atravesar cuerpos opacos, *Becquerel* la radioactividad del uranio, los *Curie* el radio, llevando a cabo los primeros pasos hacia el más sensacional descubrimiento del siglo

XX. En 1900 *Planck* enuncia la teoría de los «quantos» revelando las contradicciones de la física clásica y entre 1905 y 1915 *Einstein* elabora la teoría de la relatividad que niega todo lo que hasta entonces se había supuesto, es decir, que las leyes físicas eran regularmente válidas para todo el universo, mientras, por el contrario, el contenido de una ley depende del sistema de referencia.

En literatura, en pintura, en música, crece la desconfianza en los valores de la sociedad del XIX. *Ibsen*, *Chejov*, *Tolstoi*, si bien moviéndose en el ambiente naturalista —aunque de un naturalismo crítico— ponen al descubierto las taras de un sistema en crisis, abren caminos nuevos, muestran nuevos puntos de referencia, mientras nacen nuevas formas artísticas como el expresionismo, el futurismo, el cubismo, el atonalismo, la dodecafónica (y, pocos años después, el dadaísmo, el surrealismo, el arte abstracto) que, en la búsqueda de nuevos medios expresivos, contribuyen a barrer la herencia de una cultura secular, entonces completamente esclerotizada, abatiendo, uno a uno, los ideales y los fetiches del siglo XIX. «El arte digno de este nombre», dirá Paul Klee no muchos años más tarde, «no da lo que es visible, sino que abre los ojos a lo invisible».

En 1901 salen *Los Buddenbrooks* de *Mann*, en 1902 *Picasso* y *Wright* hacen sus primeras experiencias, en 1904 *Pirandello* con *El Difunto Matías Pascal*, su polémica antiburguesa, en 1908 aparecen ante un público asombrado y escandalizado, los primeros cuadros cubistas y en 1909 *Marinetti* lanza el programa incendiario de los futuristas que proclaman la guerra como «única higiene del mundo»; en 1913 se publica *Alcools* de *Apollinaire* fuente de experiencias radicales en el plano estilístico del contenido. El cinematógrafo, uno de los más poderosos medios de expresión y de comunicación de nuestro siglo, produce los primeros «Kolossal», mientras en religión el complejo movimiento modernista representa un intento demasiado radical y prematuro de renovación de la cultura religiosa y de las estructuras eclesiásticas y será condenado por Pío X

en 1907, si bien algunas de sus posiciones serán recogidas y reconocidas como legítimas por el Concilio Vaticano II.

Pero a la larga el rechazo de la razón y la creciente desconfianza en los principios democráticos que habían sido la herencia de la revolución francesa pero que ahora se revelan incapaces de poner freno a la despersonalización y a la alienación de masas cada vez más vastas de individuos, llevaban inevitablemente a la constitución y al nacimiento de movimientos que exaltaban la intuición, la voluntad, la acción, la potencia, la guerra. Ardían por doquier incendios de fanatismo nacionalista, mientras ciertas imprentas y la hábil propaganda de los grupos de poder trataban de dirigir e instrumentalizar el fermento de las masas hacia objetivos comodín. Estamos en los umbrales de una época que los verá reaccionar contra la revolución soviética la praxis activista de los movimientos fascistas: la guerra mundial, ahora en puertas, los hará del todo manifiestos.

Las nuevas corrientes

Tres poderosas corrientes ideológicas llegan con fuerza arrolladora a los albores del nuevo siglo, dejando en él huellas indelebles de su fuerza a veces constructiva y a veces tremendamente destructiva. Estas corrientes son: el evolucionismo de las especies naturales proclamado por Darwin y que ha obligado a una nueva concepción del universo y especialmente de los vivientes; el marxismo que pretende dar una explicación científica del devenir económico-social de la humanidad y el irracionalismo, por simplificarlo en una sola palabra, representado por Nietzsche. Las tres corrientes coinciden en su enfrentamiento al idealismo. Según Benedetto Croce la coincidencia más importante de las tres corrientes, a primera vista tan alejadas entre sí, es la doctrina de la lucha por la existencia y la supervivencia del más apto que inspira la ideología política tanto del comunismo (con su lucha de clases y su dictadura de la clase más numerosa y experta en la

producción material de los medios de subsistencia) como del imperialismo y el nacionalismo, que transfiere esta lucha de las clases sociales al pueblo y a los estados. Esta doctrina se encuentra en una forma heroica y aristocrática en esa especie de agitada religión que ha recibido su nombre de Nietzsche, un poeta de corazón angustiado».

Aunque Croce considera que los decenios que van de 1871 a 1914 pueden ser llamados la «era liberal», el párrafo anterior nos indica las limitaciones que ya se anunciaban al liberalismo. El socialismo comienza ya a imprimir su sello con partidos políticos, con movimientos revolucionarios, asociaciones obreras de masas, incluso de uniones internacionales, con lo que los Estados se ven obligados a tomar medidas económicas y de reformas político-sociales correctoras del «puro liberalismo». Por otra parte la decadencia de la sociedad burguesa y el descrédito de ciertas formas de democracia se hace tan evidente, que no puede extrañar la coincidencia de Marx y Nietzsche en exaltar la acción directa contra la misma. Marx no duda un solo instante en desautorizar la doctrina socialista de F. Lassalle que, aun admitiendo la lucha de clases, intenta llegar al socialismo por vía legal democrática. Para Marx entre la sociedad capitalista y la comunista que la sustituya, sólo es posible la dictadura del proletariado.

Por su parte, Sigmund Freud describía la existencia y la importancia, inesperadamente fuerte, de los impulsos inconscientes en la vida humana. El irracionalismo ocupa una buena parte de la racionalidad del hombre. La explotación de este irracionalismo individual y masivo, y de la exaltación de la acción directa, va a tener factores involuables en la próxima historia europea y mundial. Hombres nacidos en los últimos decenios del siglo XIX, Lenin (1870), Stalin (1879), Mussolini (1883), Hitler (1889) marcarán indeleblemente con sus ideas y su acción la historia del siglo XX.

Estas tres poderosas corrientes coinciden también en su misma esencia o al menos por la interpretación que

entonces se les da —el darwinismo, por ejemplo, ha recibido en nuestros días una interpretación más matizada en la enemistad hacia las religiones reveladas y, en primer término, contra el cristianismo—.

La crisis en el culto o práctica religiosa se agudiza y la fe cristiana aparece ante muchos como elemento residual de un pasado ignorante. Por otra parte los intentos de acomodación a las nuevas corrientes iniciadas por algunos teólogos con el llamado «modernismo» no hallan acogida ni siquiera comprensión en los medios oficiales eclesiásticos y provocan más bien un problema más.

Las iglesias protestantes se refugian —al menos en lo que a los fieles se refiere— en unas *actividades* humanitarias, de educación, filantrópicas de todo orden en las que la reflexión o especulación doctrinal ocupa poco lugar. El *Ejército de Salvación* o incluso la *Ciencia cristiana*, a pesar de su pomposo nombre, son organizaciones de este tipo nacidas ambas en la década de 1870. El pueblo protestante sigue una interpretación literal tradicionalista de la Biblia, mientras que los teólogos comienzan a aplicar con audacia increíble la interpretación científica comenzando por una inmisericorde crítica textual.

Ambas tendencias se dan también en la Iglesia católica pero, como es comprensible, en un grado muy inferior. No en vano el Concilio Vaticano I (1870) exalta al máximo el poder doctrinal no sólo jurisdiccional del Papa. Hay una cosa sin embargo en que todas las Iglesias cristianas coinciden: en el espíritu misional. Por lo demás, en Roma va disminuyendo poco a poco la aversión al liberalismo y al nacionalismo que se habían convertido en obsesión durante la lucha política (Italia-Estados Pontificios). Desaparecido Pío IX las aguas van volviendo a su cauce y León XIII comienza una etapa mucho más constructiva que cristaliza en algunos documentos trascendentes como la encíclica *Rerum Novarum*. El neoescolasticismo crea, o por lo menos actualiza una doctrina social de sello cristiano que sin concesiones a la revolución y a la acción directa propugna reformas importantes en las relaciones labora-

les. Muchas congregaciones religiosas tanto de hombres como de mujeres dedican su actividad exclusiva o principal a la educación de la juventud.

Crisis y vitalidad religiosa conviven a finales del siglo XIX y ambas se preparan a nuevas batallas, algunas sangrientas, en nuestro siglo. Comunismo, nacismo, fascismo... En definitiva, un siglo rico en acontecimientos políticos, en progreso científico, en pensamiento filosófico, económico y social y en apertura cultural.

INDICE TEMATICO

A

Absolutistas españoles, 82, 83.
Abstracto, Arte, 192.
Addis-Abeba, Paz de, 157.
Africa, Reparto de, 152, ss.
Alejandro II, 163, 164.
Alfonso XII, 91, 175, ss.
Amadeo de Saboya, 86, ss.
Americana, Emancipación, 92, ss.
Anarquismo, 114, 115, 162, 163, 181, 182.
Andersen, 141.
Anglo-boer, Guerra, 156.
Apostólicos, 33, 34.
Arrieta, 148.
Arte, 144, ss.
Ayacucho, Batalla de, 93, 98.

B

Bakunin, 114, 115.
Balcanes, 108, 109, 170, 171, 188, ss.
Balzac, 137.
Bécquer, 136.
Beethoven, 130, 147.

Bergson, 191.
Berlín, Conferencia de, 154.
Bernstein, 160, 161.
Biblia, Crítica textual de la, 195.
Bismarck, 75, ss., 108, 109, 157, 158.
Blanc, Louis, 20.
Blanqui, Auguste, 20.
Bolívar, 95, ss.
Borodin, 147.
Brahms, 130, 147.
Bucarest, Paz de, 190.
Byron, 131.

C

Cabrera, 36, 84.
Cánovas del Castillo, 91, 175, ss.
Carlistas, 34, ss.
Carlistas, Guerras, 34, ss., 83, 84, 87, 91.
Carlos X de Francia, 25, 26.
Carlos Alberto de Piamonte, 42, 43, 48, ss., 54.
Carlos Isidro, 33, ss., 83.
Castelar, 88, ss.
Cavite, Batalla de, 187.

Cavour, 59, ss.
Cézanne, 146.
C.G.T., 161, 162.
Cinematógrafo, 192.
Clemenceau, 175.
C.N.T., 182.
Colonial español, *Desastre*, 182, ss.
Comte, 142, 143.
Comuna de París, La, 111, ss.
Comunista, *Movimiento*, 109, ss.
Concilio Vaticano I, 195.
Constituciones españolas, 38, 82, 83, 86, 176, 177.
Croce, 193, 194.
Cubismo, 192.
Cultura en el s. XIX, 123, ss.
Cultura en los comienzos s. XX, 191, ss.
Curie, 191.

CH

Chacabuco, *Batalla de*, 95.
Chapí, 148.
Chateaubriand, 133.

D

Darwin, 193.
Democracia Cristiana, 160.
Dickens, 137, 138.
Dodecafonia, 192.
Dostoyevsky, 141.
Dreyfus, 174.
Dumas, 138.

E

Einstein, 192.
Engels, 110.

Esclavitud, 117, 118.
Eslava, 147.
Espartaco, 35, 36, 39, 40, 84.
Espronceda, 135.
Estatuto Real, 37.
Evolucionismo, 193.
Expresionismo, 192.

F

Federico Guillermo IV de Prusia, 57.
Fernando VII de España, 33, 81, 82, 83.
Fernando II de Nápoles, 44, 50, 52.
Francisco IV de Módena, 30, 31.
Francisco II de Nápoles, 67, ss.
Francisco José de Austria, 48, 57, 77, 170.
Franco-Prusiana, *Guerra*, 78, ss.
Frankfort, *Paz de*, 80.
Freud, 191, 194.

G

Garibaldi, 33, 43, 51, 54, 55, 65, 67, ss.
Gaudí, 146.
Gauguin, 146.
Gladstone, 171, 172.
Gloriosa, La, 85.
Goethe, 126, 127.
Gogol, 141.
Gómez Moreno, 36.
Grant, 118.
Grito de Baire, 184.
Grito de Dolores, 98.
Grito de Yara, 183.

Guillermo I de Alemania,
75, 80.

Guillermo II de Alemania,
169.

Guizot, 45.

H

Hegel, 21, ss., 139.

Heine, 129.

Hidalgo, 98.

Hispano-norteamericana,
Guerra, 185, ss.

Hoffman, 129.

Huelgas, 162.

Hugo, Víctor, 133.

I

Ibsen, 141, 192.

Idealismo, 20, ss.

Iglesias, Pablo, 159.

Imperialismo, 104, ss.

Imperialismo alemán, 169,
ss.

Imperialismo de los
EE.UU., 116, ss.

Imperialismo japonés, 121,
122.

Independencia de Bélgica,
28.

Independencia de Cuba,
183, ss.

Independencia de
Filipinas, 185, ss.

Independentismo
americano, 92, ss.

Industrial, Revolución, 11,
ss.

Internacional, Primera,
112.

Irving, 132.

Internacional, Segunda,
157, ss.

Isabel II, 85.

Italiana, Unidad, 57, ss.

Iturbide, 99.

J

Juventud, Educación de la,
196.

K

Kant, 21.

Keats, 132.

Kossuth, 55.

Kulturkampf, 158.

L

Labour Party, 159.

Lamartine, 133.

Lee, 118.

Lenin, 165.

León XIII, 195.

Leopardi, 133.

Liberales españoles, 82, 83.

Liberalismo, 14, ss.

Lincoln, 117, 118.

Londres, Paz de, 190.

Luis Felipe de Orleans, 26,
31, 32.

Luis Napoleón Bonaparte,
(v. Napoleón III), 52, 54,
55, 58.

M

Maine, Acorazado, 185,
186.

Maipu, Batalla de, 95.

Manet, 146.
Mano Negra, 182.
Manzoni, 133.
Máquina de vapor, 12.
María Cristina, 33, 34.
Maroto, 36, 84.
Martí, 183, 184.
Martínez Campos, 89, 175, 184.
Martínez de la Rosa, 37, 134.
Marx, 110, ss., 194.
Maximiliano de Habsburgo, 78.
Mazzini, 32, 33, 43, 53, 55, 69.
Mckinley, 186.
Mehemed Ali, 41.
Mendelssohn, 130, 147.
Mendizábal, 38.
Menotti, Ciro, 30, 31.
Merino, 34, 35.
Metternich, 42, 43, 47.
Misional, Espíritu, 195.
Moltke, 76.
Morelos, 99.
Musorgski, 147.

N

Nacionalismos en España, 182.
Napoleón III (v. Luis Napoleón), 58, 59, 63, 64, 72.
Naturalismo, 136.
Neogótico, 144.
Neohegelianismo, 23.
Nicolás I, 163.
Nicolás II, 164, 165.
Nietzsche, 191, 194.
Novalis, 128, 129.

O

Obrero, Movimiento, 90, ss.
Owen, Robert, 19.

P

Pardo Bazán, 140.
Partidos políticos, 124.
Pereda, 140.
Pérez Galdós, 140.
Pi y Margall, 88.
Picasso, 192.
Pío IX, 42, 44, 50, 53, 54, 73.
Pirandello, 192.
Planck, 192.
Poe, 132.
Poincaré, 175.
Positivismo, 142, ss.
Praga, Paz de, 76.
Pragmática Sanción, 33, 34.
Prim, 84, ss.
Puerta Pía, 72.
Pushkin, 141.

R

Radetzky, 48, 50, 51.
Ratazzi, 72.
Realismo, 136, ss.
República española (1.ª), 88, 89.
Rerum Novarum, 160, 195.
Revolución española del 68, 84, ss.
Revolución rusa de 1905, 163, ss.
Rimsky-Korssakov, 147.
Rivas, Duque, 134, 135.
Roma, capital de Italia, 72, 73.

Roma, Toma de, 72.
Romanticismo, 126, ss.
Romanticismo alemán,
 128, ss.
Romanticismo español,
 134, ss.
Romanticismo francés,
 132, 133.
Romanticismo inglés, 130,
 ss.
Romanticismo italiano,
 133.
Rossini, 147.
Ruso-japonesa, Guerra,
 151, 152.

S

Sagasta, 87, ss., 177.
Saint-Simon, 19.
Salmerón, 88, 90.
San Esteban, Paz de, 108.
San Martín, 95, ss.
Schelley, 131, 132.
Schlegel, 126.
Schiller, 127.
Schubert, 130, 147.
Schuman, 130, 147.
Secesión, Guerra de, 117,
 118.
Sedán, Batalla de, 79.
Serrano, 84, ss.
Sindicatos, 18, 159, 161, ss.
Sinn Fein, 172.
Sionismo, 174.
Social, Cuestión, 17, ss.
Socialdemocracia, 157,
 158.
Socialismo, 16, 17, 158, ss.,
 180, 181.
Socialista Obrero Español,
Partido, 158, 159, 180,
 181.

Soviets, 165.
Spencer, 143.
Strindberg, 141, 142.
Sturm und Drang, 126.
Sucre, 97.
Surrealismo, 192.

T

Tecnológica, Revolución,
 104, ss.
Thiers, 41, 45, 112, ss.
Tolstoi, 192.
Trade Unions, 159, 162.
Triple Alianza, 109.
Trujillo, Armisticio de, 96.

U

U.G.T., 180.

V

Valera, 140.
Van Gogh, 146.
Verdi, 147.
Víctor Manuel II, 64, ss.
Victoria (Reina) de
Inglaterra, 171.
Villafranca, Armisticio de,
 66.
Vives, 148.

W

Wagner, 130, 147.
Weber, 130.
Weyler, 184.
Wordsworth, 131.

Z

Zola, 137, 138, 139.

*Zollverein (Unión
aduanera)*, 29.

Zorrilla, 135.

Zumalacárregui, 35, 36, 84.

Zurich, Paz de, 66.

CUADRO CRONOLOGICO

- 1811 Congreso de Caracas: independencia de Venezuela
- 1811 Independencia de Paraguay
- 1812 Constitución de Cádiz
- 1814-1815 Congreso de Viena
- 1814-1824 Luis XVIII en Francia
- 1815 Fundación de la Santa Alianza
- 1816 Independencia del Río de la Plata
- 1817-18 San Martín atraviesa los Andes
- 1820 Revuelta popular antiaustriaca en Nola
- 1820 Revolución liberal en España
- 1821 Constitución liberal en Portugal
- 1821-29 Insurrección nacional en Grecia
- 1821 Independencia de México y Perú
- 1821 Congreso de Laibach: Intervención de Austria en Italia
- 1821 Independencia de la República Dominicana
- 1822 Independencia de Brasil
- 1822 Invasión de España por los «Cien Mil Hijos de San Luis»
- 1825-1855 Nicolás I Zar de Rusia
- 1827 Batalla de Navarino: destrucción de la escuadra turca
- 1829 Tratado de Andrinópolis
- 1829 Supresión de Bill de test en Inglaterra
- 1830 Conferencia de Londres: Soberanía de Grecia
- 1830 Revolución de Julio en París, Bruselas, Varsovia
- 1830-1848 Luis Felipe de Orleans: Monarquía de Julio
- 1831 Independencia de Bélgica
- 1831 Ola de insurrecciones en Italia
- 1832 Fundación de la Joven Italia por Mazzini

- 1832 Reforma electoral en Inglaterra
- 1832 Fin de la insurrección polaca
- 1833 I Guerra Carlista
- 1834 Unión aduanera (Zollverein) alemana
- 1837-1901 Reina Victoria en Inglaterra
- 1840-2 Guerra del Opio en China
- 1841 Tratado de los Estrechos (Londres)
- 1842 Tratado de Nankin
- 1843-1868 Isabel II de España
- 1845-46 Hambre en Irlanda: emigración masiva a América
- 1846-48 Guerra entre Estados Unidos y México
- 1847 Jornada de 10 horas en las fábricas inglesas
- 1847-49 II Guerra Carlista
- 1847 Guerra del Sonderbund en Suiza
- 1848 Nueva constitución federal suiza
- 1848 Revolución en Francia: caída de la Monarquía de Julio, nueva constitución republicana
- 1848 Luis Napoleón elegido presidente de Francia
- 1848-49 Revolución en Italia
- 1848 Revolución de Marzo en Alemania y Austria
- 1848-1916 Francisco José I de Austria
- 1848-49 Insurrección de Hungría
- 1851 Vuelta al absolutismo en Austria
- 1851 Golpe de estado en Francia
- 1852 Proclamación del Imperio en Francia (Napoleón III)
- 1852 Cavour primer ministro de Piamonte-Cerdeña
- 1857-58 Revuelta de los cipayos en la India
- 1858 India colonia británica
- 1859-69 Construcción del Canal de Suez
- 1859 Guerra de Italia: Francia y Piamonte contra Austria
- 1859-60 Guerra Hispano-Marroquí
- 1860 Anexión de Niza y Saboya por Francia
- 1860 Expedición de los Mil (Garibaldi) a Sicilia y Calabria
- 1861 Capitulación de Gaeta: caída de los Borbones de Nápoles
- 1861 Proclamación de Víctor Manuel II (1861-1878) Rey de Italia
- 1861-5 Guerra de Secesión en Estados Unidos
- 1861 Independencia de Rumanía
- 1862-1890 Bismarck primer ministro de Prusia
- 1863-7 Imperio de Maximiliano y Guerra Civil en México
- 1863 Abolición de la Esclavitud en Estados Unidos

1864 Reconocimiento en Francia del derecho de huelga
 1864 Syllabus errorum de Pio IX (1864-1871)
 1864 Guerra de los Ducados
 1864 Fundación de la Cruz Roja
 1866 Guerra de Prusia e Italia contra Austria: Batalla de Sadowa
 1868 Revolución en España: destronamiento de Isabel II
 1868-78 I Guerra de Cuba
 1870 Entrada en Roma de las tropas piemontesas
 1870-1 Guerra Franco-Prusiana
 1871 Comuna de París
 1871 Amadeo de Saboya rey de España
 1871 Proclamación del II Imperio alemán
 1871 Proclamación de la III República en Francia
 1872-76 III Guerra Carlista
 1873 I República en España
 1874 Restauración de la Monarquía en España
 1874 Fundación de la Unión Postal Universal
 1875-6 Guerra Serbio-Turca
 1876 Nueva Constitución en España
 1877-8 Guerra Ruso-Turca
 1878 Tratado de San Stefano
 1878 Congreso de Berlín
 1878 Pacto del Zanjón en Cuba
 1879 Independencia de Bulgaria
 1882 Independencia de Serbia
 1882 Tríptico Alianza
 1883-4 Leyes Sociales en Alemania
 1894 Alianza Franco-Rusa
 1894-5 Guerra Chino-Japonesa
 1895-98 II Guerra de Cuba
 1896-98 Guerra de Filipinas
 1898 Guerra entre Estados Unidos y España
 1898-1900 Affaire Dreyfus en Francia
 1898 Crisis anglo-francesa de Fachoda
 1899-1907 Guerra de los Boers en Africa Austral
 1900 Revolución de los Boxers en China
 1904-5 Guerra Ruso-Japonesa
 1904 Entente cordial (Francia-Inglaterra)
 1905 Revolución obrera en Rusia
 1905 Creación del Kuo Min Tang en China
 1906 Conferencia de Algeciras
 1906-10 Reformas agrarias en Rusia

- 1908 Triple Entente
- 1908 Anexión de Bosnia y Herzegovina por Austria
- 1911 Abdicación de la dinastía Manchú en China
- 1911-12 Guerra Italo-Turca
- 1912 I Guerra Balcánica: Tratado de Londres
- 1913 II Guerra Balcánica: Tratado de Bucarest
- 1914 Apertura del Canal de Panamá
- 1914 Alianza militar germano-turca
- 1914 Asesinato del archiduque Francisco-Fernando de Sarajevo.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

1. Obras generales

- R. SCHNERB, *Le XIX^e siècle* (1955).
- P. RENOUVIN, *Histoire des relations internationales 5; Le XIX^e siècle* (1954).
- J. DROZ, L. GENET, P. VILADENC, *Restaurations et Révolutions* (1953).
- F. L'HUILLER, *De la Sainte-Alliance au Pacte Atlantique*, (1954).
- F. ARTZ, *Reaction and Revolution 1814-1832*, 14 (1934).
- W. LANGER, *Liberalism, Nationalism and Socialism, 1832-1852* (1935).
- J. PIRENNE, *Les Grands courants de l'histoire universelle*, 4 y 5 (1951 y 1953).
- W. NAEF, *Die Epochen der neueren Geschichte*, 2 (1960).
- C. CAWLEY y J.-P. T. BURY (ed.), *The New Cambridge History*, 9 y 10 (1960 y 1965).
- F. PONTEIL, *L'Eveil des nationalités et le mouvement libéral 1815-1848* (1960).
- DROZ, *Histoire diplomatique de 1648 à 1919* (1959).
- K. GRIEWANK, *Der Wiener Kongress und die Neuordnung Europas* (1942).
- J.H. PIRENNE, *La Sainte-Alliance* (1946-1949).
- R. GUYOT, *La Première Entente cordiale* (1926).
- W. TREUE, *Wirtschaftsgeschichte der Neuzeit* (1962).
- J.H. CLAPHAM, *The Economic development of France and Germany, 1815-1914*, (1948).
- M. REINHARD, A. ARMENGAUD Y A. DUPAQUIER, *Histoire générale de la population mondiale*, (1968).
- C.M. CIPOLLA, *The Economic History of world population* (1962).

- M. LEVY-LEBOYER, *Les Banques européennes et l'industrialisation dans la première moitié du XIX^e siècle* (1964).
 J. BOUVIER, *Les Rothschild* (1967).
 J. KUCZYNSKI, *Die Geschichte der Lage der Arbeiter unter dem Kapitalismus* (1961-1969).
 P. TOUCHARD, *Histoire des idées politiques*, 2 (1962).
 W. THEIMER, *Geschichte der politischen Ideen* (1955).
 E. HALEVY, *Histoire du socialisme européen* (1948).
 H. KOHN, *Die idee des Nationalismus* (1947).
 E. LEMBERG, *Nationalismus* (1964).
 C. GIDE y C. RIST, *Histoire des doctrines économiques*, 1 (1947).

2. Francia

- L. DUNHAM, *La Révolution industrielle en France 1815-1858* (1953).
 C.H. POUTHAS, *La Population française pendant la première moitié du XIX^e siècle* (1956).
 J. LHOMME, *La Grande Bourgeoisie au pouvoir, 1830-1880* (1960).
 L. CHEVALIER, *Classes laborieuses et classes dangereuses pendant la première moitié du XIX^e siècle* (1958).
 R. REMOND, *La Vie politique en France depuis 1789*, 1 (1965).
 G. BERTIER DE SAUVIGNY, *La Restauration* (1955). *Les Débuts du catholicisme social en France* (1951).
 R. GARAUDY, *Les Sources françaises du socialisme scientifique* (1948).
 C. LEDRE, *La Presse à l'assaut de la Monarchie, 1815-1848* (1960).
 A. DANSETTE, *Histoire religieuse de la France contemporaine. De la Révolution à la Troisième République* (1948).

3. Inglaterra

- E.L. WOODMARD, *The Age of reform, 1815-1870*, en *Oxford History of England*, 13 (1960).
 A. BRIGGS, *The Age of improvement 1774-1874* (1959).
 G.M. Trevelyan, *British History in the Nineteenth Century* (1945).

- P. DEANE y W.A. COLE, *British economic growth 1688-1959* (1962).
 E.P. THOMSON, *The Making of the English working class* (1963).
 A.S. TUBERVILLE, *The House of Lords in the age of Reform, 1784-1837* (1958).
 G.D.H. COLE, *A Short History of the British class movement, 1789-1937* (s. f.).
 E. CURTIS, *A History of Ireland* (1945).

4. Alemania

- F.C. SELL, *Die Tragödie des deutschen Liberalismus* (1953).
 R. KOSELLEK, *Preussen zwischen Reform und Revolution* (1967).
 W. SCHIEDER, *Anfänge der deutschen Arbeiterbewegung* (1963).
 F. SCHNABEL, *Deutsche Geschichte im 19. Jahrhundert* (1954).
 H. HERZFELD, *Die Epochen des bürgerlichen Nationalstaates* (1960).
 B. GEBHARDT (ed.), *Handbuch der deutschen Geschichte*, 3 (1960).
 H. Heffter, *Die deutsche Selbstverwaltung im 19. Jahrhundert* (1950).

5. Imperio Austro-Húngaro

- H. HANTSCH, *Die Geschichte Oesterreichs*, 2 (1950).
 E. ZOELLNER, *Geschichte Oesterreichs* (1961).
 R.A. KANN, *The Multinational Empire* (1950).
 H. MUENSCH, *Böhmische Tragödie. Das Schicksal Mitteleuropas im Lichte der tschechischen Frage* (1949).
 J. WEBER, *Eötvös und die Ungarische nationalitätenfrage* (1966).
 H. HANTSCH, *Die Nationalitätsfrage im alten Oesterreich* (1953).
 R.V. SRBIK, *Metternich, der Staatsmann und der Mensch* (1952-1954).
 E. WINTER, *Der Josefinismus und seine Geschichte* (1943).

- K. EDER, *Der Liberalismus in Alt-Oesterreich. Geisteshaltung, Politik und Kultur* (1955).
 O. Brunner, *Adeliges Landleben und Europäischer Geist* (1949).

6. Imperio Ruso

- M.T. FLORINSKY, *Russia. A History and an interpretation* (1959).
 V. GITERMANN, *Geschichte Russlands*, 2 (1944).
 B. PARES, *A History of Russia* (1949).
 P.L. LYASCHENKO, *History of the national Economy of Russia* (1949).
 R. PORTAL, *Les Slaves. Peuples et nations* (1965).
 N. BERDIAEV, *Les Sources et le sens du communisme russe* (1938).
 R.A. PIERCE, *Russian Central Asia* (1953-1960).
 A.G. MAZOUR, *The First Russian Revolution 1825* (1937).
 B.P. HEPNER, *Bakounine et le panslavisme révolutionnaire* (1950).

7. Italia

- C. SPELLANZON, *Storia del Risorgimento e dell'unita d'Italia* (1936-1950).
 G. CANDELORO, *Storia dell'Italia moderna*, 2 (1958).
 A. GRAMSCI, *Il Risorgimento* (1955).
 A. OMODEO, *L'Eta del Risorgimento italiano* (1952).
 R. ROMEO, *Risorgimento e Capitalismo* (1959).
 L. BULFERETTI, *Socialismo risorgimentale* (1949).

8. España

- P. ROMERO DE SOLIS, *La población española en los siglos XVIII y XIX* (1973).
 M. ARTOLA, *La burguesía revolucionaria 1808-1874* (1973).
 J.A. LACOMBA, *Introducción a la historia económica de la España contemporánea* (1972).
 J.L.L. ARANGUREN, *Moral y sociedad. La moral social española en si siglo XIX* (1965).

- J. VICENS VIVES, en especial de la *Historia social y económica* dirigida por él, cuyo tomo V, *Burguesía* 5 (1972).
- M. TUÑÓN DE LARA, *La España del siglo XIX* (1974).
- A. JUTGLAR, *La era industrial en España* (1963).
- F. CHRISTIANSEN, *The origins of military power in Spain, 1800-1854* (1967).
- C.E. LIDA, *Anarquismo y revolución en la España del siglo XIX* (1972).
- M. TUÑÓN DE LARA, *El movimiento obrero en la historia de España* (1972).
- J.M. CUENCA TORIBIO, *La Iglesia española ante a revolución liberal* (1971).
- M. ARTOLA, *La España de Fernando VII* (1968).
- J. FONTANA, *La quiebra de la Monarquía absoluta* (1971).
- L. SANCHEZ AGESTA, *Historia del constitucionalismo español* (1964).
- J. TOMAS VILLARROYA, *El sistema político del Estatuto Real 1834-1836* (1968).
- R. OYARZUN, *Historia del carlismo* (1969).
- ELORZA, *Socialismo utópico español* (1970).
- L. DIEZ DEL CORRAL, *El liberalismo doctrinario* (1949).
- M. TUÑÓN DE LARA, *Estudios sobre el siglo XIX* (1971).
- T. HALPHERIN DONGHI, *Historia contemporánea de América Latina* (1969).

9. Cultura

- P. GERBOD, *L'Europe culturelle et religieuse de 1815 à nos jours* (1977).
- H. PEYRE, *Qu'est-ce que le romantisme?* (1971).
- M. BRION, *L'Art romantique* (1963).
- J. TIERSOT, *Le musique aux temps romantiques* (1931).
- C. AMBROSI, *L'Europe de 1789 à 1848* (1972).
- D.S. LAUDES, *Progreso tecnológico y revolución industrial* (1979).

	<i>Pág.</i>
INTRODUCCION	7
I. LA REVOLUCION INDUSTRIAL ..	11
Los progresos de la Ciencia y de la Técnica ..	12
El liberalismo	14
La Cuestión social	17
El idealismo	20
II. LOS MOVIMIENTOS LIBERALES DE 1830-31	25
Conquistas político-sociales en Francia e Inglaterra	25
Consecuencias europeas de la Revolución francesa	28
La revolución en Italia	30
España entre el liberalismo y el absolutismo	33
III. EUROPA DE LA DECADA DEL 40	41
Crisis en Oriente	41
El año 1848	42
Tensiones en Italia	42
La Revolución de París y su influencia en Europa	45
La I Guerra de Independencia italiana	48
La regresión del liberalismo europeo	52
IV. LA UNIDAD ITALIANA	57
La situación en Austria	57
	213

	<i>Pág.</i>
Francia y el Imperio de Luis Bonaparte	58
La política de Cavour	59
La independencia italiana	63
La guerra con Austria	64
La expedición de los MIL	67
La unidad de Italia	70
Roma, capital	72
 V. LA ALEMANIA DE BISMARCK	 75
Bismarck al poder	75
La Guerra Franco-Prusiana	78
 VI. ESPAÑA EN EL SIGLO XIX	 81
Absolutismo y liberalismo	82
Constituciones y guerras carlistas	83
La Revolución del 68	84
Amadeo de Saboya y la I República	86
Los inicios del movimiento obrero	90
La emancipación americana	92
 VII. EL MUNDO A PARTIR DE 1870	 103
La nueva situación	103
La Revolución tecnológica e imperialismo ..	104
La cuestión de Oriente	106
El movimiento comunista	109
La Comuna de París	111
El anarquismo	114
Nuevos imperialismos: Estados Unidos y Japón	116
 VIII. LA SOCIEDAD Y LA CULTURA EN EL SIGLO XIX	 123
El nuevo ambiente cultural de Europa	123
El romanticismo	126
Alemania	128
Inglaterra	130
Francia	132
Italia	133

	<i>Pág.</i>
España	134
Realismo y naturalismo	136
El positivismo	142
El arte en el siglo XIX	144
IX. LA EXPANSION EUROAMERICANA.....	149
Hacia Asia y el Pacífico	149
El reparto del Continente africano	152
La II Internacional entre Reformismo y Revolución	157
La Revolución Rusa de 1905	163
X. FIN DEL EQUILIBRIO EUROPEO ..	167
Los Imperios Centrales	169
Gran Bretaña y Francia	171
La España de la Restauración	175
El desastre colonial español	182
Crisis y guerras en los Balcanes	188
XI. LA CULTURA EN LOS ALBORES DEL NUEVO SIGLO	191
El nuevo ambiente cultural	191
Las nuevas corrientes	193
INDICE TEMATICO	197
CUADRO CRONOLOGICO	203
ORIENTACION BIBLIOGRAFICA	207
INDICE	213



BOLSILLO MENSAJERO

Pretende facilitar a un gran número de lectores títulos muy variados selectos en su presentación y en su contenido a precios realmente asequibles.

1. LA MUJER EN LA NUEVA SOCIEDAD
E. Radius, A. Grosso y otros.
2. PSICOLOGIA DE NUESTROS CONFLICTOS CON LOS DEMAS
Marc Oraison.
3. LOS SECRETOS DE LA SALUD
En colaboración.
4. EDUCACION SEXUAL Y CONYUGAL
Charles y Laura Robinson.
5. EL CAMINO DEL YOGA
Xavier Moreno Lara.
6. SABER ADELGAZAR
Dr. Apfelbaum.
7. MARTIN LUTHER KING, REBELDE POR AMOR
Walter Minestrini.
8. NUEVO TESTAMENTO
Moderna versión.
9. LA DEPRESION NERVIOSA
En colaboración.
10. COMO HABLAR EN PUBLICO
René S. Catta.
11. EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD
Sylvain Brind'Amour.
12. DOCUMENTOS COMPLETOS DEL VATICANO II
13. LA HERENCIA Y VUESTROS HIJOS
Dr. Y. Houdard.
14. LOS FABULOSOS JUEGOS OLIMPICOS
Juan Antonio Ruigómez.
15. LA PAREJA HOY
M. Teresa Van Eeckhout.
16. VICTORIA SOBRE EL INSOMNIO
J. Scandel.
17. LA PILDORA
Yves Genouel.
18. LA PEDAGOGIA SEXUAL Y NOSOTRAS LAS MUJERES
Dra. Gisela Schmeer.

19. TECNICAS DE LA SERENIDAD
M. Kohler.
20. LAS ENFERMEDADES VENEREAS
Dominique Dallayrac.
21. PEQUEÑECES
Luis Coloma.
22. EL DRAMA DE JESUS
José Julio Martínez.
23. PEQUEÑO DICCIONARIO MEDICO-PRACTICO
Pierre Neuville.
24. VALLE NEGRO
Hugo Wast.
25. MANTENERSE JOVEN. PERMANECER ACTIVO
Dr. Eric Weiser.
26. LA PERSONALIDAD DEL HOMBRE
J. Rattner.
27. EL EQUILIBRIO DE LA PERSONALIDAD
Yves Paul-Margueritte.
28. EL INFARTO. COMO EVITARLO
C. Vallier.
29. LOS AÑOS GANADOS
Dr. Eric Weiser.
30. PSICOLOGIA Y VIDA COTIDIANA
J. Bresse.
31. ADELGAZAR POR LA GIMNASIA
M. Rouet.
32. LA ETERNA JUVENTUD DE LA VIDA
M. Rouet.
33. EL EMBARAZO Y EL PARTO
M. Hélène Miehe.
34. HEROICA Y TENEBROSA IRA
J. Le Bailly.
35. LOS PARAISOS DE LAS DROGAS
G. Gerosa, N. Willard, B. Bisio.
36. ¿LIBERALIZAR EL ABORTO?
J. Ferin y C. Lecart - M. T. Meulders - V. Veylen.
37. JUAN XXIII. PARROCO DEL MUNDO
Pietro Ambrogiani.
38. LA SALUD POR LA COMIDA
Marcel Rouet.
39. GUIA ALIMENTICIA DEL DEPORTISTA
Dr. A. F. Creff. L. Berard.
40. ENTRENAMIENTO PARA LA LECTURA RAPIDA Y EFICAZ
Maurice Guidici.
41. POLEMICA Y REALIDAD DEL ABORTO
Dr. Enrique Montañés del Olmo.
42. EL ARTE DE CONVERSAR
Harald Raschke.

43. LA PAREJA SIN HIJOS
Suzane Bresard.
44. BELLEZA: 800 RECETAS
F. le Folcalvez.
45. ¿QUE HACER CON VUESTROS HIJOS?
Charles y Laura Robinson
46. PROCESO AL SIGLO XX
Carlos Alfonso.
47. EL FENOMENO DE LAS HORMONAS
Gerhard Venzner.
48. PADRES E HIJOS, ¿AMIGOS O ENEMIGOS?
E. Blumenthal.
49. INTRODUCCION A LA PSICOLOGIA
F. Acha.
50. PSICOLOGIA DE LA PAREJA
En colaboración.
51. INTRODUCCION A LA HISTORIA. (HOMBRES, CLASES, PUEBLOS)
Santos Juliá Díaz.
52. INTRODUCCION A LA PEDAGOGIA
F. Acha.
53. INIGO DE LOYOLA
Rosendo Roig.
54. NATURALEZA Y TECNICA
Edith Schenk.
55. EL LAZARILLO DE TORMES
Anónimo. Edición, introducción, interpretación y notas de Rosendo Roig.
56. INTRODUCCION AL BUDISMO-ZEN
Teitaro Suzuki.
57. EL PODER DE LA VOLUNTAD
J. Lindworsky.
58. PRIMEROS AUXILIOS
José María de Mena.
59. PSICOLOGIA PARA LA EDUCACION DEL NIÑO
En colaboración.
60. LA FELICIDAD DE LA JOVEN PAREJA
Philippe y Claire Deroux.
61. INTRODUCCION A LA PSIQUIATRIA
I. Pellicier.
62. PSICOLOGIA DE NUESTRAS RELACIONES CON LOS DEMAS
Marc Oraison.
63. EL AMOR FRATERNAL
François Humblet.
64. HISTORIA DE ESPAÑA
En colaboración.
65. LA HISTORIA DE HELEN KELLER
Lorena A. Hickok.

66. PSICOPEDAGOGIA DE LA INFANCIA A LA ADOLESCENCIA
Roger Gilbert.
67. GUIA DE LA DEFENSA PERSONAL
L. Arpin
68. RIMAS Y LEYENDAS DE GUSTAVO ADOLFO BECQUER
Edición, prólogo y pedagogía de Rosendo Roig.
69. SABER ESTUDIAR
Juan Ontza.
70. HISTORIA DE LAS RELIGIONES
Equipo de Redacción PAL.
71. EL ORDENADOR, PRODIGIO DE LA TECNICA
Francisco Isla y Luis G. Eibar.
72. SABER CASTIGAR
Patrice Myrnos.
73. EL CINE. GENERO Y ESTILOS
Xavier Moreno Lara.
74. DICCIONARIO DE MITOLOGIA
José Luis Arriaga.
75. LA CELESTINA
Francisco Rojas - Rosendo Roig.
76. ETICA Y MORAL
Félix Acha Irizar.
77. COCINAR ES FACIL
María Jesús Escribano.
78. FABULAS
Félix María Samaniego.
79. TIMIDEZ, VOLUNTAD, ACTIVIDAD
Paul Chauchard.
80. CONOCIMIENTO Y DOMINIO DE LA MEMORIA
Paul Chauchard.
81. EL EQUILIBRIO DEL CUERPO Y DE LA MENTE
Bizé-Goguelin.
82. LA INTELIGENCIA EFICAZ
Sartín.
83. VIDA FAMILIAR Y VIDA ESCOLAR
Félix Acha Irizar.
84. LA DANZA DE LOS NUMEROS
Héctor Antoñana.
85. ANGUSTIAS DE NIÑOS SANOS
Gisele Eberlein.
86. DICCIONARIO DE PSICOLOGIA
Equipo de Redacción PAL.
87. CONOCER A OTROS
Michel Gauquelin.
88. SABER COMUNICARSE
Françoise Gauquelin.

89. MADUREZ CREADORA
Ingo Mummert.
90. TRIUNFAR EN LA TERCERA EDAD
Xavier Moreno Lara.
91. JUAN PABLO II. El hombre y el Papa
Equipo Redacción Mensajero.
92. «TRAINING» MENTAL
Dr. A. Bierach
93. LA IMAGEN PERSONAL CLAVE PARA EL EXITO
Dr. Alfred Bierach.
94. EDUCAR LA FAMILIA, HOY
Miguel Bertrán Quera.
95. EL DESARROLLO VITAL DEL HOMBRE
Bernard Livegoed.
96. LA DROGA Y VUESTROS HIJOS
Centro Didro. París.
97. MI HIJO ES ¿SUPERDOTADO? ¿NORMAL? ¿TORPE?
José María de Mena.
98. GUIA DE LA RELAJACION Y DE LA SOFROLOGIA
Claude Haumont.
99. CORO Y COCINA DE LOS MONASTERIOS DE ESPAÑA
Rosendo Roig.
100. PALESTINA AYER Y HOY
Teodoro Martínez.
101. FAMILIA HOY Y MAÑANA
Carlos Magaz Sangro.
102. HISTORIA UNIVERSAL (I). Prehistoria e historia
del Próximo Oriente
Equipo Redacción PAL.
103. HISTORIA UNIVERSAL (II). El mundo griego
Equipo Redacción PAL.
104. HISTORIA UNIVERSAL (III). El mundo romano
Equipo Redacción PAL.
105. HISTORIA UNIVERSAL (IV). La Alta Edad Media
Equipo Redacción PAL.
106. HISTORIA UNIVERSAL (V). La Baja Edad Media
Equipo Redacción PAL.
107. HISTORIA UNIVERSAL (VI). El Renacimiento, Reforma
y Contrarreforma
Equipo Redacción PAL.
108. HISTORIA UNIVERSAL (VII). El Siglo de las Luces.
Revolución Francesa y Epoca de Napoleón
Equipo Redacción PAL.
109. HISTORIA UNIVERSAL (VIII). Emancipación Americana.
La Revolución Industrial.
Equipo Redacción PAL.
110. HISTORIA UNIVERSAL (IX). Epoca Contemporánea
Equipo Redacción PAL.

Si desea estar al corriente de nuestras publicaciones, bastará con que nos envíe sus señas en una tarjeta postal, dirigida a PANORAMA EDITORIAL MENSAJERO, Apto. 73 - 48080 BILBAO. Con ello recibirá gratis, cada mes, noticias de nuestras obras, libros que luego podrá fácilmente encontrar en su librería habitual.

bolsillo mensajero

La Revolución Industrial se produce al comenzar a hacer efecto el avance tecnológico iniciado en la segunda mitad del siglo XVIII. La máquina de vapor, la minería, los telares mecánicos, etc., llevan al debilitamiento de la artesanía, al ingente aumento de la producción, a la formación de un proletariado obrero que es terriblemente explotado... Todo ello hace cambiar la sociedad: se forman grandes capitales, aumentan los bienes de consumo, circula la riqueza, se polariza la sociedad. Toda esa dinámica económico-social hace saltar definitivamente el sistema de producción artesanal del antiguo régimen. España que no ha pasado por la revolución burguesa ni la industrial y que no ha sabido o no ha podido incorporarse al progreso general de Occidente ve cómo se desmembra y emancipa su antiguo Imperio colonial fruto de los movimientos independentistas. Al igual que en la península contra el invasor, se van formando Juntas de Argentina, Perú, Chile, Venezuela, México y surgen caudillos (Hidalgo, Morelos en México, Bolívar en Venezuela y San Martín en Argentina) que iniciarán unas gestas que envidiar a las de sus predilectos de la época de la conquista. En lo que sigue es la época áurea del liberalismo y sus principios ideológicos de la revolución burguesa: libertad, igualdad,

LIBRERIA CANAIMA S.L.



* 978-84-271-1446-3

EMANCIPACION AMERICANA. REVOLUCION INDUSTRIAL
21-09-2011

Ref.: UN0007,21
39 HISTORIA MODERNA

www.libreriacanaima.com